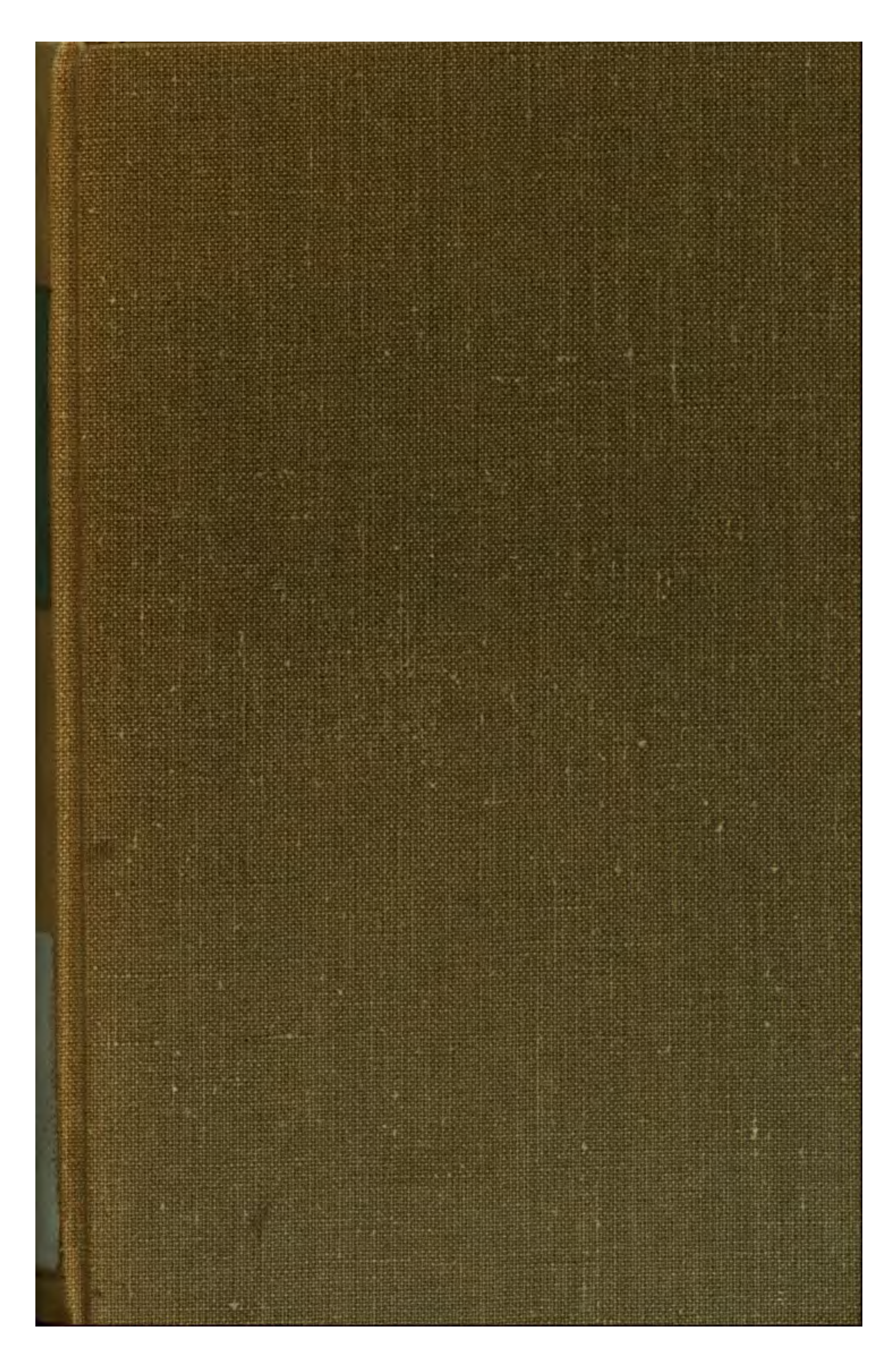






La Guerra Hispano-Americana

OBRAS DEL MISMO AUTOR

En venta en las principales librerías.

	Pesetas.
LA GUERRA HISPANO-AMERICANA:	
Barcos, cañones y fusiles (con grabados y planos)...........................	3
El bloqueo y la defensa de las costas (con grabados y planos)..................	4
La Habana.—Influencia de las plazas de guerra (con grabados y planos).......	5
El cañón de dinamita (con planos y dibujos)...	2
La catástrofe del «Maine» (con planos y grabados)...............................	1
La acción de Peralejo (con retratos y planos)..	1

AGOTADAS.

Ferrocarriles y telégrafos del Tren de Sitio.
Empleo del hierro en la fortificación.
Aplicaciones de la electricidad á la artillería.
El cañón neumático.
Los explosivos de constitución química.
Las pólvoras sin humo.
Comentarios al «Reglamento de Voluntarios de la Isla de Cuba.» (En colaboración.)
Cartilla del fusil Mauser. (En colaboración.)
Estudios geográficos y estadísticos de la Isla de Cuba, con mapas y grabados. (En colaboración con el Capitán de la Guardia Civil D. Facundo Cañada.)
El bandolerismo en Cuba. (En colaboración.)

EN PREPARACIÓN.

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.—*Puerto-Rico y Filipinas.*

LA GUERRA
HISPANO-AMERICANA

SANTIAGO DE CUBA

(Con tres planos á cuatro colores,
cuatro planos parciales y 23 fotograbados.)

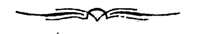
POR

SEVERO GÓMEZ NÚÑEZ

Comandante de Artillería

LICENCIADO EN CIENCIAS,

EX DIRECTOR DEL «Diario del Ejército», DE LA HABANA



MADRID
IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
San Lorenzo, núm. 5.

1901

ÍNDICE

Páginas.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS

FOTOGRABADOS.

LITOGRAFÍAS.



El General Vara de Rey

† heróicamente en el combate de *El Caney*.

INTRODUCCIÓN.

Embebecidos en su dicha, los hombres que en España llegan á los altos puestos del Estado, no se preocupan de analizar los problemas que afectan á la Patria, y sólo conceden atención á las cosas pequeñas, al menudo combate en que luchan las parcialidades y los intereses personales.

Ni siquiera los terribles desastres de estos últimos años, logran matar esa indiferencia aterradora, que se va infiltrando desde las clases directoras, desde las zonas altas, á las modestas, al espíritu popular, quieto y tranquilo cual superficie serena de un lago bajo la cual se preparase y fermentase la tempestad terrible.

Tal magnitud posee la catástrofe por España sufrida, que bien merecía que los ilustres, los grandes talentos, los favorecidos por la suerte con el galardón del renombre y del poder, cayesen en

la cuenta de que ese enorme mal debe proceder de muy hondas y añejas causas, y á modificarlas, á conocerlas bien, á evitar que se reproduzcan más allá del lindero á que han llegado, dedicasen su trabajo y su pensamiento, empezando por el estudio previo de la derrota y del fracaso.

Así procedieron los primates de otros pueblos en casos de análoga pesadumbre nacional. Aquí, en tanto, prosiguen imperando la enervante apatía y el descuidado y fatal abandono. Nadie mira hacia atrás. Todos se consideran capaces de marchar adelante, á la carrera, sin conocer el camino, sin medir el quebranto que la Patria sufre, sin calcular que otra caída puede concluir de aniquilarnos. No se saca ejemplo, ni enseñanza, ni provecho, de los golpes recibidos, cuyo efecto ha sido tan extenso, que conmueve á los extraños, traspasa las fronteras y los mares, y da lugar á comentarios y deducciones que se dirigen, á precaver, á evitar que el perjuicio que nosotros sufrimos llegue algún día á insistir sobre otras Naciones.

De entre esos comentarios de extranjeros, ninguno más á propósito para servir de introducción á este libro triste, que el que escribe en una obra reciente, el exministro de Marina Mr. Lockroy, al hacer la crítica de la organización naval de Fran-

cia y de los peligros que pueden amagarla en el porvenir (1).

«Entonces —dice— involuntariamente pensamos en España. Sin duda, felizmente, las dos marinas no son comparables, ni en número, ni en material, ni sobre todo en instrucción. Pero, á pesar de todo, los puntos de semejanza hieren al espíritu. Entre el poder naval de los Estados-Unidos y el de España, la relación es casi la misma que entre el poder naval de Francia y el de Inglaterra. Número, fuerza de los barcos, efectivos movilizables, todo aparece en proporciones análogas ó muy poco distintas. España, como nosotros, ha seguido una política colonial muy activa y muy obstinada: quiso conservar los restos de un imperio en el cual el sol no se ocultaba jamás. Como nosotros, descuidó seguir, al mismo tiempo, una política naval: construir, armar y entretener la flota de sus ambiciones.

»¿Qué tenía España en Manila para hacer frente á los barcos modernos y á la potente artillería del Almirante Dewey? Lo que nosotros teníamos hace pocos meses en nuestras colonias; lo

(1) *La Defense Navale*, par Edouard Lockroy, ancien ministre de la Marine, Depute, 1899 (páginas 9 á 15).

que las faltas del pasado nos obligan aún á tener en Madagascar: buques de madera, incapaces de combatir, destinados á la destrucción, al incendio y á la derrota. Ella inscribe, como nosotros, barcos anticuados y sin valor en la lista de su flota. Es una enfermedad ó flaqueza que se trata de encubrir por decoro militar.

»¿Qué abastecimiento de provisiones, de armas, de municiones para la refacción y avituallamiento de su escuadra había hecho España en Santiago de Cuba, donde Cervera encontró felizmente refugio? No tenía allí nada preparado, nada previsto. Santiago estaba casi tan falto de víveres, de efectos de campaña, de municiones, de talleres de reparación, de diques de carena, de ingenieros y obreros, como la mayor parte de las colonias francesas. El *Cristóbal Colón, Oquendo, María Teresa* y *Vizcaya*, reducidos á quemar polvo de carbón, en la salida deplorable que hicieron en pleno día, no llegaron á dar la velocidad de buques de carga. Detenidos los primeros al cabo de un cuarto de hora y el último á la hora y media, no tuvieron otro recurso que arrojarse sobre las rocas de la costa. Sus máquinas, fatigadas por larga navegación á través del Océano; sus calderas, mal conducidas; la falta de toda ayuda y de todo re-

curso en el puerto donde estuvieron ocultos, habían apagado y paralizado su coraje: marcharon á la muerte y no al combate.

»Aún más en Cavite que en Santiago faltaba la preparación y la organización militar. Los americanos entraron en la bahía de Manila tranquilamente, á cualquier hora, sin obstáculo que los detuviese. Ningún barco oculto detrás del islote que guarda la entrada del golfo vigilaba su ataque, ningún torpedero los señaló, ninguno aprovechó de la noche para arrojarse sobre ellos: no había torpederos en Cavite. Pero, ¿acaso los hay en nuestras colonias? ¿Está mejor defendido Dakar? ¿Tenemos nosotros escuadrillas alrededor de la Martinica ó en la rada de Diego Suárez?

»No se sabe qué plan acariciaba el Almirante Cervera cuando se dirigía hacia Cuba. ¿Debía librar una batalla en toda regla, buscar el medio de arruinar el comercio del adversario, defender los aproches de la gran colonia española ó bombardear y arruinar los puertos sin defensa de la costa americana? ¿Cuál era el objetivo de aquel largo viaje á través del Atlántico? No se sabe. Puede ser que el Almirante mismo no lo haya sabido jamás. Se le hizo partir al azar completo, porque era preciso ponerle en movimiento y darse el aire de

hacer alguna cosa (1). Pero plan estratégico combinado con gran anterioridad, madurado por el Estado Mayor y el Gobierno, ¿existía? Parece que no. La expedición del *Cristóbal Colón* y de los pequeños acorazados de la escuadra española ha quedado siempre en el misterio. Los españoles habían contado con la iniciativa del jefe, sin apercibirse de que, desconociendo las fuerzas americanas, privado de todo sostén y recurso, el jefe no podía tener iniciativa. En Francia, hasta nuestros días, hemos pensado que en el último momento, bajo la influencia del peligro, los golpes del genio nos salvarían. «Todo se arreglará», era la expresión consagrada. Y, como los españoles, no reflexionamos que el genio de un hombre, por grande que sea, no puede suplir la debilidad de los navíos, la raridad de sus cañones y proyectiles y la deficiencia de sus arsenales.

(1) Ese concepto acaso sea duro en exceso. Ha de tenerse en cuenta que, en nuestra Patria, predominaban los impulsos de la opinión extraviada por discursos y leyendas, que presentaban la escuadra casi como invencible, á la vez que rebajaban el poder del enemigo, cuando la realidad era diametralmente opuesta. Los pocos que así lo declaraban, eran tildados de sospechosos ó de pusilánimes y sus advertencias se rechazaban con desdén.

De todos modos, no debió consentirse que imperase tamaño error.

»Cuando llegó la derrota, España temió por sus costas metropolitanas. Se hablaba de que las escuadras americanas, atravesando el Atlántico, podrían atacar á Cádiz, Barcelona ó las Baleares. Nada estaba dispuesto. Era preciso trabajar á la carrera, improvisar una defensa de las costas. Nosotros sabemos lo que es eso mejor que nadie. En Francia, cuando amenazó el conflicto, nos hemos encontrado con los regimientos de marina reducidos al estado de esqueleto, nuestros puertos militares desprovistos de toda defensa seria, al menos durante los diez primeros días de guerra; las baterías del litoral sin cañones, los cañones sin artilleros.

»Pues por ese camino, España ha visto desaparecer su bandera de todos los mares: falta de preparación, falta de previsión, por no haber querido creer en una guerra inminente é inevitable, ha perdido no sé cuántos miles de kilómetros cuadrados y no sé cuántos millones de súbditos. Y para ese desplomamiento han bastado hora y media de combate en Santiago y tres cuartos de hora en Cavite.

»Esa caída terrible debe ser para nosotros una lección. Debe abrirnos los ojos, hacernos mirar más allá de las fronteras, provocar una vuelta so-

bre nosotros mismos para venir al punto de partida, á las reformas hoy día necesarias. Las naciones que olvidan los peligros de fuera para engolfarse en las divisiones de la política interior; las que abandonan su ejército ó su marina en manos incapaces ó indignas, se condenan ellas mismas y se entregan á la muerte.

»Francia es pacífica; entiéndase bien. Mas para mantener la paz es necesario que dos quieran. Recientes sucesos han demostrado que, cualesquiera que sean las tendencias conciliatorias de una nación, puede, á pesar de todo, contra su gusto, encontrarse arrastrada á las aventuras. España no quería medirse con los Estados-Unidos; estaba propicia á hacer concesiones y á pactar compromisos. Sin embargo, se vió forzada á tirar de la espada. . . . .



Á profundas meditaciones se prestan esos conceptos del ilustre publicista francés que acabamos de copiar, quien, en otro párrafo de su obra, dice: «Con la mitad de lo que le costó la guerra con los Estados-Unidos, España hubiera conservado Cuba y Filipinas. *Armándose á tiempo, se evita la derrota; ó mejor todavía, se conserva la paz*».

Hé ahí el modo de discurrir de un hombre civil, de un diputado francés.

Pudiéramos dedicar extensas consideraciones á marcar la diferente manera con que entre nosotros se aprecian estas cosas.

No lo hacemos. No es ese el objeto de este libro. Pretendemos acumular enseñanzas: no nos creemos facultados para lanzar cargos; están demasiado recientes los hechos y es faena muy compleja, que requiere calma en el estudio y potente autoridad en el fallo.

Pero sí creemos útil registrar esos juicios de personas extrañas y peritas, para que sirvan de puerta á este libro, en cuyas páginas encontrarán los lectores, al lado de las amarguras del desastre, la refutación de muchos errores, y los hermosos destellos de un heroismo brillante desvanecido entre las negras sombras de la derrota.

España ha perdido sus colonias, pero aún le queda mucho que conservar, mucho que vale y engrandece: Baleares, Canarias, las rías de Galicia, los puertos de África, las codiciadas plazas del litoral, son posiciones que no deben perderse, porque su pérdida representaría el desmoronamiento completo de la Patria.

Sigamos á tiempo las doctrinas de M. Lockroy.

«Los que quieran paz, deben hacer que la Nación sea fuerte en la tierra y en el mar; muchas bases de operaciones, muchos barcos, muchos cañones, muchos soldados; *solo á ese precio se consigue la paz.*»

CAPÍTULO PRIMERO

Ellos y nosotros.

La preparación de la guerra.— Mensaje de Mac-Kinley. — Plan de campaña de los americanos.—Variaciones que sufrió á impulso de nuestros errores.— Santiago de Cuba lugar decisivo de la lucha.

No fué la guerra hispano-americana, de esas que estallan de improviso, por efecto de algún lance extraordinario é inesperado que rompe la harmonía de dos Estados y los lanza á dirimir sus cuestiones por medio de las armas.

Ofreció, al contrario, esa guerra, largo período de amagamiento, que fué hábilmente aprovechado por los americanos: parece inconcebible que España dejase de practicar análogo sistema preparatorio.

En Febrero de 1895 (1), á impulsos de la Junta revolucionaria que el Gobierno de los Estados-

(1) No nos remontamos á más anterior fecha, porque hemos de hacerlo al ocuparnos de las *Causas de la pérdida de nuestras colonias*, en otro libro aparte.

Unidos había dejado fundar en New-York, desembarcaron en la provincia de Matanzas los primeros emisarios, que encendieron allí la rebelión separatista, la cual fué creciendo merced á los auxilios recibidos de los puertos de la América del Norte en repetidas expediciones, hasta llegar el 16 de Septiembre de 1895, que los insurgentes proclamaron la independencia (1).

Está fuera de duda, y así lo reconocen hoy los tratadistas de Derecho internacional y los críticos militares extranjeros, que han hecho el estudio de la guerra, que nuestros Generales hubieran vencido la insurrección con los grandes refuerzos que de España llegaron, si aquélla, á su vez, no hubiese recibido frecuentes refuerzos de los puertos de la Unión más cercanos á Cuba, de Charleston, Tampa, Key-West, y á veces de New-York.

Entre otros testimonios que así lo declaran, podemos hoy citar el de L. Le Fur, reputado profesor de Derecho de la Universidad de Caen, el cual, en un celebrado estudio que vió la luz en la *Revue Generale de droit international public,* en 1898 y 1899, atestigua, que el General Weyler

(1) Al estallar la rebelión mandaba en Cuba el Teniente General D. Emilio Calleja é Isasi.

hubiera concluído por triunfar de los insurrectos, si éstos no hubieran disfrutado de la ayuda de los Estados Unidos (1).

Algo más podemos añadir por cuenta propia: personas que han cruzado impresiones con jefes de la insurrección, después de hecha la paz, y con las cuales hemos tenidó ocasión de hablar de esto, manifiéstannos, que no falta entre aquéllos quienes confiesen noblemente el grado sumo de aniquilamiento á que habían llegado cuando en Abril del 98 se decretó la intervención de los Estados-Unidos, cuya esperanza hacía meses que venía sosteniendo el espíritu de la rebelión.

Durante todo el año 1896 las expediciones filibusteras se sucedieron sin intervalo. Algunos barcos, como el *Bermuda,* el *Laurada* y el *Three Friends,* hacían un servicio casi regular entre los puertos americanos y las costas de Cuba. Nada valieron las reclamaciones de los cónsules españoles. Los barcos filibusteros, amparados, bajo cuerda, por las autoridades de la Unión, burlaban la vigilancia y conseguían alijar los pertrechos que conducían, y cuando ocurría algún apresamiento,

(1) *Etude sur la guerre Hispano-americaine* de 1898, envisagée au point de vue du droit international public, par L. Le Fur.

como el del *Competitor*, y se quiso hacer un escarmiento, los Estados-Unidos entablaban vivas reclamaciones, no llegando por desgracia el caso á lo que llegó el del *Virginius*, reduciendo todo el proceso á interminable lucha diplomática, alimentada por la doctrina que establece el Protocolo de 12 de Enero de 1877 (1), que sólo autorizaba el recurrir á tribunales excepcionales cuando los delincuentes contra la seguridad del territorio fueran cogidos *con las armas en la mano.*

El 27 de Febrero de 1896 empezó á descubrirse abiertamente la hostilidad de los Estados-Unidos, pues el Comité de Negocios extranjeros de la Cámara de representantes, tomando á su cargo la defensa de los cubanos contra España, presentó un proyecto de resolución para que se les reconociese como beligerantes. Al día siguiente el Senado votó y aprobó una resolución análoga, haciendo constar que los Estados-Unidos se proclamaban neutrales en la guerra de Cuba contra España, y debían ofrecer sus buenos oficios al Gobierno español, para obtener el reconocimiento de la independencia de Cuba. La Cámara de repre-

(1) Confirmación del Tratado del Escorial de 27 de Octubre de 1795.

sentantes votó el 2 de Marzo una resolución parecida. El presidente Cleveland, obrando con corrección, no tomó en cuenta ese doble voto: las Cámaras trataron de imponerse aprobando una resolución *conjunta;* pero la actitud enérgica de Cleveland, propicio á demandar segunda votación por mayoría de las dos terceras partes, hizo á los jingoes desistir de su intento.

El 4 de Marzo de 1897 dejó Cleveland la presidencia, sin ceder en esa conducta firme. En el período de su magistratura, se registra una comunicación del secretario de Negocios extranjeros Mr. Olney, que en 4 de Abril de 1896 ofrecía á España la mediación de los Estados-Unidos, la que fué contestada por el Duque de Tetuán, ministro de Estado, en 22 de Mayo, declarando que hacía condición previa para toda negociación, la sumisión de los insurrectos, ante cuya demanda los Estados-Unidos desistieron de su empeño (1).

En tanto, seguían en los Estados-Unidos las manifestaciones hostiles, hasta el punto de que, el 20 de Noviembre de 1896, un grupo de soldados de la milicia pisoteó en New-Castle (Delaware)

(1) Los que deseen mayor ilustración sobre estos datos y los que siguen, consulten el *Libro Rojo*, publicado por nuestro Gobierno á raíz del Tratado de París.

la bandera española; el Senado admitía proposiciones sobre el reconocimiento de la República cubana, entre las cuales había una del senador Mills, de Texas, que pedía se tomase posesión de la isla hasta que los insurgentes pudieran organizar un Gobierno regular, y al ocurrir la muerte de Maceo, en combate noble contra nuestras tropas, se pidió á la Cámara de representantes que demandara explicaciones á España por aquel lance militar, que sin ningún fundamento se calificaba de asesinato.

Esas excitaciones no lograron sacar á Cleveland de su sistema, que llevó hasta el extremo de recordar á los cubanos naturalizados en los Estados-Unidos, que no debían con actos ni palabras producir graves dificultades á su nueva patria, y declarando que era inoportuno el reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos, limitándose á pedir para ellos la concesión de la autonomía, en mensaje de 7 de Diciembre de 1896, y á reclamar la terminación pronta de la guerra, por los perjuicios que con ella sufrían los Estados-Unidos á causa de su proximidad y de los grandes intereses que en Cuba representaban.

Aún volvieron las Cámaras á hacer fuerza, por el voto de una proposición *conjunta*, en favor de la



BAHÍA DE SANTIAGO DE CUBA

Gran muelle de hierro de las minas de Juraguá.

independencia de Cuba, la que se estrelló ante la tenaz formalidad del Presidente; y así llegó el final del año 1896, en cuyos últimos días Francia, Inglaterra y Alemania aconsejaron á España que aceptase los buenos oficios de los Estados-Unidos para asegurar la pronta terminación de la guerra. No fué admitida la invitación, pero nuestro Gobierno decidió conceder á las Antillas una autonomía con Cámara provincial electiva y presidente con facultad de veto, decretada el 31 de Diciembre de 1896 para Puerto-Rico y en Febrero de 1897 para Cuba.

Con esto mejoraron, al parecer, las relaciones entre los Estados-Unidos y España; pero el 4 de Marzo de 1897 dejó Cleveland la presidencia y le sucedió Mac-Kinley. Éste distaba mucho de poseer el mismo sentido moral que su antecesor, así que, no sólo dió oídos á las proposiciones de las Cámaras, sino que alentó ó consintió las demasías de su cónsul en la Habana, Mr. Lee, quien exigía condiciones excepcionales para juzgar á los ciudadanos americanos, *de verdad ó de pega,* que las fuerzas españolas aprehendieran.

Por entonces, para evitar que los habitantes del campo prestasen auxilio á los insurrectos, decretó el General Weyler su reconcentración en las

ciudades, y los Estados-Unidos tomaron como pretexto ir en auxilio de aquellos reconcentrados, para provocar un conflicto de gravísimo carácter, puesto que pretendían, no sólo repartir ellos los recursos, sino llevárselos en barcos de guerra americanos, á la vez que el secretario de Estado mister Sherman protestaba, en comunicación de 28 de Junio de 1897, en nombre de la humanidad, contra la reconcentración, que privaba á la rebelión de todo apoyo (1).

Vinieron después nuevos intentos de las Cámaras americanas en favor de la beligerancia; efectuóse el cambio del embajador Taylor por Mr. Woodford; ocurrió el 8 de Agosto de 1897 el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo; subió al Poder el partido liberal; el General Weyler fué reemplazado en Cuba por el General Blanco, encargado de implantar el nuevo régimen autonómico, cuyo Gobierno quedó establecido en Enero

---

(1) Inglaterra, que tanto ayudó á los Estados-Unidos en contra nuestra y tanto vituperaba el sistema de reconcentración, lo ha adoptado en el África del Sur, en la campaña contra los heroicos boers, sin que nadie oponga reparo á su violenta política de la guerra.

Pero ¿acaso los mismos que tanto alardeaban de humanitarios no están siguiendo sistemas de opresión y dureza en Cuba, Puerto-Rico y Filipinas?

de 1898, celebrando la primera sesión las Cámaras insulares el 4 de Mayo, es decir, algunos días después de la declaración de guerra de los Estados-Unidos, á la sazón en que los informes de Mr. Lee presentaban la autonomía como fracasada.

Antes de eso, el 6 de Diciembre de 1897, Mac-Kinley envió un Mensaje al Congreso, á todas luces ofensivo para España.

No se quedaba corto el Presidente, al descubrir intenciones ni al preparar, con aquel artero documento, la opinión de Europa, para que la más inicua de las guerras fuese sancionada sin protesta.

En el Mensaje, alentábase á los insurrectos cubanos á proseguir la lucha, cuando ya se hallaban en extremo abatidos; se ofendía al Ejército español en la persona del General en Jefe y de la política de la guerra que seguían sus Generales y jefes, cuyas medidas se criticaban duramente y las de reconcentración se calificaban de crueles; aludíase á las instrucciones dadas al nuevo ministro de los Estados-Unidos en Madrid, Mr. Woodford, para que excitase á España á concluir la guerra pronto, poniendo término al sistema de destrucción de propiedades; se hacía sardónico alarde de haber gastado los Estados-Unidos algunos millones en perseguir expediciones aseverando que ha-

bían impedido muchas de ellas, y á vuelta de desprecios al nuevo régimen autonómico, cuyo fracaso se declaraba evidente, concluía el documento con una verdadera y terminante amenaza: la de que «la civilización y la humanidad podrán obligarnos á intervenir por la fuerza, y eso se hará cuando lo imponga un deber claro y lo aprueben las naciones».

Esos pujos humanitarios de que blasonaban, han sido desmentidos en la realidad. Hoy son los cubanos los que gimen y protestan ante las exigencias de los Estados-Unidos.

Los que pretendían hacernos la guerra para revindicar los derechos humanos, son ahora dominadores implacables. ¡Decíanse Quijotes de la libertad y se van convirtiendo en Sanchos de la codicia y de la opresión!

Aquellas declaraciones, aquellos ataques y ofensas injustificadas, aquellas ingerencias en la política y en el sistema de guerra que España seguía en Cuba, demostraban bien á las claras que, no sólo se trataba de destruir el insignificante efecto que habían producido en el campo insurrecto cubano las concesiones amplias emanadas del cambio de la política de España en Cuba, sino que llegaba la perfidia más allá: á mostrarse inconforme el Go-

bierno de Washington con todo lo que no encajase en el molde de sus ambiciones.

El peligro para España era, pues, inminente y seguro. Era el fruto de largos errores y de incomprensibles debilidades.

Y, á pesar de ello, no se quería apreciarlo.

Una venda fatal interceptaba la percepción y producía confianza en el ánimo de nuestros estadistas.

No faltaron los avisos amistosos. Llena de ellos está la prensa de toda Europa de aquella época, que, á partir del Mensaje, no se hizo ilusiones y aconsejaba á España, con tiempo, que se preparase contra temibles ataques. Particularmente desde Enero de 1898, esto es, á raíz del Mensaje del Presidente, se veía claramente precipitarse el momento de la agresión de los Estados-Unidos contra Cuba.

Aún recordamos, entre otros, al periódico francés *La Justicia,* que por aquella fecha decía, refiriéndose al Mensaje de Mac-Kinley al Congreso americano, que «las frases huecas de civilización y humanidad invocadas para justificar la intervención eventual de la nación norte-americana, no harán olvidar á Europa las consideraciones de derecho y de justicia, que son su propia defensa y

garantía». Otro periódico francés, *La Liberté*, nos avisaba en los siguientes términos: «España no debe forjarse ilusiones respecto á la hostilidad de los Estados-Unidos, á pesar de sus blanduras de lenguaje y de la bajeza diplomática de Mac-Kinley, propia sólo para adormecerla; es preciso suponer las hipótesis más temibles». *Le Siecle* hacía constar que «el Mensaje formulaba apreciaciones verdaderamente ofensivas para el honor legítimamente susceptible del pueblo español». Y á ese tenor, con ligeras variantes, se producían los órganos de la prensa europea, mereciendo consignarse por su claridad, *La Opinione*, periódico italiano, que decía: «el expresado documento no contiene amenaza alguna de efecto inmediato; pero no puede menos de reconocerse que no tiene nada de tranquilizador», por lo cual aconsejaba á España que se aprestase ante los peligros del porvenir.

Ninguna de esas indicaciones preventivas mereció ser tomada en consideración con todo el alcance necesario, que debió traducirse en medidas radicales en orden á la defensa y al abastecimiento de la Gran Antilla. Solamente en aquel rasgo tardío de conceder á Cuba la autonomía, se notó el efecto de la corriente imperante, solución en verdad inútil, porque, á tales alturas, deslindados

bien los campos, puede decirse que en Cuba no quedaban ya autonomistas: la casi totalidad de los que así se llamaron, hallábanse en abierta rebelión, fiando más en obtenerlo todo por mediación de la fuerza de los Estados-Unidos, que en disfrutar las ventajas del gobierno autónomo, bajo la bandera española.

Y en punto á defensa, únicamente se notó la previsión de una contienda exterior, en la prisa con que se fortificó y artilló, á costa de grandes esfuerzos, la plaza de la Habana, siendo para ello necesario, que el General Martínez Campos pusiera en la balanza todo el peso de su prestigio, secundando eficazmente esa idea los Generales Weyler y Blanco.

Quedaban en pie las enormes deficiencias del armamento de los puertos del litoral, acumuladas por largos años de descuído, cuando un suceso triste, la catástrofe del *Maine*, vino á dar pretexto á los americanos para precipitar la lucha que tanto tiempo venían ambicionando.

Ante las excitaciones de Mr. Lee, los Estados-Unidos se propusieron meter sus buques de guerra en la bahía de la Habana. No encontraron, como era consiguiente, la aquiescencia de España, y recurrieron á la excusa de decir, en Enero del 98,

que «para restablecer la antigua costumbre de visitar los puertos amigos, enviarían pronto un buque de guerra á los puertos de Cuba». España respondió que, á fin de corresponder á esa cortesía, mandaría también sus buques á visitar los puertos americanos.

El 26 de Enero, entró en la Habana el *Maine*, y algunos días después el *Montgomery* visitaba otros puertos de la Isla. El 16 de Febrero, ocurrió una espantosa voladura á bordo del *Maine*, que destruyó el crucero americano y produjo 250 víctimas de su tripulación.

Cuantas ocasiones tengamos de protestar contra la inculpación de que esa hecatombe fué causada por manos españolas, las aprovecharemos con plena conciencia de la verdad, á fuer de testigos presenciales de la catástrofe á la que hemos dedicado meditación prolija. Así lo abonan muchísimas razones técnicas y de orden material y moral. Así lo comprobaron los datos del hecho y el estudio de los restos. No obstante, los comisionados americanos achacaron la explosión á un origen exterior al barco, acabando de concitar contra España los odios de los Estados-Unidos, ya bastante acrecidos por la sostenida ambición de poseer la perla de las Antillas.

Otro incidente ocurrió en Febrero de 1898, del que sacó partido la prensa amarilla de los Estados-Unidos para excitar las pasiones contra España: la célebre carta de nuestro Ministro en Washington Dupuy de Lome al Sr. Canalejas, que entonces se hallaba en la Habana, carta que cayó en poder de nuestros enemigos y fué publicada íntegra en el *Journal*, periódico grandemente hostil á nuestra causa. En esa carta, cuya posesión constituía un verdadero robo, y que sólo tenía carácter particular, se hacían apreciaciones duras, y por cierto bien merecidas, acerca de la conducta de Mac-Kinley, al que nuestro Gobierno dió satisfacción cumplida relevando á Dupuy y substituyéndole por Polo de Bernabé.

Las negociaciones que á estos hechos siguieron, son muy largas de referir y figuran íntegras en el *Libro Rojo* publicado y repartido por el Ministerio de Estado después del Tratado de París.

De ellas hemos de ocuparnos extensamente al tratar de las causas de la pérdida de nuestras colonias, limitándonos ahora á recordar, que, el 23 de Marzo del 98, Mac-Kinley informó á nuestro Gobierno que si no concedía en breve plazo un arreglo para asegurar la paz en Cuba, sometería al Congreso, al mismo tiempo que las conclusio-

nes de la Comisión de averiguación por la explosión del *Maine*, la necesidad de decidir sobre las relaciones con España, y á la vez las Cámaras votaban 250 millones de francos para la defensa nacional y declaraban libre de derechos de aduanas todo el material de guerra, y el departamento de Marina, contrataba y armaba en guerra todos cuantos barcos mercantes se le ofrecían en Europa y en los Estados-Unidos. ¡En cambio á España se le prohibió decretar el corso!

Pidió nuestro Gobierno que la cuestión del *Maine* se sometiese á un arbitrage internacional, lo que rechazó Mac-Kinley, y el 29 de Marzo volvió éste á exigir que España otorgase á los insurrectos un armisticio hasta 1.º de Octubre, para facilitar la distribución de socorros á los reconcentrados.

La decisión en Consejo de 31 de Marzo debió ser aceptada por el Gobierno americano, pues en ella, no sólo se accedía á revocar las órdenes de reconcentración, sino que se confiaría al Parlamento insular el cuidado de preparar la pacificación de Cuba, y hasta el de acordar el armisticio con los insurrectos, pero con la condición, que el pundonor español exigía, que la petición de suspensión de hostilidades partiese de ellos.

Woodford, renovó sus pretensiones, y fueron estériles cuantos esfuerzos de mediación se hicieron, ya por parte del Sumo Pontífice, ya por las grandes potencias, bajo la iniciativa de Austria (Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, Italia y Rusia), cuyos embajadores presentaron en Washington una nota el 7 de Abril, la que el 9 fué reproducida al Gobierno de Madrid; no encontraron obstáculo esas negociaciones en España, hasta el extremo de que el mismo 9 de Abril, Woodford notificó á los Estados-Unidos oficialmente la suspensión de las hostilidades, que decretó en seguida el General Blanco, é igual notificación hizo el secretario del Papa: Mac-Kinley, después de dilaciones y argucias, exigió la intervención armada de los Estados-Unidos como único medio de poner fin á la insurrección cubana. Rechazada esa proposición por nuestro Gobierno, á la vez que se refutaban las ofensas del Mensaje, continuaron en Washington los tenebrosos conciliábulos de las Cámaras, bajo la base del reconocimiento de la república cubana, república cuyo presidente nominal residía en los Estados-Unidos, y por último, el 20 de Abril, presentó Woodford un *ultimatum* exigiendo que España renunciase inmediatamente á la soberanía en Cuba y retirase de allí sus tropas

de tierra y mar, concediendo un plazo *de tres días,* del 20 al medio día al 23, para dar respuesta satisfactoria á los Estados-Unidos, amenazando con la intervención armada.

El Gobierno del Sr. Sagasta, ordenó al Sr. Polo de Bernabé que pidiese sus pasaportes y contestó á Woodford en los términos siguientes:

El Ministro de Estado al Ministro Plenipotenciario de los Estados-Unidos.

Palacio 21 de Abril de 1898.

EXCMO. SR.:

Muy señor mío: En cumplimiento de un penoso deber, tengo la honra de participar á V. E. que sancionada por el Presidente de la República una resolución de ambas Cámaras de los Estados-Unidos, que al negar la legítima soberanía de España y amenazar con una inmediata intervención armada en la isla de Cuba, equivale á una evidente declaración de guerra, el Gobierno de S. M. ha ordenado á su Ministro en Washington que se retire, sin pérdida de tiempo, del territorio americano, con todo el personal de la Legación.

Por este hecho quedan interrumpidas las relaciones diplomáticas que de antiguo existían entre los dos países, cesando toda comunicación oficial entre sus respectivos representantes, y me apresuro á ponerlo en co-

nocimiento de V. E. á fin de que adopte por su parte las disposiciones que crea convenientes.

Ruego al propio tiempo á V. E. se sirva acusarme recibido de esta nota, y aprovecho, etc.=Firmado, Pío Gullón.



La breve reseña que antecede, necesaria para entrar en materia y útil para formar idea clara de la situación, demuestra evidentemente, que la guerra con los Estados-Unidos era inevitable, porque ellos la tenían decidida, y que á prepararse para sus consecuencias debieron dedicarse en nuestra Patria los mayores aprestos.

No fué así.

En España no se quería creer en la posibilidad de que el conflicto estallase, ó por lo menos, no se tomaron desde tiempo atrás las medidas necesarias para contrarrestar sus efectos.

Quizá se presumía, que con una política de condescendencias y de abdicaciones, no llegaría el momento de la ruptura, sin tener en cuenta, que, ese temperamento conciliador, necesita apoyarse en la fuerza, fácil de conseguir en este caso, con sólo haber defendido con tiempo los puertos de la Habana, Cienfuegos, Matanzas, Guantánamo,

Nipe y Santiago de Cuba, y haber mantenido en aguas de las Antillas, desde que la guerra separatista tomó auge, una división de la escuadra.

Cuando hoy, después de lo pasado, se piensa en que pudo evitarse el terrible perjuicio, parece imposible que no se dirigiesen á ese objeto las energías de la nación y los trabajos de sus magnates.

Pero, ¿acaso ahora no está sucediendo lo mismo? El grandísimo desmembramiento que ha sufrido la Patria, ¿quién asegura que no puede continuar cuando menos se piense? Y, ¿qué precauciones se toman para ahuyentar los peligros que nos amagan?

Las más pequeñas equivocaciones que se cometan en la organización inicial de una guerra, producen tremendos perjuicios.

Al declararse una campaña, todo debe estar previsto y ordenado. Las improvisaciones son difíciles y cuestan caras. Lo que desordenado comienza, acaba pronto y mal, porque enfrente del enemigo las deficiencias se agigantan y se traducen en inmediatos desalientos precursores de la derrota.

Por parte del Gobierno de los Estados-Unidos, además de ese plan político desarrollado cautelo-

samente, que la diplomacia española debió comprender y deshacer á tiempo, existía un bien concebido y meditado plan de guerra contra España, trazado con calma y método.

Por parte de España, ¿había algún trabajo de análogo fuste? No lo sabemos.

Nunca se percibieron señales que lo denunciasen con fijeza, por cuya causa, del mismo modo que la falta de previsión política, suele hoy señalarse la falta de previsión estratégica.

En el plan de campaña de los Estados-Unidos, no entraba ciertamente la idea de que el departamento oriental de la isla de Cuba fuese teatro de la lucha decisiva.

El secreto de la victoria en la guerra moderna consiste en presentar la batalla en condiciones de superioridad con relación al enemigo, y mal podían suponer los americanos que los españoles llegaran á proceder tan torpemente, que hiciesen lugar decisivo á Santiago de Cuba, punto débil, desnudo de defensas modernas, lejos de la gran base de operaciones, de la Habana, desligado por completo del núcleo principal de resistencia: esas consideraciones, que son aplicables á las guerras ofensivas, lo son mucho más en este caso, por tratarse de una contienda en que estábamos redu-

cidos á la defensiva y debían en ella amañarse las cosas de modo que la lucha se desarrollase en el lugar donde para realizarla tuviésemos mayores elementos.

Así se ve, que las primeras disposiciones dadas por la junta de guerra de Washington (Strategic War) al Almirante Sampson, concedían escasa importancia al departamento oriental de la isla, sin mencionar siquiera á Santiago de Cuba, dándole, en cambio, colosal valor al departamento occidental, principalmente á la Habana y á la extensión flanqueante de costa cercana, desde Matanzas y Cárdenas al Mariel y Bahía Honda.

«El deber de nuestra marina—escribían los americanos antes de la declaración de guerra,—quedaría circunscripto á la *rendición de la Habana*, al bloqueo de Cuba y Puerto-Rico, al equipamiento de los insurrectos cubanos, la destrucción del comercio español y la defensa de nuestra base de abastecimiento y de otros puertos propios. Estos son trabajos de tremenda magnitud y que demandan muchas actividades. Batallas navales sería necesario librar antes que la Habana cayese en nuestro poder, y á ese objetivo podríamos dedicar todos los barcos de la flota de combate no necesarios para la protección de nuestras costas».

De igual origen americano son las consideraciones de que España podría operar con su escuadra á la ofensiva, actuando á la defensiva tan lejos de las costas como le fuera posible, agregando que en el caso en que la escuadra española fuese derrotada, todas las plazas de la isla caerían en su poder y Cuba entera dejaría de ser española.

Pero no se necesita recurrir á textos semi-oficiales: en los mismos documentos oficiales, relativos á la guerra, publicados en el voluminoso *Repport of Secretary of the Navy* (1898), se leen unas instrucciones dadas á Sampson el 6 de Abril de 1898, ó sea antes de declararse las hostilidades, en las que se le ordena «que los barcos de su escuadra no se expondrán al fuego de las baterías de la Habana, Santiago de Cuba y otros puertos *fuertemente* (!) fortificados, á menos que los más formidables barcos españoles pudieran tomar refugio en esas bahías»; y más adelante se le advierte «que no convenía dedicar tropas de los Estados-Unidos á capturar ninguna plaza fuerte ni á proteger desembarcos hasta que no pase la estación de la fiebre amarilla, ó sea antes del 1.º de Octubre»; y para remachar bien el clavo, se le ordenaba, que «mantuviese el estricto bloqueo de la isla, particularmente de los puertos de la Habana y Matanzas,

y *si fuese posible* de Santiago de Cuba, Manzanillo y Cienfuegos».

Pero la inesperada entrada de nuestra escuadra en Santiago, cambió por completo la fase del problema, en condiciones favorabilísimas para los Estados-Unidos, porque no debe perderse de vista que su preparación naval, con resultar más fuerte que la nuestra, era, sin embargo, muy incompleta; de ahí que los primeros movimientos de sus barcos, se caracterizasen por el temor y la desconfianza en sus propias fuerzas.

Los textos de los críticos extranjeros así lo reconocen.

En la traducción francesa, del libro del Capitán de la Marina americana Mr. Mahan (1), hecha por el Conde Alfonso de Diesbach, se lee una introducción crítica, de la que tomamos los siguientes párrafos:

«Nadie que haya seguido los acontecimientos deja de sacar dos impresiones: primera, que los oficiales de la Marina americana han dado pruebas de la más completa energía y capacidad para la guerra naval, y segunda, que el manejo de la flota americana, en conjunto, se caracteriza por una

(1) *La Guerre Sur mer et ses leçons.*

indecisión y una timidez, que á no haber sido neutralizados por la ineficacia de la única escuadra española, en estado de hacerse á la mar, el término del conflicto hubiera entrañado serias dificultades. La fuerza naval de Cervera entró en Santiago sin haber sido descubierta por ningún barco americano, y durante diez días estuvo allí sin que el bloqueo del puerto fuese establecido. El 11 de Mayo, cuando la escuadra española se encontraba en la Martinica, una parte de la flota americana se entretenía en bombardear á San Juan, fútilmente, y empezaba á escasear el carbón; la otra parte se encontraba todavía en Hampton-Roads, á 1.000 millas de la Habana. Si, como aparentemente tenía intención, Cervera hubiese podido hacer carbón en Curaçao ó hubiera tenido medios de llenar rápidamente sus carboneras en Santiago, hubiese podido llegar á la Habana sin encontrar fuerza superior, ó hubiese podido hacer desagradable visita á Tampa ó Cayo Hueso. Haber impuesto á los americanos la necesidad de un ataque contra la Habana, hubiera aumentado inmensamente las dificultades de los Estados-Unidos. Entrando en Santiago, donde no había medios de abastecer sus barcos, Cervera facilitó el juego á sus adversarios, para quienes desde ese momento

dejó de tener importancia la debilidad inicial estratégica.»

«Las miserables obras de defensa en Santiago de Cuba improvisadas, llenaron su objeto, pues obligaron á los americanos á emprender operaciones por tierra.»

«Nada pudo ser más feliz para los americanos que la entrada de Cervera en Santiago, que les evitó la necesidad de dirigir la campaña contra la Habana».....



VISTA DEL HOSPITAL MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA

CAPÍTULO II.

Estado militar, económico y social de la plaza de Santiago.

Proyectos de reconcentración. — Fuerzas disponibles. — Situación de las tropas.—Atraso de once meses en las consignaciones de los cuerpos.—Los billetes del Banco Español de Cuba. — La escasez de víveres y de agua. — Hostilidad del país.

Pueden comprenderse, por lo que dejamos dicho en el anterior capítulo, las malas condiciones en que entrábamos en la campaña con los Estados-Unidos, por la deficiencia de nuestra organización defensiva; por la total carencia de elementos con que poder ejercitar la ofensiva; por el absoluto dominio del mar y de las costas en que desde el primer momento quedó la escuadra americana; por el aislamiento, cuando no la hostilidad, que hacia nosotros sentían las demás naciones; por la inferioridad de elementos de combate, y por el aniquilamiento de los que poseíamos, producido durante la larga y penosa guerra separatista.

Pero todas esas desventajas de carácter gene-

ral, aún se agravan y se multiplican, si se aprecian otros detalles de aspecto particular, de los que no puede prescindirse cuando se quiere marcar la verdadera situación de los contendientes, cosa indispensable, que debe tomarse en cuenta al juzgar sin pasión el por qué de los sucesos.

Por eso consideramos propio ocuparnos, siquiera sea muy á la ligera, de poner al corriente á los que este libro lean, del estado militar de Santiago, es decir, de los pocos recursos que tenía la defensa de aquella plaza; de la precaria situación económica que en ella se sufría, y del aspecto de la conducta de la población civil, que lejos de ofrecernos alientos y apoyo, se presentaba hostil, cuando no traidora.

Es difícil formarse cabal idea del desquiciamiento que todas esas concausas producían. El cuadro que vamos á describir, resulta tan sólo pálido reflejo de la realidad.

En los primeros días de Abril, el General en Jefe dió á conocer al General Linares el propósito de los americanos de ir sobre Santiago de Cuba, recomendándole la defensa de los puertos y construcción de baterías en Santiago y Guantánamo, para rechazar la invasión por mar y contener por tierra las partidas rebeldes, puestas de acuerdo

con los americanos (1). En el orden de ideas de la reconcentración, después de meditar sobre la conveniencia de abandonar Sagua de Tánamo, Baracoa y Guantánamo; sobre la ventaja de que por el momento, era preferible conservar esos puntos, y, dentro de sus zonas, efectuar algunos repliegues, dejando para más tarde el abandonarlos; sobre la reconcentración en los términos propuestos, pero retirando las fuerzas de Baracoa y Sagua, encomendando la defensa á los Voluntarios y guerrilleros, y que, en caso de necesidad suprema, se reconcentrara el núcleo de Guantánamo á Cuba, y acerca de que la expresada retirada de fuerzas, traería por consecuencia entregar Baracoa y Sagua á las partidas rebeldes, con armas, municiones y material y los hospitales con enfermos, se llegó á la solución de que quedara en cada uno de estos dos puertos, medio batallón de Córdoba con víveres para tres meses. El 20 anunció el General en

(1) Estuvo acordado que el General Linares fuese á la Habana para conferenciar con el General Blanco; pero luego, en vista de que los acontecimientos se precipitaban, dispuso éste que dejase el viaje, anunciándole el envío de la brigada del General Marina como refuerzo, y, con anterioridad, que el Comandante en jefe de Oriente acudiría con tropas en su auxilio, si era necesario; que se procuraría racionar y municionar aquella división y se avisaba el envío de víveres para cuatro meses.

Jefe la declaración de guerra y que la brigada Marina ya no iba á Santiago, anunciando el envío de una compañía de Ingenieros y otra de Zapadores. Retiróse, pues, de Sagua, medio batallón de Córdoba (tres compañías) que se transportaron á Baracoa; el batallón de Toledo pasó de Baracoa á Guantánamo y el de Talavera á Cuba, dejando Sagua y Baracoa racionadas hasta Agosto. Las tropas de aquella división quedaron así:

Baracoa.—Después de retirar los destacamentos, excepto el del Faro (Punta Maisí) formado de un oficial y 40 hombres de Córdoba y una sección de Voluntarios movilizados, había en el pueblo tres compañías de Córdoba, una sección de Guardia Civil, cuatro compañías de Voluntarios movilizados y un tercio de Voluntarios urbanos.

Sagua de Tánamo.—En la Boca, Esterón, Bazán y el recinto de Sagua, tres compañías de Córdoba, una movilizada y un batallón de Voluntarios.

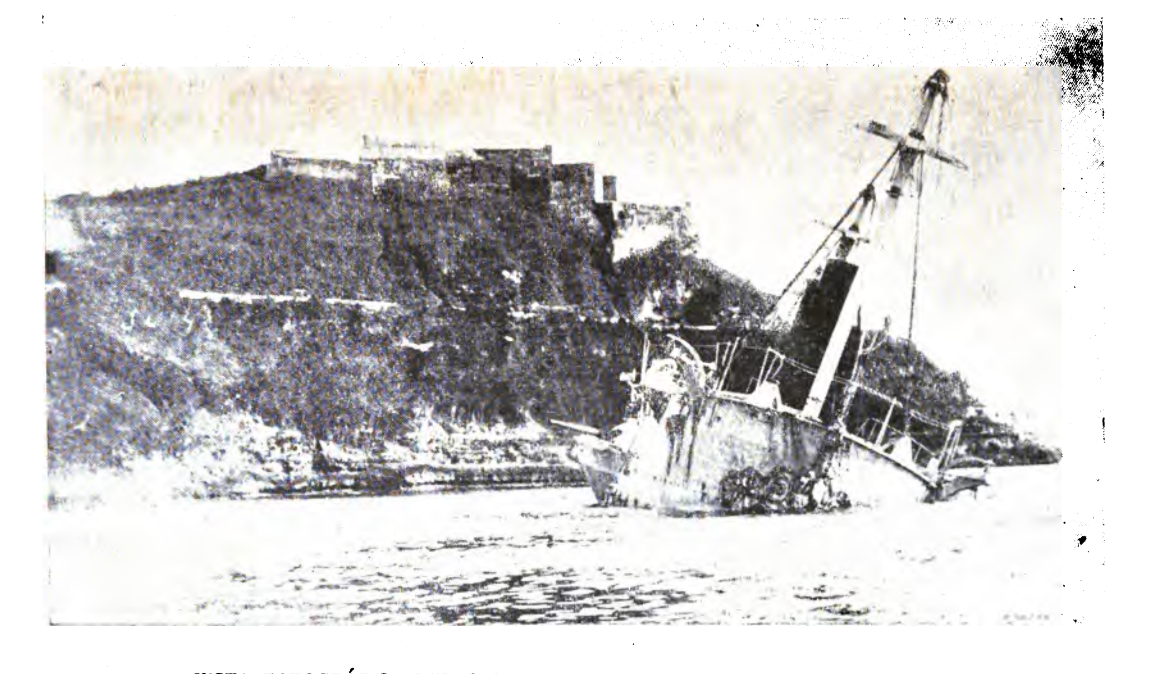
Guantánamo.—Fueron retiradas las fuerzas de los poblados de Tiguabos, Palmar y Felicidad, y los destacamentos de La Piedra, Boquerón y Bellavista, quedando en el recinto fortificado del llano y poblados de Guaso, Jamaica, Guantánamo, Caimanera y línea férrea, la brigada del Ge-

neral Pareja, con el regimiento Infantería de Simancas, un batallón del regimiento del Príncipe, otro de Toledo, tercios de escuadras de Santa Catalina, una compañía de Ingenieros, una sección de Artillería de montaña con dos piezas de tiro rápido, una sección de la Guardia Civil, un escuadrón del regimiento Caballería del Rey y las fuerzas irregulares movilizadas.

Cuba.—Evacuáronse los fuertes de Aguacate y Arroyo Blanco, que servía el primero de estación óptica para comunicar con Holguín y Bayamo, y el segundo de enlace entre Aguacate y Palma Soriano. Bayamo ya había sido antes abandonado. Se retiraron los destacamentos de los ingenios Sabanilla, Santa Ana y Hatillo, y de los poblados de Vinent y Firmeza, correspondientes á las minas de Daiquiri y Juragua, conservando fuerzas en los fuertes de la falda de la sierra para evitar intrusiones de los insurrectos contra Siboney y Daiquiri. Quedaron, por tanto, guarnecidos Cuba, Siboney, Daiquiri, línea férrea de Cuba á Siboney y Firmeza, línea de fuertes de Firmeza á Vinent por la sierra, línea férrea de Vinent á Daiquiri, Caney, Ermitaño, puerto y alturas de Villalón y Escandell, San Miguel de Lajas, Cuabitas, Boniato, puertos de este nombre y de Enramadas,

Isleño, Corralillo y Bayamo y Loma Cruz, Cobre, Monte Real, puerto de Bartolón, Mazamorra y San Miguel de Parada, línea férrea de Cuba al Cristo con destacamentos en todas las obras de fábrica, depósitos de agua y poblados San Vicente y Dos Bocas. Tramo de línea férrea del Cristo á Songo y Socorro, con guarniciones en estos poblados y puentes del trayecto. Tramo de línea férrea del Cristo á San Luis, incluyendo este poblado, Dos Caminos, Morón y puentes de la línea. Palma Soriano, posición estratégica sobre el Cauto, cuyos habitantes, sin distinción de insulares ni peninsulares, todos estaban movilizados y poseían extensa zona de cultivo que podía ser muy necesaria.

Para todas esas defensas y guarniciones, sólo tenía el General Linares el regimiento Infantería de Cuba, batallones de San Fernando, Constitución, Asia, Talavera, Puerto-Rico núm. 1, una sección de Artillería de montaña con dos piezas de tiro rápido, una compañía de Artillería de plaza, una compañía de Ingenieros de Ferrocarriles, otra de Zapadores, una sección de Telégrafos, una sección mixta á pie y á caballo de la Guardia Civil, dos escuadrones del regimiento del Rey, dos guerrillas volantes á pie y 15 compañías de Voluntarios movilizados.



VISTA FOTOGRÁFICA DEL CASTILLO DEL MORRO DE SANTIAGO DE CUBA

Aspecto del *Reina Mercedes* echado á pique en el canal.

Con estas fuerzas, había que atender á la conservación del terreno, evitar la intrusión de los insurrectos, vigilar las extensas costas y rechazar desembarcos.

Más adelante demostraremos detalladamente, que la plaza se hallaba desartillada en absoluto por tierra y muy mal por mar. En el frente de tierra, sólo había por toda defensa, una alambrada de 7 $^{1}/_{2}$ km. de extensión, que rodeaba la ciudad desde la batería de Punta Blanca al camino del Cobre, y sobre ella, tres fuertes construídos durante la primera rebelión, denominados Santa Úrsula, Santa Inés y San Antonio, y varios fortines de madera con capacidad para seis á ocho hombres. Esos elementos podían tener á raya las partidas insurrectas, mas para batir á un enemigo regular, provisto de artillería moderna, eran absolutamente inútiles.

La situación resultaba por demás crítica en el caso en que hubiera que contrarrestar, al mismo tiempo, el ataque de un enemigo interior y de otro exterior. Había que defender la población; el contorno de la bahía, que tenía más de 20 km.; la boca del canal de entrada con sus accesos por tierra; la línea férrea de Cruces á Siboney para conservar la aguada de los barcos, que venía por una

cañería desde Siboney al muelle de Juragua, Firmeza y Siboney, donde se hallaba el manantial; la línea férrea de Cuba al Cristo, sobre la que está el depósito que surte de aguas á Santiago; las zonas de cultivo que cruzaban la línea férrea de San Luis, recurso de importancia para la alimentación, pues el aspecto económico, según veremos, distaba mucho de ser satisfactorio.

En efecto; los obstáculos de aquella guerra, en que el enemigo contaba con tantos elementos en el mar, acumulados desde antes de la ruptura de hostilidades, sin duda habían impedido el envío de raciones para cuatro meses y 1.500 reses pedidas por el General Linares. El 25 de Abril llegó á Cuba el vapor *Mortera*, con 180.000 raciones de harina, 197.000 de arroz, 149.000 de garbanzos, 79.000 de fríjoles, 96.000 de vino y 150 reses, último auxilio que la plaza recibió.

El consumo mensual de las fuerzas, sin contar la brigada de Guantánamo, Sagua y Baracoa, alcanzaba á 360.000 raciones. En la población también era nota culminante la escasez, porque las angustias del Tesoro fueron causa de que á los cuerpos de aquella división se les adeudasen *once consignaciones* mensuales: en Octubre de 1897, recibieron la de Marzo de aquel año, y no cobraron

más hasta Mayo del 98, que percibieron la de Abril del 97. Los servicios de subsistencias y hospitales también sufrían análoga penuria. Los Generales, jefes y oficiales de todas las Armas y Cuerpos, contaban once meses de atraso en sus pagas, y aunque, poco antes de interrumpirse la comunicación por mar con la Habana, cobraron las de Mayo, Junio y Julio de 1897 y Enero del 98, las recibieron en billetes del Banco Español tipados al 61 por 100 contra oro, siendo así que la cotización en el mercado de Cuba, sólo concedía á dicho papel *un valor de 35 por 100 en plata,* y pocos días después, los comerciantes ya no lo querían á ningún precio: rechazaban los billetes como cosa mísera y despreciable, por manera que resultaron casi ilusorias aquellas cuatro pagas.

Fijándonos en estos datos, se comprende, que los importadores de víveres, se retrajesen, tomando el partido de agotar las existencias, sin reponerlas, porque, pudiendo calcularse en medio millón de duros el importe de las consignaciones de los cuerpos y servicios que no se cobraban, pasaron á ser en gran parte créditos contra el ejército, apoderándose la desconfianza del ánimo de los abastecedores, que temían que en un momento

dado les embargasen los víveres á la fuerza, para las tropas y hospitales.

¡Tal era el cariz que presentaba Santiago de Cuba al establecer los americanos el bloqueo riguroso del puerto!

El plan de defensa del General Linares, comprendía dos líneas de observación: una sobre la costa, de Punta Cabrera á Daiquiri; otra paralela á la de la costa, para tener á raya las partidas rebeldes, desde Palma Soriano, por San Luis, Cristo y Socorro: de Punta Cabrera al Cobre, estableció otra serie de destacamentos por Bartolón y Monte Real.

Las fuerzas ocupaban las posiciones siguientes:

El batallón de Asia y dos compañías movilizadas..	Bahía de Cabañas, Mazamorra, Punta Cabrera, Bartolón, Monte Real y El Cobre á enlazar con la Socapa.
El batallon de Talavera y tres compañías movilizadas................	Desde Daiquiri á Aguadores, enlazando con el Morro. Línea de fuertes de la sierra de Vinent y Firmeza.
Ocho compañías del regimiento de Cuba y seis compañías movilizadas..	Guarnición de la plaza, orilla de la bahía, puertos de la Sierra, Caney y línea férrea hasta El Cristo.
Dos compañías del regimiento de San Fernando y dos guerrillas á pie...	Palma Soriano y su zona de cultivo.

Una compañía de Constitución y una compañía movilizada..............	Poblado de San Luis.
Una compañía de Constitución y fuerzas irregulares.	Dos Caminos, Morón, línea férrea de San Luis á El Cristo.
Dos compañías del regimiento de Cuba, una compañía de Puerto-Rico y dos compañías movilizadas................	El Cristo, línea férrea del Songo y este poblado, campamento del Ermitaño.

El jefe de la línea de observación del N., con residencia en San Luis, era el General Vara de Rey, que tenía á sus órdenes cuatro compañías de la Constitución, una guerrilla á pié y una sección de Artillería de montaña. Dos escuadrones del Rey y las guerrillas montadas del 2.º batallón de Cuba y provisional de Puerto-Rico núm. 1, tenían designado su puesto sobre el llano, para proteger la línea férrea de El Cristo á San Luis. En El Cristo quedaban cuatro compañías de San Fernando y en Songo dos de Puerto-Rico.

En cuanto á Guantánamo, dió el General Linares al General Pareja instrucciones para que los cuatro batallones de que disponía, las escuadras de Santa Catalina, el escuadrón del Rey y la sección de Artillería de montaña, defendieran el llano, situando columnas en el recinto fortificado, que había sido construído para proteger la zafra; otra

columna al E. de observación sobre Yateras, otra en Caimanera y otra al O. en comunicación con la de la zona minera de Daiquiri y Juragua.

Quedaba así guarnecido, todo lo que convenía conservar y se facilitaba la reconcentración de la fuerza disponible, pero las líneas eran muy extensas y débiles, con varios puntos de desembarco la de la costa, en las playas de Yarey, Cabañas, Aguadores, Sardinero, Justici, Damajayabo y Daiquiri. De haber llegado la brigada Marina, se proponía el General Linares establecer el contacto por la costa con las fuerzas del General Pareja hasta Guantánamo, y la comunicación óptica con dicho punto, que se había perdido al concentrarse en el llano, lo cual dió motivo, más tarde, á que los 4.000 hombres de Pareja quedaran privados de comunicación con Santiago, al desaparecer la que tenían por cable con Playa del Este y Caimanera, que cortó el enemigo, lo que les impidió el recibo de órdenes desde el día 7 de Junio.

Las comunicaciones entre Cuba y Guantánamo, quedaron, por tanto, reducidas á un camino llamado de la Costa, que cruzando el Baconao, venía por Daiquiri; otro que entraba por Vinent; y el de Tiguabos y Macuriges á Socorro y Songo. Después de aquella fecha, cuantos partes por ellos



FOTOGRAFÍA DE LA REPRESA DE CUAVITAS PARA EL ABASTECIMIENTO DE AGUA DE SANTIAGO DE CUBA (RÍO PURGATORIO)

se enviaban, caían en poder de los insurrectos, dueños del monte, los que ahorcaban á los emisarios.

Linares recomendaba á Pareja en 3 de Junio, que en caso de incomunicación, si el enemigo no desembarcaba tropas en la Caimanera, le enviase un batallón, la sección de montaña y media compañía de Ingenieros, debiendo replegarse si llegaba á ser absoluto su aislamiento, hasta reducirse á la defensa del poblado, Caimanera y vía férrea.

También estuvo anunciada la ida á Santiago de Cuba de dos ó tres batallones de Holguín, pidiendo el General Linares, que en ese caso, fueran con algunas piezas de tiro rápido, pues sólo había en Cuba dos. No llegó á realizarse ese proyecto.

Los expresados refuerzos, hubieran tenido el inconveniente, de llevar en sí el consumo de víveres consiguiente y la menor duración de los abastecimientos, pero darían mayor vigor á aquella extensa red de defensas débiles, que comprendía el departamento Oriental de la isla.

Sólo entró en la plaza, en calidad de refuerzo, la columna del Coronel Escario, procedente de Manzanillo, el mismo día que salió y fué destruída la escuadra. Esta columna partió de Manzanillo el 22 de Junio por la tarde, y se componía del regi-

miento de Isabel la Católica, batallón cazadores de Puerto-Rico, batallón expedicionario de Andalucía, batallón peninsular de Alcántara, una sección de Artillería de montaña con dos piezas Plasencia, otra de Ingenieros y guerrillas, que en junto sumaban 3.500 hombres. Pero de ellos hay que descontar heridos y enfermos, y deducir los 1.200 que se reembarcaban de la escuadra, de manera que el refuerzo escasamente suponía en suma unos 1.800 hombres de aumento utilizable.

Las lejanas é incomunicadas guarniciones de Sagua de Tánamo y Baracoa, tenían víveres hasta fin de Junio, y al agotarlos, la primera debía replegarse á Mayarí, siendo imposible el repliegue de la de Baracoa por su distancia á Guantánamo. La brigada de Guantánamo quedó á media ración desde primeros de Junio, calculando que agotaría sus víveres en todo aquel mes.

Realizábanse, pues, los combates y hechos que vamos á referir, en medio de un sinnúmero de circunstancias adversas; en el sitio menos á propósito para presentar á los americanos la lucha decisiva; con tropas aniquiladas por una alimentación insuficiente, reducida desde fines de Mayo á la ración de etapa sin tocino, y sin el aumento de rancho que la completa. En Junio, ya fué necesario

suprimir casi la harina de trigo en la confección del pan, quedando aquél constituído por 15 por 100 de harina de trigo, y 85 por 100 de maíz, arroz ó cebada triturados, pues desde el 25 de Abril en que entraron las últimas raciones, fué imposible, por más esfuerzos que se hicieron, conseguir que arribasen más. Llegaban, sí, á Santiago de Cuba, letras y fondos contra la Hacienda, que no obtuvieron éxito, porque la desconfianza en el crédito se había entronizado en la ciudad y ya nadie auxiliaba al ejército y los artículos de consumo tomaban precios fabulosos.

La escasez de recursos y subsistencias fué aumentando, hasta el punto de que al acaecer los combates de El Caney y San Juan, consistía la ración en arroz con aceite, café, azúcar y aguardiente, temiéndose que el enemigo cortara las aguas en Cuabitas, y era necesario además retirar destacamentos de los pasos de los puertos, perdiéndose las raciones que para veinte días tenían y viniendo á pesar sobre los víveres de la plaza. Más tarde, creció el conflicto por la escasez de agua, hasta para las tropas que se hallaban en las trincheras, pues agotados casi los algibes, y situadas aquéllas en puntos altos, era necesario servírsela por garrafones en pequeña tasa y con gran dificultad.

Y por otro lado, hay que fijarse en las adversidades que bajo el punto de vista del éxito militar se sucedían de día en día, y que llegaron á su colmo al ser heridos en San Juan y en Caney los principales jefes.

Mucho decae el ánimo, cuando el soldado oye decir: —Ahí, en esa camilla, va herido el General en Jefe del cuerpo de ejército.—Esa otra, lleva el Coronel de tu regimiento.—Allá, en un puesto avanzado, queda el cadáver del General que lo mandaba; y á todo eso, ve desfilar interminable serie de heridos y sabe que el campo está cubierto de muertos, y al contemplarse unos á otros, los combatientes, sólo ven espectros, estenuados por la fiebre y el hambre, y no se columbra esperanza de socorro ni otra aurora de ventura que la obscura muerte sin gloria.

Azares son esos de las guerras, que sufre el Ejército por su Patria, y que lleva con entusiasmo cuando, en torno suyo, ve brillar la grandeza de espíritu de todos los ciudadanos, cuyos corazones vibran al unísono de un solo sentimiento fraternal, hallándose dispuestos al sacrificio.

Pero en Santiago de Cuba no sucedía eso. La conducta social era muy distinta. Para nuestro Ejército todo era adversidad: el enemigo dentro,

el enemigo extranjero fuera, el odio por doquiera, á veces en el mismo hogar, maleados los puros afectos de la familia, hasta llegar á corromper el corazón de los hijos de padres españoles, á impulsos de una fiebre de locura, que los acumulados errores de muchos años fueron alimentando, aunque nunca pueda humanamente justificarse.

En la ciudad, quedaba el núcleo que allá llamábamos *pacíficos*, en el que abundaban los espías solapados, que daban noticias al enemigo, y, cuando podían, enviaban recursos, ropas, municiones y víveres á los insurrectos, fingiéndose nuestros amigos ó cuando menos blasonando de neutrales.

Era tan hondo el mal que á la ligera describimos, que cuando el General Toral autorizó que abandonasen la plaza los pacíficos, ante la amenaza de bombardeo, lo hicieron hasta los Voluntarios, y, salvo honrosas excepciones, los empleados civiles.

¡Hé ahí bosquejada la situación deplorable que se presentaba para contener el empuje vigoroso de los Estados-Unidos!



VISTA FOTOGRÁFICA DE LA ENSENADA Y GRAN MUELLE DE HIERRO DE DAIQUIRI

CAPÍTULO III.

Desembarco del enemigo.

Descripción de las costas cercanas á Cuba. — Lugares presumibles de desembarco.— Organización del ejército americano.—Divergencias entre Shafter y Sampson.—Conferencia de Shafter con Calixto García.—Papel asignado á los insurrectos en el ataque.—Contratiempos sufridos por las tropas americanas. – Bombardeo de Daiquiri y Siboney. —Retirada de las fuerzas de la región minera.—Realización feliz del desembarco.

La entrada de la bahía de Santiago de Cuba, presenta taludes escarpados, que llegan á 63 m. de altura en la costa del Este, donde se alza el Morro, y á 53 en la Socapa, al Oeste. El canal es largo, estrecho, tortuoso, difícil de salvar, y al fondo de la abrigada y extensa bahía en que termina, álzase la ciudad en forma de anfiteatro, cuya parte más elevada ocupan los cuarteles y el hospital militar.

La cuenca de la bahía es muy extensa. Limítanla las alturas de la Sierra Maestra, cuyos pasos señalan los puertos de Bayamo, Enramadas, Ermitaño, Boniato y Escandell, situados á más de 8 km. de la plaza. Las salidas principales por parte de tierra, son el camino del Cobre y de Palma

Soriano; el de las minas, que se bifurca en dos, uno por las lagunas y Aguadores y otro por el derruído ingenio Sevilla á Siboney y Firmeza, buscando la costa, y el de Escandell, que pasa por el Caney. De Santiago arranca el ferrocarril de Sabanilla, que va por Cuabitas al Cristo y San Luis. Vías de agua sólo merecen mencionarse el río Purgatorio, que hacia el desemboque toma el nombre de río San Juan. De él se abastece de agua la población, arrancando la tubería de una represa que existe en Cuabitas.

Todos los puertos, pasos, vías, etc., estaban defendidos por una serie de blockaus, que se extendían también por la costa y región minera, obras de defensa contra la insurrección, pero sin solidez ni fuerza para contener otra clase de enemigo, hasta el punto de que un escritor extranjero, compara esta red de fuertes, con una *tela de araña*, por la debilidad que entrañaba.

Á la derecha del Morro, abren al mar varias pequeñas ensenadas, cual las de Aguadores, Sardinero, Justici, Juragua, Juraguacito, Siboney y Daiquiri, y á la izquierda las de Cabañas y Aserradero.

Dan acceso á la zona minera, las ensenadas de Juragua, Siboney y Daiquiri, esta última dotada

de magníficos muelles de hierro para servicio de las minas de Vinent, utilizados en la carga de mineral.

Las minas de Juragua, tienen sus bocas en el poblado de Firmeza y disponen de un ferrocarril que sale á la costa, y llega á otro hermoso muelle de hierro situado en el interior de la bahía.

Esta región minera contaba con enormes recursos: almacenes, talleres, hospitales, botica, viviendas, situados en Daiquiri, Firmeza y Siboney, y para su defensa existían los blockaus y trincheras que nuestras tropas defendían, no obstante habernos sido siempre hostil el personal de aquellas grandes empresas americanas, á las que la generosidad de la administración española, eximía de todo tributo, pero que durante la guerra lo pagaban, según era voz pública, al enemigo, al que auxiliaban sus empleados y propietarios (1).

La misma vacilación que había predominado al lanzar las escuadras contra las costas de Cuba,

(1) Antes de la guerra con los Estados-Unidos, en 1895, ya entrada la campaña insurrecta, visitamos la región minera y oímos de labios de un jefe distinguido que guarnecía á Vinent, que la Compañía americana prohibía emplear el ferrocarril para transportar los víveres para nuestra tropa, que tenían que llevarse á lomo hasta la Sierra, á lo largo de aquel ferrocarril

existió también en el Gobierno americano cuando pensó en llevar tropas de desembarco. Á los buques de guerra, se les encargaba que no empeñasen combate contra las baterías. Á las fuerzas que se organizaban en Tampa, se les otorgaba la misión de efectuar reconocimientos sobre las costas y de avituallar, municionar y dirigir la acción de los insurrectos, evitando encuentros serios con las columnas españolas.

Confióse la organización expedicionaria al General Shafter: el ejército de su mando, debía componerse, con arreglo á las primeras órdenes, de ocho regimientos de Infantería regular, un regimiento de Caballería, una compañía de Ingenieros y ocho baterías de campaña, en total 5 á 6.000 hombres. La intención era abastecer á Máximo Gómez en un punto de la costa Sur occidental y después venir á tomar tierra en Mariel.

Tal proyecto fué abandonado desde el momento en que la escuadra de Cervera se encerró

¡que nuestros soldados defendían! Alguna vez se permitía que entre sacos de carbón se metiesen los de arroz, ocultándolos. Esa hostilidad debía ser cierta, pues en aquella ocasión, no obstante ir á Vinent dos Generales (Lachambre y Barraquer), la Compañía no les ofreció el coche que allí había é hicieron el viaje en una plataforma de carga.



VISTA FOTOGRÁFICA DE LA ENSENADA DE DAIQUIRI

Aspecto del gran muelle de hierro cuando se hallaba en construcción.

en el puerto de Santiago de Cuba. Esto obligaba á más grandes operaciones. Sólo dos veces se intentó lanzar tropas sobre Cuba antes del arribo de la escuadra española. Una sin éxito, el 13 de Mayo, sobre Cabañas, por el Coronel Dorst, quien á bordo del transporte *Sussie,* llevaba algunas compañías, que fueron rechazadas. Otra el 17 de Mayo, por el mismo Coronel, que transportó en el *Florida* al titulado General Lacret con 300 insurrectos, desembarcándolos al Este de la Habana.

El fatal suceso del embotellamiento de la escuadra, varió, como decimos, el plan de los americanos: Á Shafter, en 30 de Mayo, se le ordenó por el departamento de la Guerra, que partiese con sus fuerzas á tomar Santiago de Cuba, porque el Almirante Schley daba cuenta de haber visto dentro de aquel puerto la escuadra española.

Las instrucciones, más precisas, que recibió el 31, decían:

«Desembarcad en distintos puntos al Este y al Oeste de Santiago, bajo la protección de la escuadra como creáis conveniente; apoderáos de las alturas que dominan el puerto hacia el interior, en forma de capturar la guarnición española y de cubrir la escuadra mientras levanta los torpedos, ó bien con ayuda de la Marina procurad destruir la

escuadra española. Emplead toda vuestra energía en conseguir este objeto, pues el Gobierno deja la elección del medio á vuestra voluntad. Podéis pedir á los insurrectos de las cercanías que cooperen, empleándolos principalmente como avanzadas y guías. No os confiéis á nadie extraño á vuestras tropas. Evitad con cuidado las emboscadas, las sorpresas y las posiciones minadas ó dominadas por el fuego de los españoles. Cooperad estrechamente con la Marina. Terminada la operación, á menos que recibáis nuevas órdenes ó que creáis necesario seguir en Santiago de Cuba, reembarcad las tropas y dirigíos sobre el puerto de Banes (Puerto-Rico). ¿Cuando partiréis?—Por orden del General *Miles*, *H. C. Corbín*, Ayudante general.»

En Tampa, Puerto Tampa, Ivor City, Jacksonville y otros puntos de La Florida, donde se concentraban las tropas americanas, todo era confusión, que no en balde se pretendía pasar de un ejército de 25.000 hombres á otro contingente mucho mayor, necesario para ir sobre Cuba.

El General Shafter, contestó que podía embarcar el 4 de Junio, después que el 6, y al fin tuvo que retrasarlo más, efectuándose el 14 la salida del convoy, formado por el V cuerpo de ejército,

el que, convenientemente escoltado por algunos barcos de guerra, llegó á las costas de Santiago de Cuba el 20 á las diez de la mañana. La travesía, aunque con buen tiempo, se hizo con precauciones, pues los americanos habían creído ver antes de la partida, según partes del *Eagle* y del *Resolute*, barcos enemigos, que sólo existían en su imaginación.

El V cuerpo de ejército, al mando de Shafter, se componía de dos divisiones de Infantería, una de Caballería, sin caballos, desmontada, una brigada independiente y las tropas de Artillería, Ingenieros, globo cautivo, etc., que en junto sumaban 819 oficiales, 15.058 soldados, 30 secretarios, 272 conductores, 107 armeros y 89 *corresponsales* de periódicos.

El ganado de transporte era, 390 mulas de carga, 946 de tiro, 571 caballos de tropa, 381 caballos de oficial, 114 furgones de seis mulas, 81 carruajes ligeros y siete ambulancias.

La travesía se hizo en 35 barcos, que además llevaban dos buques-algibes, una plataforma y dos pontones, á remolque, de los que se perdió uno en el camino. Sumaban entre todos, 153 embarcaciones menores, que podían contener 3.034 hombres.

La composición de este ejército era:

PRIMERA DIVISIÓN. — Brigadier general *Kent*.

Primera brigada. — General *Hawkins* (16.°, 6.° y 71.°, New-Yok).

Segunda brigada. — Coronel *Pearson* (2.°, 10.° y 21.°)

Tercera brigada. — Teniente Coronel *Worth* (9.°, 13.° y 24.°)

SEGUNDA DIVISIÓN. — Brigadier general *Lawton*.

Primera brigada. — Coronel Van *Horn* (8.°, 22.° y 2.° Massachusets).

Segunda brigada. — Coronel *Evan Miles* (1.°, 4.° y 25.°)

Tercera brigada. — Brigadier general *Chafee* (7.°, 12.° y 17.°)

DIVISIÓN DE CABALLERÍA. — Mayor general *Wheeler*.

Primera brigada. — Brigadier general *Summer* (3.°, 6.° y 9.° de Caballería regular).

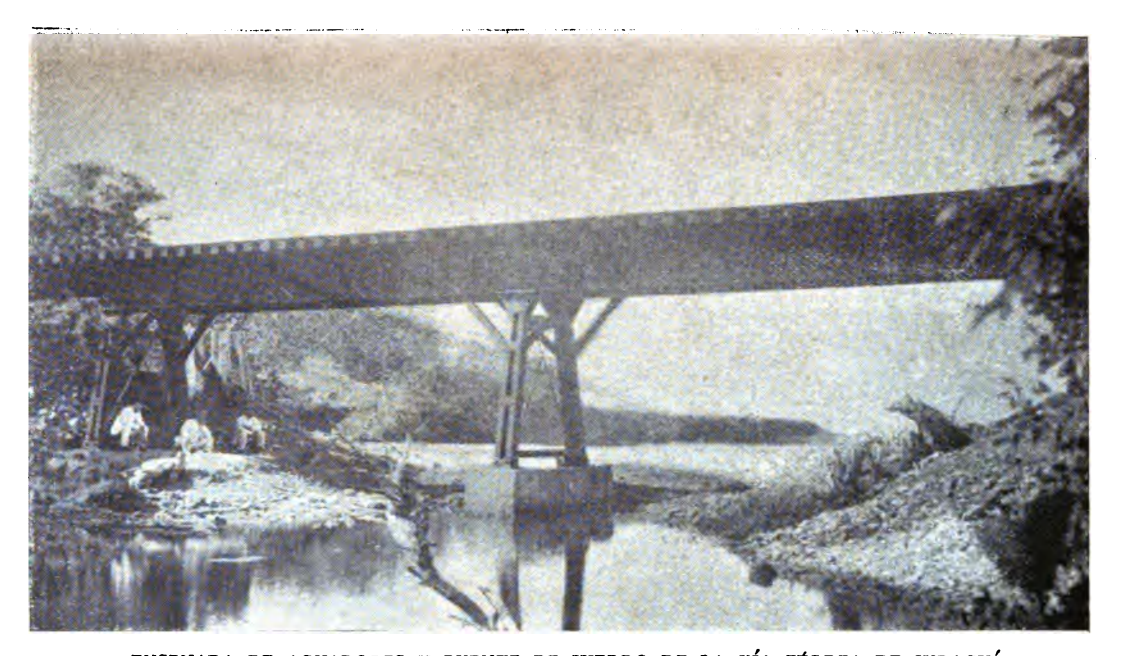
Segunda brigada. — Brigadier general *Young* (1.°, 10.° de Caballería regular y 10.° de Caballería voluntarios).

Brigada independiente. — General *Bates* (3.° y 10.° Massachusets).

Artillería...
- Cuatro baterías de campaña á cuatro cañones.
- Un Hotchkiss.
- Un cañón neumático de dinamita.
- Cuatro Gatlings.
- Cuatro cañones de sitio de 125 mm.
- Cuatro obuses de 175 mm.
- Ocho morteros de 80 mm.

Ingenieros. — Un batallón. — Globo cautivo.

Ya hemos dicho, que la inopinada confinación de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba,



ENSENADA DE AGUADORES Y PUENTE DE HIERRO DE LA VÍA FÉRREA DE JURAGUÁ

varió el objetivo de los americanos, constreñido, al principio, en la Habana. Todo el esfuerzo iba á reconcentrarse sobre Santiago. El caso no era secreto. Además de ser lógica consecuencia de los sucesos, lo venían pregonando, *urbi et orbe*, los periódicos de los Estados-Unidos.

Refiriéndose á este asunto, *La Revue Militaire* de Enero de 1900, dice:

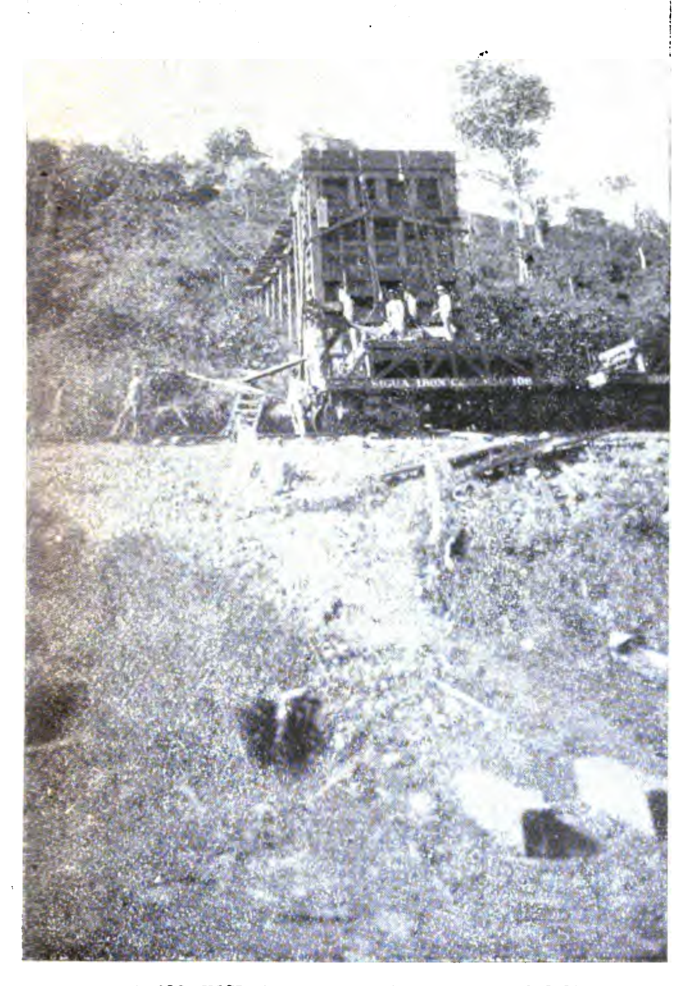
«Ninguna medida se tomó para detener ó contrarrestar este ataque inminente, del que dependía la suerte de la única escuadra que poseía España (1). Es cierto que la parte Oriental de Cuba estaba casi toda entera en poder de la insurrección y que los movimientos eran difíciles por la falta de vías de comunicación; pero, con todo y con eso, se pudo efectuar una concentración de las fuerzas bastante considerables, dispersas por los principales lugares de la provincia; el éxito de la columna Escario, que partió de Manzanillo y entró en Santiago la víspera de ser investida por los americanos, lo demuestra. En Guantánamo se en-

(1) No es exacto. En el lugar correspondiente de este libro, indicamos las medidas adoptadas para defender aquella plaza; lo que pasa es que la defensa moderna exige tiempo y cañones, y ni una cosa ni otra había allí. Por eso resultó que no podía improvisarse lo improvisable.

contraban 6.000 hombres; en Holguín 12.000; en Manzanillo 6.000; pero todas esas fuerzas permanecieron inactivas, y el Teniente General Linares, Gobernador de Santiago, no dispuso para la defensa de la plaza más que de las tropas que formaban su guarnición; todavía éstas, quedaron desparramadas hasta el último momento en las posiciones que ocupaban, muy alejadas, y que no habían sido organizadas más que para tener á distancia las partidas insurrectas» (1).

El General Shafter y el Almirante Sampson, conferenciaron detenidamente á bordo del *Segurança*, tan pronto llegó el ejército expedicionario. Sampson, era partidario de que Shafter atacase los fuertes de la boca del canal por tierra, con objeto de que sus barcos pudieran entrar libremente después de levantar los torpedos, llegando á la bahía y destruyendo la escuadra de Cervera. Shafter no era apasionado de esa idea. Los dos se trasladaron al Aserradero, donde conferenciaron con

(1) Hemos dejado establecido en nuestro libro *La Habana*, que á nuevo enemigo, convenía nueva clase de guerra, y en ella, la concentración era base principal de la lucha contra el ejército americano. El término de la campaña es muy posible que hubiera sido fatal para España, pero nunca más fatal de lo que fué y acaso mucho más lucido y sensacional ante el mundo.



PLANO INCLINADO DE LAS MINAS DE SIGUA

Calixto García, quien les manifestó que el mejor punto de desembarco era Daiquiri, ofreciéndose á auxiliarles con 4.000 insurrectos cubanos armados.

La discrepancia entre Sampson y Shafter, resalta en las siguientes razones, que, escritas por este último, han sido publicadas en la Revista *Century,* y que demuestran hasta qué punto veía clara la cuestión:

«Desde mi llegada en el *Segurança,* algunos oficiales de Marina patrocinaron la idea de que lo primero que debía hacerse era arrojar los españoles del Morro y de la Socapa, para permitir á la flota levantar las defensas submarinas y entrar en el puerto; pero en el momento en que me entrevisté con el General García, y después de examinar la naturaleza de las costas, me persuadí de que eso era insostenible. Mi objetivo debía ser Santiago y no el Morro. Era lógico suponer que las fuerzas españolas de la provincia se concentrarían sobre mí, si les daba tiempo: dirigiéndome sobre la ciudad directamente impedía esa concentración. Desde Manzanillo pudieron llegar 3.000 hombres el 3 de Julio; poco después ya me hallaba entre los sitiados y los 13.000 hombres de Holguín y San Luis. Marchar sobre el Morro era impracticable á causa de la naturaleza del terreno..... Diré de otra parte,

que la idea de que Cervera hubiera podido impedirnos ocupar la ciudad, carecía de sentido, porque la configuración del terreno es tal, que nos hubiéramos podido abrigar fácilmente contra su tiro y tomar posiciones dominantes, que nos permitieran barrer las cubiertas de los buques españoles, con fuegos de Infantería y de cañón..... Bien lo comprendió Blanco, cuando le dió la orden de salir, persuadido de que la ciudad tenía que sucumbir.»

Aleccionado Shafter por los consejos de Calixto García, decidió que el desembarco fuese en Daiquiri, y el 21 de Junio transportó desde Aserradero á Cujababo, 2.000 m. al E. de Daiquiri, 500 insurrectos mandados por Castillo, que tenían por misión atacar de revés á los españoles en el momento en que empezase el desembarco, que se fijó para el 22. Al mismo tiempo se acordó entre Sampson y Shafter, que la escuadra bombardease, simultáneamente con el desembarco, todas las posiciones de la costa, Daiquiri, Siboney, Aguadores, Morro, Cabañas, y que, en este último punto, 500 insurrectos, al mando del cabecilla Rabí, hicieran, á la vez, una demostración de ataque. Hecho el desembarco, todas las restantes fuerzas insurrectas de Calixto García se trasladarían á Daiquiri, y el ejército americano seguiría el ca-

mino que desde allí y Siboney conduce por Sevilla sobre Santiago de Cuba, emprendiendo lo más rápidamente posible el ataque de la plaza.

Las tropas, según órdenes de Shafter, desembarcarían en el orden siguiente:

«El General Lawton con la primera y segunda división y la batería de Gatlings. La brigada Bates como reserva de la segunda división. El General Wheeler con la división de Caballería á pie. El General Kent con la primera división. El escuadrón montado del segundo de Caballería.

»En el caso en que el enemigo hiciese resistencia enérgica, la artillería de campaña ó parte de ella, desembarcaría para sostener las tropas empeñadas en el combate. Si no había resistencia seria, la artillería no desembarcaría hasta después del escuadrón montado.

»Todas las tropas llevarían enrollada, bajo su funda, la tienda-abrigo y la manta-poncho, víveres para tres días y 100 cartuchos por plaza. El resto de las municiones y los equipajes quedarían en los transportes, así como el personal que no fuese el indicado. Las embarcaciones para el transporte serían repartidas por el Cuartel-maestre general. Los oficiales del *Ordnance* desembarcarían una reserva de 100 cartuchos por plaza.»

Por su parte Sampson ordenó, que 50 botes de vapor se pusieran á disposición de Shafter para el desembarco, de concierto con un oficial de Marina, y distribuyó la escuadra del modo siguiente: contra Cabañas, actuarían el *Scorpion*, el *Wixen* y el *Texas;* contra Aguadores, el *Eagle* y el *Gloucester;* contra Siboney, el *Hornet*, el *Helena* y el *Bancroft*; contra Daiquiri, el *Detroit*, el *Castine*, el *Wasp* y la *Nueva Orleans;* el bloqueo quedaría vigilado por el *Brooklyn*, *Massachusets*, *Iowa*, *Oregon*, *Indiana* y *New-York;* el servicio de remolque se haría por el *Suwance*, el *Osceola* y el *Wampatuck*.

Al iniciarse el desembarco, los barcos habrían de romper sus fuegos sobre las posiciones de la costa que, cual Siboney y Daiquiri, estaban ocupados por nuestras tropas. Mas éstas, obedeciendo órdenes seguramente encaminadas á evitar que fuesen envueltas, evacuaron Daiquiri, dándole fuego por algunos puntos, y sucedió, que inmediatamente, los 500 insurrectos, que como antes expusimos, habían desembarcado en Cujababo, tomaron posesión del poblado. Los cubanos que había á bordo del *Segurança* con Shafter, señalaron los incendios, pero bien sea porque la bruma, que en las primeras horas de la mañana cubría la costa,



DESEMBARCO DE LAS TROPAS AMERICANAS EN DAIQUIRI

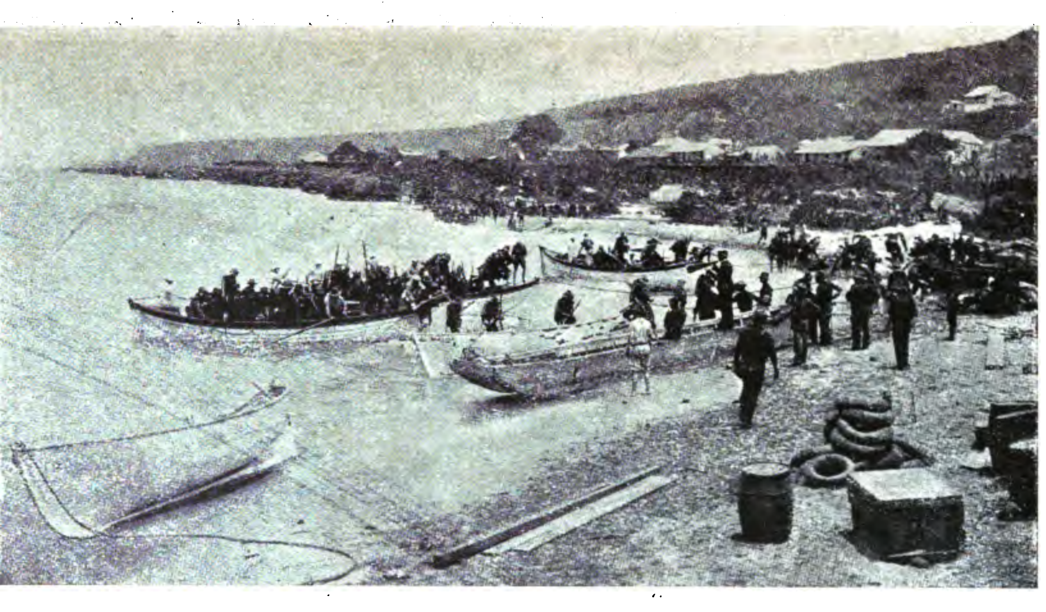
impidiera ver las señales que hicieron á la escuadra, ó porque todos estuviesen absorbidos por el papel que les tocaba representar aquel día, es lo cierto que nadie se preocupó de ese detalle, y á las nueve y cuarenta minutos, al ver partir el primer bote de desembarco, todos los buques americanos rompieron fuego nutrido contra las posiciones de la costa, que creían ocupadas por fuerzas españolas, fuego que duró treinta minutos y que causó tan sólo dos muertos á las fuerzas de Castillo, estacionadas en Daiquiri, desde el amanecer, las cuales no fueron reconocidas hasta que las primeras embarcaciones tomaron tierra (1).

El desembarco se efectuó, con absoluta tranquilidad, sin riesgo, como en tiempo de paz, sin más entorpecimiento para los americanos que los que se derivaban de la confusión producida por tantos elementos aglomerados, amontonados sobre la playa, y por la deficiencia de los medios

(1) Así afirma el *Repport* del General Shafter. No nos extraña este hecho. En nuestros libros anteriores, *El bloqueo y la defensa de las costas* y *La Habana*, hemos señalado el escaso efecto que sobre tropas de Infantería, situadas y disimuladas en tierra, hacen los cañones de una escuadra. Ahí están para comprobarlo, además de este caso de Daiquiri, los bombardeos *furiosos* de Cienfuegos, Matanzas, Cárdenas, Manzanillo y otros.

de transporte, del escaso material flotante, pues según dice J. D. Miley en su libro *In Cuba with Shafter*, «la falta de suficiente número de plataformas ó pontones fué causa de retardos, de inquietudes y de peligros, y si el tiempo se hubiese puesto malo ó si el enemigo hubiera opuesto resistencia seria, al desembarco, el resultado hubiese sido muy diferente». Este asunto ha dado lugar á un proceso en los Estados-Unidos, por consecuencia de las indicaciones del Comité de averiguación sobre la guerra con España (*Repport* página 31).

Además del gran muelle de hierro que existía en Daiquiri para el embarque de mineral, el cual no pudo ser usado por el enemigo por su gran elevación, había otro de madera de 10 m. de largo por 5 de ancho, al que sólo podían atracar las embarcaciones cuyo calado no pasase de 2'50 m. Este último, fué reconstruído por los ingenieros americanos, en poco tiempo, pues aun cuando había sido incendiado, sólo tenía quemadas algunas tablas, y á él atracó el transporte *Cumberland*, el pontón plataforma llevado desde Tampa y las embarcaciones menores que remolcaban los botes de vapor de la escuadra, mas á pesar de ello, el desembarque de hombres era muy difícil á marea baja,



DESEMBARCO DE LAS TROPAS AMERICANAS EN SIBONEY

(De fotografía.)

principalmente por la tarde, en que empezó á picarse el mar.

Las dos compañías de ingenieros del ejército americano, transportaron maderas sobre el *Alamo* y 12 pontones y 15 caballetes Birago y una gran cantidad de herramientas. El material Birago no tuvo aplicación, pero el día 23 estas tropas de ingenieros comenzaron un embarcadero en Siboney, trabajo que se interrumpió el 24 por tener que trasladarse los ingenieros á Aserradero para construír un muelle destinado al embarque de los cubanos; luego volvieron á Siboney para agrandar el muelle existente y construír un embarcadero de circunstancias de 40 m. de largo, formado por grandes cajones de madera calafateados y lastrados con piedras, que apoyaban en el fondo y sostenían la plataforma. Después arreglaron los ingenieros el camino de Siboney á Sevilla (1).

También Siboney había sido evacuado, después del bombardeo, que ocasionó la muerte de su Comandante militar, el Capitán movilizado D. Luis Bellini, hijo de Cuba, por cuya razón ordenó Shafter que siguiese la segunda división hacia aquel

(1) Relación de M. E. J. Chibas, ayudante del jefe de Ingenieros del 5.º cuerpo. (*Engineering News.*)

lugar, donde entró sin resistencia el 23 por la mañana. En tanto, el cabecilla Castillo hostilizaba nuestras avanzadas hacia Sevilla.

De manera que el 22, sólo pudieron desembarcar unos 6.000 hombres, y toda la expedición no quedó en tierra hasta el 24 por la noche, menos una brigada de la división Kent, que lo hizo el 25, siendo tal el barullo, que, según el *Army and Navy Journal* de 29 de Octubre de 1898, no sabía Shafter ni su Estado Mayor dónde tenía una brigada entera, que quedaba á 8 millas de la costa en los transportes. Hubo batería que llevaba sus caballos y cañones en un transporte y las municiones en otro. El desembarco de la artillería de campaña, tuvo lugar el 26 por consecuencia de la dificultad que había para reunir las alzas, arneses, y los distintos elementos diseminados en diferentes transportes. La artillería de sitio quedó á bordo por orden de Sampson, no desembarcándose hasta el 2 de Julio, en que éste creyó necesitarla delante de Santiago, donde antes le hubiera sido muy útil.

CAPÍTULO IV.

Primeros combates.

Proyectos de tiempo de paz.—Lo que estaba previsto.—Armamento de las baterías de costa y de los barcos americanos.—Bombardeos de la escuadra americana.—Operaciones por tierra.—Discrepancias entre Shafter y Wheeler.—Situación de nuestras tropas.—Combate de las Guáximas ó de Sevilla.—Retirada de nuestras fuerzas.—Ordenes que mediaron en ella.—Alocución del General Linares.

Antes de entrar á referir los combates que tuvieron lugar desde Daiquiri hasta Santiago de Cuba, conviene á nuestro propósito, que retrocedamos á tiempos anteriores á la guerra con los Estados-Unidos, para evocar recuerdos de los muchos trabajos de orden técnico, que se habían trazado, sobre la defensa normal de aquel puerto.

Es el caso, que de haberse realizado, en tiempo oportuno, los proyectos de defensa, el ejército americano habría experimentado dura decepción, pues las posiciones á defender que en los estudios se señalaban, hubieran sido capaces de detener su avance, que sin ellas, resultó fácil y rápido.

El ilustre General Martínez Campos, á quien se debe que, rompiendo con la rutina, quedase la

plaza de la Habana en breve tiempo defendida, dispuso también que se efectuara el proyecto de defensa de los puertos de Matanzas, Cienfuegos, Santiago de Cuba y Guantánamo, acerca de los cuales se habían trazado numerosos estudios anteriores, niguno de los cuales llegó á vías de hecho.

Igual suerte cupo al que, por virtud de aquel mandato, formuló la comisión nombrada por dicho General en 2 de Noviembre de 1895. Sus trabajos, según ya indicamos en el libro titulado *La Habana,* vinieron á España, sufrieron los trámites largos del expediente reglamentario, volvieron á Cuba para ser ampliados, regresaron de nuevo á la Península para aprobación, fueron otra vez sometidos al trámite, y al final, cuando ya la guerra con los Estados-Unidos estaba encima, hallábanse en su última fase teórica.

Cierto es que la plaza de la Habana, había consumido todo el material de costa disponible y que no se concedían créditos para adquirir más del extranjero, ni había tiempo de conseguir lo que tan largo plazo exige para su manufactura, pero eso mismo debe ser tomado en cuenta, para que, en lo sucesivo, en casos parecidos, no se espere á postrera hora, si es que no se desea ver reproducidos análogos perjuicios.



á Palma Soriano
(18 Kil)
El Cobre
Camino de hierro
Hermitaño
Mazamorra
Cabañas

Por lo que se refiere á Santiago de Cuba, todos los estudios en tiempo de paz formulados por artilleros é ingenieros, tienen hoy carácter de profecía. En los mismos sitios que se designaban como posiciones defensivas, es donde se libraron los más rudos y decisivos combates.

Los que recorriendo el terreno planeasen la defensa de aquella plaza marítima, tenían que fijar á Daiquiri como punto obligado de desembarco, llamando la atención sobre los muelles, almacenes, talleres y recursos de todo género que allí existen, pertenecientes á poderosas compañías americanas, que explotaban las minas de Vinent y de Juragua, ligadas éstas por vía férrea con la ciudad, elementos que convenía destruir en el instante en que el enemigo se presumiese que tomaba como objetivo á Santiago de Cuba.

Tan acertadas se estimaron esas indicaciones, que se ensanchó su tendencia, con la idea de que aquella parte de la defensa, sirviera de base para la constitución de un campo atrincherado que protegiera la plaza por parte de tierra.

Consecuencia de esa idea, era la fijación de posiciones, para cerrar las avenidas de avance que constituyen los caminos de Sevilla, Aguadores, Lagunas y El Caney y la vía férrea de Juragua,

que de seguro serían utilizados por el enemigo para ir sobre la ciudad. Considerábase como recinto de la plaza, la alambrada militar que la circunda y los fuertes antiguos en ella enclavados, con el reducto central del campo militar; como posiciones avanzadas para construir reductos, Dos Caminos, Quintero, El Sueño, *San Juan,* Caridad y Cruces, y como fuertes destacados El Caney, *La Redonda, Sevilla,* El Pozo, dotados de artillería de campaña, ocupando las regiones mineras con destacamentos de la defensa móvil provistos de artillería, para que el enemigo no pudiera aprovechar las ensenadas de Aguadores, Sardinero, Justici, Siboney, Juragua y Daiquiri, principalmente la ensenada y los muelles de esta posición.

Ese plan exigía cañones, muchos y buenos cañones, y, precisamente, es lo que más falta en el momento preciso en nuestra Patria, y lo que más escaseaba en Santiago de Cuba.

Aquellos reductos armados de obuses y piezas de sitio; aquellas obras de campaña provistas de cañones ligeros, hubieran anulado todo intento de los americanos sobre la plaza por la parte de tierra, como las débiles baterías de costa del Morro y de la Socapa impidieron á la escuadra yankée la entrada en el puerto, no obstante las pode-



COSTA DE SOTAVENTO

Aspecto de la vía férrea de las minas de Juragua.

rosas y múltiples piezas de fuego que montaba.

Es triste, es muy doloroso, tener que recordar esto, y aumenta el suffimiento el ver que no sirve de experiencia alguna el hecho acaecido. Cuando se decide el estudio de una defensa, es porque indudablemente aquella obra, aquel trabajo, es necesario, es útil para el prestigio y la seguridad del Estado, y lo que se proyecte, debe hacerse rápidamente, sin descanso, sin medir lo que cuesta, en la confianza segura de que es verdad, de que es indispensable para la vida nacional.

Los combates que vamos á bosquejar, así como las operaciones de desembarco ya descriptas en el anterior capítulo, son pruebas de que no exageramos ni nos guía en esto otro espíritu que el bien de la Nación, que aún buscamos por su engrandecimiento militar, debiendo servir la dura enseñanza del pasado como natural castigo al abandono y de advertencia para el porvenir.

Armamento de las baterías de costa y de los barcos americanos.

Resonancia inmensa han producido en el mundo militar, las baterías de costa de Santiago de Cuba, débiles, muy débiles y mal armadas, fuertes por la situación y por el vigor del mando, que de-

tuvieron á la poderosa escuadra de los Estados-Unidos.

Á no haberlo visto por sus ojos los americanos, nunca creyeran que aquellos pobres y anticuados elementos de defensa, fueran los que detuvieron á Sampson á respetable distancia, sin dejarle entrar (1). A esto se debe, en gran parte, la hostilidad con que hoy la opinión analiza la personalidad militar de aquel Almirante, criticado en su país con saña.

No debemos, por lo tanto, consignar aquí datos propios, que acaso pareciesen exagerados, y vamos á referirnos á los de origen americano, entre otros los publicados por el Teniente Coronel del Ordnance, Mr. Borup, que tuvo á su cargo la formación del inventario del material que había en las baterías de Santiago de Cuba cuando capituló la plaza, y los también oficiales publicados por la *Office of naval intelligence.*

Castillo del Morro.—Era un viejo castillo de mamposterías poco gruesas y no desenfiladas, que coronaba

(1) Cuando los americanos pusieron su planta en El Morro y baterías anexas todo se les volvía preguntar: —¿Pero no hay más que estos cañones?—¿Dónde están los otros?

No daban crédito á lo que veían, según nos manifiesta un testigo presencial.

la parte más alta de la costa derecha de la entrada, con cota superior á 65 m.

Su armamento era escaso. Sólo tenía situados en el terraplén superior tres morteros de 30 cm. que databan de los años 1724, 1733 y 1737; dos morteros de 24 cm. de los años 1780 y 1781; dos cañones de sitio, de 24 libras, fundidos en 1748 y 1755, montados sobre añosos afustes de madera.

Batería del Faro (1).—Comprendiendo que ese castillo era completamente inútil, se construyó una batería para siete cañones al E. del viejo fuerte, cerca del faro, la cual constaba de cinco cañones de bronce de 16 cm. y dos obuses de hierro de 21 cm. Los cañones eran antiquísimos, de 1718, 1768, 1779 y 1783, de 15 cm. rayados á 16, y los obuses eran viejas piezas de hierro sistema Elorza. Unos y otros se cargaban por la boca, tiraban proyectiles de tetones de hierro fundido y estaban montados sobre viejas cureñas de giro central. En los obuses se aplicaba la pólvora prismática negra. No se encontró ninguna espoleta en la batería. El alojamiento de las espoletas estaba lleno de algodón (2).

(1) Esta posición era excelente. Delante, hasta el mar, tenía terreno casi inaccesible, fácil de defender, con cotas de 68 metros. Detrás la loma en contrapendiente, con espacios ocultos á la vista del enemigo y desenfilados de sus tiros, donde se hicieron los repuestos, se pesaban las cargas, se cargaban los proyectiles y se alojaba la gente indispensable para el servicio de noche.

(2) Porque así se conservaban en almacenes. Las espoletas eran de percusión y se ponían en el momento de cargar.

La construcción de esta batería, lo mismo que las otras, se hizo por los ingenieros militares con gran inteligencia. Estos trabajos de fortificación y artillado empezaron á primeros de Mayo y quedaron concluídos á mediados de Junio, sobresaliendo en ellos la actividad del entonces Coronel de Artillería D. Salvador Díaz Ordóñez y del Coronel de Ingenieros D. Florencio Caula, y personal á sus órdenes.

El parapeto de la batería del Faro, estaba constituído por una doble fila de cajas de madera llenas de cemento de o'75 m. de altura. Entre cada dos piezas, el parapeto se elevaba otros 75 cm. merced á una fila de toneles rellenos de cemento. Sobre ellos iban sacos á tierra formando el terraplén. El conjunto aparecía rellenado de arena. Entre cada dos piezas había 6 metros próximamente y 10 m. detrás de ellas, paralelamente al parapeto, había una trinchera de 1'50 m. de profundidad por o'60 m. de anchura, que servía de abrigo á los sirvientes, á la que se llegaba por comunicaciones en zig-zags, abiertas en el terreno desde las explanadas. Los obuses de 21 cm. estaban montados al E. de los cañones de 16 cm. un poco retrasados. Otra excavación detrás de la batería servía de abrigo á los sirvientes. Tenía 4 m. de lado y 1'50 de profundidad.

Batería alta de la Socapa.—Algo más fáciles que los de esta batería del faro, pero también muy penosos, fueron los trabajos para la subida y colocación de dos cañones de 16 cm. Hontoria y tres obuses de hierro rayados de 21 cm. Elorza, en la batería alta de la Socapa.

Sólo había en Santiago de Cuba una compañía de Artillería de plaza, con excelente espíritu, al mando del Capitán D. José Sánchez Seijas, y fué preciso aumentarla hasta 200 hombres agregándole soldados de Infantería, voluntarios y guerrilleros, enseñándoles á toda prisa la instrucción de Artillería de que carecían. Los cañones Hontoria procedían del crucero *Reina Mercedes* y estaban montados en cureñas Vavasseur de giro central. La batería se hallaba 400 m. al Oeste de la entrada, á 45 m. de cota, sobre la meseta de la loma llamada Socapa. Ocupaban los cañones Hontoria el ala derecha, detrás de un parapeto de sacos de cemento de 5 m. de espesor y 0'90 m. de altura. Á su izquierda, separados por un través, se habían montado tres obuses de 21 cm. Elorza, de los cuales el primero tenía un parapeto de cajas y toneles, el segundo sólo tenía las cajas y el tercero no tenía nada. Á 20 m. detrás de los cañones, había una barraca de planchas de hierro, enterrada en parte, cubierta de chapa de hierro ondulado, la cual servía de almacén de municiones. Los cañones Hontoria son piezas relativamente modernas, que pueden hacer un disparo cada dos minutos. Para subir las piezas á las posiciones hubo que empezar por abrir caminos.

Batería baja de la Socapa.—En la vertiente que mira al canal de entrada, se habían colocado un cañón Nordenfelt de 57 mm., cuatro cañones Hotchkiss de 37 milímetros y una ametralladora de 11 mm. para defensa de la línea de torpedos.

Batería de Punta Gorda.—En Punta Gorda se habían establecido desde antes del mes de Mayo, dos ca-

ñones Krupp de 9 cm. y dos obuses de Bc. de 15 centímetros sistema Mata.

Esta batería de Punta Gorda, fué reforzada con dos cañones de 16 cm. Hontoria, mas ha de tenerse en cuenta que la posición de la Socapa únicamente tenía fuegos sobre el canal y al mar libre en el corto espacio que se enfila por la estrecha boca de entrada, por manera que como baterías de costa, contra el bombardeo, sólo toman los críticos extranjeros que se ocupan de la rendición de Santiago de Cuba, las del Morro, Faro y Socapa alta, de cuyo armamento hacen el siguiente resúmen:

5 morteros que databan de hace más de un siglo.
7 cañones que tenían la misma ancianidad.
5 obuses igualmente muy antiguos, transformados para disparar proyectiles de tetones.
2 cañones modernos de 16 cm. procedentes del *Reina Mercedes*.

En total, 19 piezas, con las cuales se tuvo á raya á la poderosa escuadra americana, impidiéndole forzar la entrada de Santiago, no obstante disponer de:

64 cañones de grueso calibre (20 á 33 cm.)
80 cañones de calibre medio (10 á 15 cm.) tiro rápido.
181 cañones de pequeño calibre (37, 47 y 57 mm.) tiro rápido.
46 cañones-revólvers y ametralladoras.
3 cañones neumáticos de 15 cm. para arrojar fuertes cargas de dinamita.

El detalle de este armamento y de los barcos que constituían la flota contra Santiago, consta en el siguiente estado:

		CAÑONES DE 13 pulgadas (330 mm.)	CAÑONES DE 12 pulgadas (305 mm.)	CAÑONES DE 8 pulgadas (203 mm.)	CAÑONES DE TIRO RÁPIDO DE 6 pulgadas (152 mm.)	CAÑONES DE TIRO RÁPIDO DE 5 pulgadas (127 mm.)	CAÑONES DE TIRO RÁPIDO DE 4 pulgadas (102 mm.)	CAÑONES DE TIRO RÁPIDO DE 6 libras (57 mm.)	CAÑONES DE TIRO RÁPIDO DE 1 libra (37 mm.)	Cañones neumáticos de 15 centímetros.	Cañones revólvers y ametralladoras.
Acorazados	*Indiana*	4	»	8	4	»	»	20	6	»	4
	Iowa	»	4	8	»	»	6	20	4	»	4
	Massachusetts	4	»	8	4	»	»	20	6	»	4
	Oregón	4	»	8	4	»	»	20	6	»	4
	Texas	»	2	»	6	»	»	12	6	»	6
Cruceros acorazados	*Brooklyn*	»	»	8	»	»	12	12	4	»	4
	New-York	»	»	6	»	»	12	8	2	»	4
Crucero protegido	*New-Orleans*	»	»	»	6	4	»	10	4	»	4
Crucero no protegido	*Marblehead*	»	»	»	»	10	»	6	2	»	2
Crucero auxiliar	*Yankee*	»	»	»	»	10	»	6	»	»	2
Aviso	*Dolphin*	»	»	»	»	»	2	2	»	»	4
Yachts convertidos en contra torpederos	*Scorpion*	»	»	»	»	»	»	4	»	»	2
	Wixen	»	»	»	»	»	»	4	»	»	2
Torpedero	*Porter*	»	»	»	»	»	»	»	4	»	»
Crucero dinamitero	*Vesubius*	»	»	»	»	»	»	»	»	3	3 de 47 mm.
		12	6	46	24	24	32	144	44	3	49
		64			188						

Bombardeos de la escuadra americana.

El Comodoro Schley, bombardeó las baterías de la entrada el 31 de Mayo, y el Almirante Sampson el 6 y 16 de Junio y el 2 de Julio.

Además, las baterías recibieron el fuego de algunos barcos el 14, 21, 22 y 26 de Junio.

El 31 de Mayo, hicieron fuego, por vía de reconocimiento, los acorazados *Massachusets* y *Iowa* y el crucero *New-Orleans*, rompiéndolo al medio día, desde distancia de 6.300 m. en el momento en que pasaban frente á la entrada de la bahía, tirando á las baterías y contra el *Cristóbal Colón*, que se veía en el fondo del canal. Sólo jugaron los cañones de grueso calibre y el fuego duró quince minutos. El parte del jefe del Negociado de Navegación, únicamente señala el consumo de municiones del *Massachusets*, que fué, cinco proyectiles de 330 mm. y nueve de 203 mm. El parte del Comodoro Schley, decía que «el reconocimiento había comprobado la presencia de la escuadra española en el puerto y que las fortificaciones estaban provistas *de cañones de gran alcance y grueso calibre* (1)

(1) Sin duda á Schley se le hicieron los dedos huéspedes,

y que las baterías de costa habían empleado casi exclusivamente la pólvora sin humo, á excepción de las situadas al O. de la entrada».

El 6 de Junio, entraron en combate los barcos americanos en dos columnas: la de la derecha, compuesta del *Iowa*, *Oregon*, *New-Orleans* y *New-York*, contra las baterías del E. de la entrada, y la de la izquierda, formada por el *Massachusets*, *Texas*, *Marblehead* y *Brooklyn*, contra las del O. La primera rompió el tiro á 5.400 m., desfilando tres veces por delante de las obras, haciendo fuego á distancias comprendidas entre 2.700 y 1.700 m. La columna de la izquierda, hizo análogo movimiento, no aproximándose á menos de 2.700 metros. Duró el fuego desde las siete y cuarenta minutos á las diez y cincuenta. Bombardearon, pues, á las baterías:

52 piezas de grueso calibre.
76 — de medio calibre (tiro rápido).
152 — de pequeño calibre (tiro rápido).
38 cañones-revólver y ametralladoras.

Los partes del *bureau* de Navegación sólo dan

---

pues ni allí había pólvora sin humo, ni cañones de grueso calibre, ni siquiera en aquella fecha estaban montados los dos cañones Hontoria de la Socapa.

el consumo de municiones del *Massachusets* y del *New-York*.

	330 mm.	203 mm.	152 mm.	57 mm.	37 mm.
Massachusets...	22	41	36	203	»
New-York.....	»	54	»	42	39

Tomando éstos como tipo de comparación, tendremos:

Proyectiles de grueso calibre...........	382
— de calibre medio...........	442
— de pequeño calibre..........	973
	1.797

La comisión americana de averiguación sobre la rendición de Santiago, da 2.000 como número de proyectiles disparados ese día.

El 16 de Junio entraron en fuego los barcos americanos, también en dos divisiones: la de la derecha comprendía el *Iowa*, *Oregon*, *New-Orleans* y *New-York*, y la de la izquierda el *Massachusets*, *Texas* y *Brooklyn*, que montaban:

52 piezas de grueso calibre.
54 — de calibre medio (tiro rápido).
134 — de pequeño calibre (tiro rápido).
38 cañones-revólver y ametralladoras.

Rompieron el fuego á 2.700 m., yendo los barcos separados unos de otros por intervalos de

360 m., y duró desde las cinco y treinta minutos á las seis y treinta de la mañana.

El jefe de Navegación declara el siguiente consumo:

	330 mm.	203 mm.	152 mm.	102 mm.	57 mm.
Massachusets...	3	23	22	»	»
New-York.....	»	34	»	212	86

Que tomados como tipo de comparación dan:

Proyectiles de grueso calibre.............	218
— de calibre medio..............	686
— de pequeño calibre............	565
	1.469

El 2 de Julio, la división de la derecha la componían el *Oregon, Indiana* y *New-York*, y la de la izquierda el *Massachusets, Brooklyn* y *Texas*, con un total de

52 piezas de grueso calibre.
44 — de calibre medio (tiro rápido).
122 — de pequeño calibre (tiro rápido).
26 cañones-revólver y ametralladoras.

Duró el bombardeo desde las cinco y cuarenta y cinco minutos á las siete y cuarenta y cinco de la mañana y las distancias variaron entre 2.250 á 3.600 m.

El consumo de municiones fué:

	330 mm.	203 mm.	152 mm.	102 mm.	57 mm.
Indiana	17	59	54	»	443
New-York	»	93	»	129	69
Massachusets...	23	54	59	»	»

que sirviendo de tipo de analogía para los demás barcos, dan en total:

Proyectiles de grueso calibre.............	323
— de calibre medio..............	554
— de pequeño calibre............	881 (1)
	1.758

Sumando el consumo de municiones de los bombardeos que quedan indicados, resulta:

Proyectiles de grueso calibre...............	923
— de calibre medio.............	1.682
— de pequeño calibre............	2.419
	5.024

número que debe considerarse como mínimo, pues no comprende otros combates de menor impor-

(1) Este número, como el correspondiente del caso anterior, sólo se refiere al consumo de municiones de pequeño calibre de la columna de la derecha.

tancia, ni los proyectiles disparados por el *Vesubius* (1).

Una artillería naval numerosa y compuesta de piezas de modelo reciente tuvo, pues, diferentes combates con baterías de costa armadas de pequeño número de viejos cañones, cuya única ventaja era la de su situación elevada.

La superioridad, se ha visto que no está de parte de la artillería naval y que el consumo de municiones estuvo fuera de toda proporción con los efectos obtenidos. Sin prejuzgar la parte que en ello cabe al tiro más ó menos hábil de la artillería americana, hay que establecer que la situación no ha sido igual entre los dos adversarios y que la

(1) En el bombardeo del 6 de Junio, resultó muerto á bordo del *Reina Mercedes* el Capitán de fragata D. Emilio Acosta y herido el Alférez de navío señor Molíns.

Por parte de las baterías de costa los bombardeos causaron 10 muertos y 118 heridos, entre éstos el Coronel de Artillería D. Salvador Díaz Ordóñez (Morro), Comandante de Infantería D. Antonio Ros (Morro), Capitán de Artillería D. José Sánchez Seijas (Morro), Alférez de navío D. Venancio Nardiz (Socapa), Alférez de navío D. Ricardo Bruquetas (Socapa), Alférez de navío Fernández Pina (Socapa), Primer Teniente de Artillería D. Pedro Irizar (Morro) y Segundo Teniente de Artillería D. Juan Artal Navarro (Morro). —(GUERRA HISPANO-AMERICANA. — *El bloqueo y la defensa de las costas*, por Severo Gómez Núñez.)

falta de estabilidad de las plataformas de la artillería naval, así como la dificultad para ver bien los objetivos sobre que tira, son causas graves de inferioridad en su fuego. Si la escuadra americana hubiese estado frente de baterías armadas con cañones modernos, los hechos hubiesen sido aún más desfavorables, porque hubiera tenido que mantenerse más lejos del objetivo, con detrimento grande de la precisión del tiro.

Puede concluirse que en la mayor parte de las circunstancias, un pequeño número de baterías, sobre todo de baterías altas, bien situadas y armadas de piezas modernas, estarán en condiciones de luchar, con ventaja, contra la artillería de una escuadra numerosa y armada potentemente. (*Revue Militare,* Abril 1900.)

Combates y operaciones por tierra.

Débiles como resultaban las defensas de la boca del puerto, aún eran poderosas con relación á las que constituían la defensa terrestre de la plaza.

Hacia los últimos días de Abril, se construía por los ingenieros, auxiliados de Infantería, un re-

cinto fortificado en la parte de tierra, intercalándose entre los atrincheramientos baterías de una ó de dos piezas.

De tal manera se trabajó, que por los días en que ocurrió la retirada de las tropas de Sevilla, «la plaza contaba con un desarrollo de 4.000 metros de zanjas y trincheras, que ocupando las crestas militares de las alturas más próximas, formaban un verdadero recinto, que apoyaba sus dos extremos en la bahía. En ese recinto había sido emplazada la artillería de que se disponía, que eran seis piezas de 16 cm., cinco de 12 cm. y seis de 8 cm. de antecarga».

«Las piezas de 16 cm. eran de marco bajo para casamata, lo que creó dificultades para emplazarlas en obras de tierra, dando protección á los sirvientes; además se tropezó con el inconveniente de que las carrileras no eran de aquellas piezas. Sin embargo, todas las dificultades se salvaron, y quedaron emplazadas en el recinto, aunque por su poca precisión de tiro y poca protección no habían de ser de gran efecto en un combate contra artillería moderna de retrocarga é Infantería armada con fusiles de precisión».

«Por la necesidad de diseminar los fuegos, al par que obligar al enemigo á distraer su atención

en varios puntos, se había emplazado la artillería de la manera siguiente (1):

Fuerte *San Antonio*........	1 C. B. R. de 16 cm. 2 C. B. R. de 8 cm.
— *Santa Inés*....	1 C. B. R. de 16 cm. 1 C. B. R. de 12 cm.
Loma del *Sueño*...........	1 C. B. R. de 16 cm. 1 C. B. R. de 12 cm. 2 C. B. R. de 8 cm.
Entrada del camino al *Caney*.	1 C. B. R. de 16 cm. 1 C. B. R. de 12 cm.
Fuerte *Santa Úrsula*.	1 C. B. R. de 16 cm. 2 C. B. R. de 8 cm.
— *Cañadas*...........	1 C. B. R. de 16 cm.
— *Centro Benéfico*....	1 C. B. R. de 12 cm.
— *Horno*.............	1 C. B. R. de 12 cm.

Calixto García, después de reconcentrar todas las partidas, había cañoneado el poblado de Palma Soriano durante dos días: la situación de las tropas permitió que el General Vara de Rey, con su columna de 1.000 hombres y dos piezas, pasase el Cauto por distintos puntos y batiese al citado cabecilla, persiguiéndole hasta San José, ocasionándole bastantes bajas y teniendo por su parte 17

(1) *Bloqueo y sitio de Santiago de Cuba* por D. Luis Lorente y Herrero, Capitán de Ingenieros. (*Memorial de Ingenieros*, mes de Diciembre de 1898.)

heridos y un muerto del primer batallón de la Constitución. Ocurría esto hacia el 20 de Mayo antes del desembarque de los americanos y dos días después de haber tomado puerto los barcos de Cervera. A todo eso, la escuadra americana insistía en hacer reconocimientos sobre la costa, y los insurrectos procuraban ponerse en inteligencia con ella, intentando atacar á Punta Cabrera el 15 de Junio, en que fueron rechazados por el batallón de Asia mandado por el Coronel Aldea. El afán de los jefes de la escuadra americana, se veía claramente que tendía á encerrar los barcos españoles en la bahía, impidiéndoles la salida, y á ese objetivo obedeció el lanzar á fondo en la boca del canal al *Merrimac,* al amanecer del 3 de Junio, cayendo prisioneros el Teniente Hobson que mandaba el barco y siete marineros, que fueron recogidos por nuestros marinos después de ser sorprendido el *Merrimac* y echado á pique sin lograr su intento (1).

Al aparecer el día 20 de Junio á la vista de Santiago los transportes que conducían al ejército de Shafter, fueron incorporadas á la plaza tres

(1) En nuestro libro *El bloqueo y la defensa de las costas,* describimos este hecho.

compañías de San Fernando, las que con otras tres del regimiento de la Constitución, una guerrilla á pie y la sección de dos piezas de tiro rápido, única artillería de montaña y campaña que había, quedaron al mando del General Vara de Rey. También se formó una columna volante, mandada por el Comandante del regimiento del Rey don Jerónimo Alonso, para convoyes y protección de la vía férrea, compuesta de dos escuadrones, una guerrilla montada, una compañía de la Constitución y otra de San Fernando.

Desconocíase por dónde intentarían los americanos el desembarco, en la extensa costa de más de 50 km. comprendida entre Punta Cabrera y Daiquiri. La concentración de los insurrectos afluía hacia Punta Cabrera. La situación de las fuerzas era la siguiente, en la fundada hipótesis de que intentase tomar tierra el enemigo simultáneamente por el E. y O. de la boca del puerto.

Atrincheradas en Punta Cabrera, al O., cuatro compañías del regimiento de Asia, con su Coronel, las que enlazaban con otra situada en Monte Real; otras dos en el Cobre y guarniciones de Loma Cruz y Puerto Bayamo, cerrando los caminos de la costa y de la sierra. En Mazamorra, para vigilar la bahía de Cabañas y el camino de Aserra-

dero, una compañía de Asia y otra movilizada con el Comandante D. Ramón Escobar. En reserva de la anterior línea, en San Miguel de Parada, al Oeste de la bahía, en punto céntrico, dos compañías de desembarco de la escuadra, y en Dos Caminos y atrincheramientos cercanos 500 hombres, también de la escuadra, mandados por el Capitán de navío D. Joaquín Bustamante. Punta Cabrera, Monte Real, El Cobre y la plaza estaban en comunicación óptica y la plaza con San Miguel de Parada ligada por línea telefónica. En la Socapa, para protección de las baterías, una compañía de las tropas de la escuadra, otra del regimiento de Cuba, otra movilizada en comunicación por telégrafo de campaña con Mazamorra y estación óptica de Monte Real: Tal disposición, unida á ser rechazado el enemigo en tres intentos que hizo por aquel lado y á la naturaleza del terreno, fué la causa probable de que Calixto García desistiese del primer plan de desembarque, aconsejando á Shafter que trasladase sus fuerzas desde Aserradero á Daiquiri.

La parte N. de la plaza, quedaba cerrada por las guarniciones de los blockaus y la columna del Comandante Alonso.

Al E., desde el Morro á Daiquiri y desde aquí

á Escandell, ocupadas las ensenadas y posiciones por fuerzas al mando del General Rubín y el Coronel Borry.

Esquivaba el General Shafter empeñar en seguida combate, por cuanto en las instrucciones que el día 24 dió, establecía, que nadie avanzase mientras no estuviesen asegurados los aprovisionamientos de las tropas, encargando á sus divisionarios que se estableciesen sólidamente donde encontraran agua y al abrigo de toda sorpresa, debiendo la división Lawton situarse á vanguardia, la Kent cerca de Siboney, la Wheeler en Daiquiri y la brigada Bates como reserva de Lawton.

No obstante la inesperada felicidad con que el ejército americano realizó el desembarco, hasta el punto de no tener más bajas que dos hombres ahogados, por casual accidente, resultado que consideran aquellos Generales verdaderamente providencial, según declaran en sus libros (1), temía Shafter acercarse hacia Santiago de Cuba sin tener asegurado el aprovisionamiento de todo su ejérci-

(1) El desembarco del ganado fué muy difícil, porque no disponiendo de pontones que pudieran atracar al muelle, hubo de hacerse obligándoles á arrojarse al agua, ahogándose tan sólo 45 que no pudieron ganar la orilla. *(In Cuba with Shafter by John D. Miley.)*

to, mas á pesar de sus indicaciones, quebrantó la consigna el General Wheeler.

Recibió este General, orden de colocarse sobre el camino de Siboney para servir de ligazón con la división Lawton, pero en vez de hacerlo así, siguió hasta Siboney, donde vivaqueó el 23 con la brigada del General Young, compuesta del regimiento de Voluntarios de Caballería Rough-Riders (jinetes en pelo), un escuadrón del 1.º de Caballería, otro del 10.º y una batería de cuatro cañones Hotchkiss; en total 964 hombres. Allí encontró al titulado General Castillo y al General Lawton, que le dieron noticia de la presencia de los españoles hacia Sevilla, y sin atender las órdenes de Shafter decidió marchar sobre ellos (1), haciéndolo en dos columnas separadas por un macizo de manigua; por la derecha, iban la caballería regular y los Hotchkiss, siguiendo el camino de Santiago de Cuba, y, por la izquierda, aprovechando una senda, los Rough-Riders. Aquéllos, con terreno más despejado y favorecidos por los cañones, pudieron desplegar cuando á las ocho se generalizó el com-

(1) Lawton comunicó á Shafter, que él no había creído que debía separarse del lugar que le había designado y que juzgaba que sólo de él debía recibir órdenes.

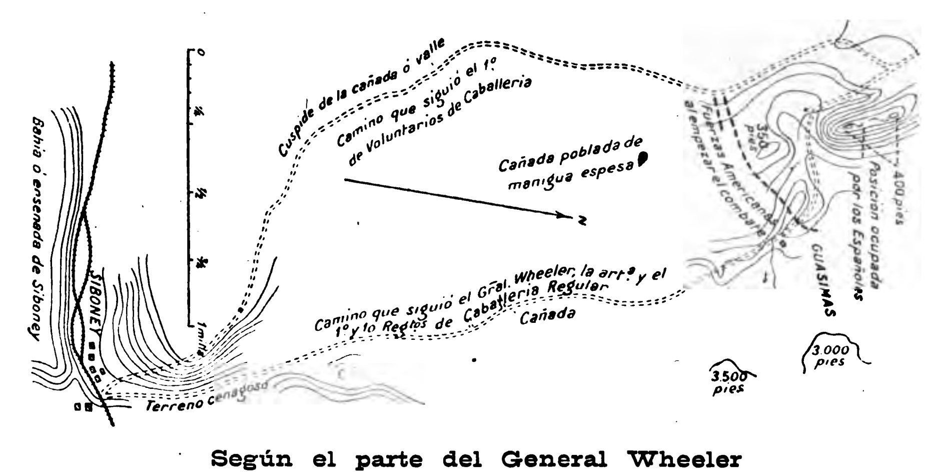
bate. Los Rough-Riders, al contrario, vinieron á caer inopinadamente bajo el fuego de nuestras tropas, cuando menos lo esperaban, y sufrieron mortíferos efectos. Pasada una hora de lucha, los americanos retrocedieron, suspendiéndola.

También nuestras tropas dejaron aquella posición.

No hay duda que este hecho, les dió grandes ventajas, pues además de reforzar su moral, Sevilla era la llave del Camino de Santiago de Cuba, por lo cual Shafter felicitó á Wheeler, pero dispuso que no se hiciesen más avances sin su orden, poniendo al efecto delante de Wheeler la división Lawton, 5 km. á vanguardia, para utilizar el terreno ganado y dominar la vertiente hacia el río San Juan ó Aguadores. Avanzó también sobre Sevilla la división de Caballería y la división Kent, quedando en Siboney y Daiquiri la brigada Bates, el personal de la artillería de sitio y la brigada de refuerzo llegada de Tampa el 27 y mandada por el General Duffield, distribución de tropas que se conservó hasta el día 30.

Este combate de Sevilla, ha sido muy exagerado por los americanos, que lo cuentan en sus obras, como queda dicho, y declaran que hicieron retroceder á nuestros soldados á viva fuerza. No es así. Todos los Generales y jefes que han

COMBATE DE LAS GUÁXIMAS Ó DE SEVILLA



Según el parte del General Wheeler

(The Santiago of Cuba Campaigne)

escrito sobre esto, suponen erróneamente que la posición estaba defendida por más de 2.500 españoles, que tuvieron 200 bajas, en tanto que ellos confiesan un oficial y 15 soldados muertos y seis oficiales y 46 soldados heridos.

Lo sucedido fué, según nuestros datos, como sigue:

Las dos compañías de Talavera y una movilizada que había en Daiquiri y Vinent, dijimos al tratar del desembarco que efectuaron la retirada á Firmeza, al notar el movimiento envolvente que las fuerzas de Castillo, desembarcadas en Berracos, hacían sobre ellas atacándolas de flanco. Por la madrugada, dos compañías de San Fernando pasaron desde El Pozo á Siboney para reforzar á Firmeza y servir de base al repliegue de las tropas de la zona minera, en tanto que el General Rubín, con otras tres compañías del provisional de Puerto-Rico núm. 1, tomaba el mando de aquel poblado, en el cual se encontraba el Coronel Borry con dos compañías de Talavera, una de ferrocarriles y otra de movilizados.

Destruído el caserío de Siboney por el fuego de la escuadra, era insostenible la situación de aquellas fuerzas: recibió orden el General Rubín de que retirase los enfermos á Cuba, en un tren dirigido por

una sección de ferrocarriles, recogiendo al paso los destacamentos de Justici y Sardinero y volando, al pasar, el puente de Aguadores, extremo de la línea defensiva desde la costa á Escandell. Con las demás fuerzas, el General Rubín había de retirarse á Sevilla donde le esperaría el General Linares.

Al efecto, dióse orden al General Vara de Rey de que se trasladara al Pozo con su columna, dejando allí las dos piezas de artillería y una guerrilla para incorporársele, y que regresase él á Cuba, donde sólo quedaban cuatro compañías, de ellas una de las desembarcadas de la escuadra.

El General Linares salió de Cuba el 23 antes de amanecer con 60 caballos de las guerrillas de San Fernando y Puerto-Rico. Dejó la mitad en El Pozo, para llevarle los partes que le transmitieran á aquella estación telefónica, y con 50 guerrilleros á pie y 30 montados y los dos cañones de tiro rápido, se trasladó á Sevilla, donde encontró una compañía de San Fernando que el General Rubín había enviado con la impedimenta, llegando éste poco después, no sin ser hostilizado por el fuego del enemigo sobre su retaguardia.

Se reunieron, por consiguiente, en aquella posición de Sevilla, tres compañías de Puerto-Rico, tres de San Fernando, cinco de Talavera, dos mo-

vilizadas, dos secciones de Ingenieros y una sección de dos piezas de artillería de montaña, con un total de 1.500 hombres. Estas tropas se distribuyeron en tres escalones, el primero, de tres compañías de Puerto-Rico y una movilizada, en la bifurcación de los caminos alto y bajo de Siboney, destacando dos compañías en las alturas próximas; el segundo en el asiento de Sevilla, con el General Linares, tres compañías de San Fernando, dos secciones de Ingenieros (ferrocarriles), guerrillas y sección de artillería; el tercero de cinco compañías de Talavera y una movilizada, en La Redonda, al mando del Coronel Borry, cubriendo los caminos de Justici y El Pozo.

Aún no estaban acabadas de establecer esas fuerzas, cuando el enemigo, que venía hostilizando al General Rubín, fué reforzado y trató de envolver al primer escalón atacándolo por frente y flanco derecho, siendo rechazado. Por la tarde reanudó el ataque, y reforzada aquella primera línea con dos compañías y las dos piezas, logró rechazarlo nuevamente el valeroso Comandante D. Andrés Alcañíz, jefe de Puerto-Rico.

Notábase claramente en estos combates, que las fuerzas americanas eran conducidas por los insurrectos, conocedores del terreno, y que su fin

era envolver los flancos, principalmente hacia la costa, bajo la protección de la escuadra, y al objeto de evitar que el enemigo se interpusiese entre aquellas tropas y la plaza, el General Linares decidió replegarse á Cuba al día siguiente, dando instrucciones al General Rubín para efectuar aquel movimiento, alternado, por escalones.

El 24 al amanecer, los americanos rompieron el fuego sobre el primer escalón, generalizándose rudo combate entre ellos y nuestra primera línea y parte de la segunda, durando la lucha tres horas, hasta que se emprendió el movimiento de retirada antes indicado, situándose el General Linares en El Pozo con la artillería en tanto que pasó el General Rubín con todas las fuerzas.

En los primeros combates del día 23, que hostilizaban la marcha de Siboney á Sevilla, hubo un soldado de Talavera muerto y al acampar dos muertos y seis heridos de Puerto-Rico.

El parte oficial dice:

«La columna del General Rubín á las órdenes del Comandante en Jefe del 4.º cuerpo de ejército, fué atacada al medio día y en la tarde de ayer.

»Esta mañana, fuerzas enemigas de consideración, con artillería, atacaron de nuevo con decisión, siendo rechazadas con numerosas bajas vistas.

»Por nuestra parte en ambas jornadas siete muertos de tropa; capitán del provisional de Puerto-Rico, don José Lances y Segundo teniente del mismo D. Zenón Borregón, heridos graves; Primer teniente del regimiento Caballería del Rey, D. Francisco Las Tortas, herido leve; dos de tropa heridos graves, dos leves y varios contusos (1).»

«A pesar de esa ventaja—dice Müller y Teijeiro en su libro *Combates y capitulación de Santiago de Cuba,*—recibió Rubín orden de retirarse; porque el enemigo, por la vía férrea, se dirigía hacia el Morro, y como no había fuerzas que oponerle hubiera quedado envuelto. En cumplimiento de la orden recibida retiróse la columna á la plaza (2).»

En el mismo libro antes citado, publica el Te-

(1) Müller y Teijeiro.

(2) La orden general del Ejército, referente á estos encuentros, que tomamos también del libro citado, del Teniente de navío señor Müller, lleva fecha 26 y los explica del modo siguiente:

«Soldados: Abandonamos la zona minera, porque no he querido sacrificar vuestras vidas estérilmente sobre la playa en combate desigual, con fuegos de fusil, contra el aparatoso alarde del enemigo que nos combatía á cubierto de las corazas de sus buques, artillados con los cañones más modernos y poderosos.

»Desembarazados de nuestra presencia en los referidos pun-

niente de navío Sr. Müller, las órdenes que mediaron en esta retirada.

«*Pozo 23 Junio 98.*

»Me entregaron los paisanos el papel que me escribió y hemos estado oyendo el fuego desde las cinco menos cuarto y después el disparo de cañón.

---

tos, ya han desembarcado sus tropas y se proponen tomar la plaza de Cuba.

»El choque se acerca y la lucha se entablará en iguales condiciones.

»Vuestras virtudes militares y vuestro valor son la mejor garantía del éxito.

»Defendemos el derecho desconocido y hollado por los americanos, unidos á los rebeldes cubanos.

»La Nación y el Ejército se hallan pendientes de nosotros.

»Más de 1.000 marinos de guerra desembarcados de la escuadra nos ayudan: Voluntarios y bomberos tomarán parte en la empresa de rechazar y vencer á los enemigos de España.

»La otra división de este cuerpo de Ejército viene presurosa á reforzarnos.

»Nada recomiendo, porque tengo la seguridad de que rivalizarán todos en la defensa de sus puestos, con firmeza y resolución; pero sí advierto, que los ya señalados á cada unidad, así sobre el recinto de la plaza como en los puntos avanzados, se conservarán á toda costa sin vacilar, ni pensar en el repliegue, y sí únicamente en dejar á salvo el honor de las armas.

»Yo os ofrezco cumplir con mis deberes y termino diciendo con todos ¡Viva España!—*Linares.*

»Lo que de orden de S. E. se publica en la general de este día para conocimiento de todos. El Teniente Coronel de Estado Mayor *Ventura Fontán.*»

»Encargue al coronel Borry (1) que cuide bien de la vereda ó camino de la Redonda, donde está acampado, pues los de la línea al encontrarse ocupado Sardinero, pueden tomar dicho camino de la Redonda.

»He pedido á Cuba todas las acémilas de transportes, y diez carretillas que estarán en ese campamento de siete y media á ocho. Tenga V. preparados los enfermos y las municiones para que marchen en seguida á Cuba con la misma escolta que llevará las acémilas.

»Disponga V. que se coma ahí el primer rancho de mañana, y después recibirá V. órdenes.—*Linares.*

»*Sr. General D. Antero Rubín.*»

Las instrucciones eran:

«Después de comer el primer rancho marchará usted con toda la columna á Cuba, efectuando la retirada de ese punto por escalones con las debidas precauciones y lentitud necesaria para rechazar en buenas condiciones cualquier agresión del enemigo.

»El batallón de Talavera se dirigirá al Sueño y allí encontrará un jefe de la plaza que le indicará los puntos que ha de ocupar.

»El batallón de Puerto-Rico con las dos compañías movilizadas de la zona minera se dirigirá á Cañadas y allí recibirá órdenes respecto á los puntos que ha de ocupar, y el batallón de San Fernando se dirigirá al Centro Benéfico, é igualmente recibirá instrucciones.

(1) El Coronel Borry murió, de casi repentina dolencia, al día siguiente.

La sección de Artillería al cuartel de Dolores: La sección de Ingenieros irá á Cruces, alojándose en las oficinas de la Empresa minera.—*Linares.*»

«*Pozo 24 de Junio 1898.*

»NOTA. El Capitán de Ingenieros que regrese á Cuba con el convoy de enfermos, que se presente al Sr. Coronel Caula.

»Ya tiene V. S. orden de retirarse y le prevengo que lo efectúe una hora después de haberlo verificado el convoy de enfermos, con escolta de dos compañías movilizadas y una de Talavera. Retire en primer término toda la impedimenta y que al llegar á Cuba vayan á los puntos designados; con los tres escalones Puerto-Rico, San Fernando y Talavera, haga V. S. retirada alternada por escalones, en forma que, al abandonar posiciones el escalón avanzado, estén en posición los otros dos, hasta llegar á Cuba. Aquí esperaré yo.—*Linares.*

»*Sr. General Rubín.*»

CAPÍTULO V.

Combate de El Caney.

Antecedentes del General Vara de Rey.—Preparación del ataque al Caney.—Descripción de la posición y su objetivo.—Primeras fases del combate.—Descripción que de él hace el Capitán sueco Werster.—Muerte de Vara de Rey.—Relación nominal de jefes y oficiales muertos y heridos.—Real orden concediendo la corbata de San Fernando al regimiento de la Constitución.

No se puede empezar á escribir sobre el combate de *El Caney*, sin dedicar, antes que todo, recuerdo de admiración al heróico General Vara de Rey que en él encontró gloriosa muerte.

Don Joaquín Vara de Rey y Rubio, había nacido en Íbiza el 14 de Agosto de 1841, y era hijo del Brigadier D. Joaquín Vara de Rey y de doña Clotilde Rubio y Cuevillas. En Enero del 57 ingresó en el Colegio de Infantería y en Junio del 59 fué promovido á Subteniente, llegando el 60 al empleo de Teniente por antigüedad. Después, tomó parte en las operaciones á que dieron lugar las luchas civiles que desgraciadamente ensangrentaron nuestra Patria, peleando contra republicanos,

cantonales y carlistas, y obteniendo grados y empleos por mérito de guerra, hasta el de Teniente Coronel, que alcanzó en 1878, y el de Coronel en 1891, ambos por antigüedad. Con este empleo pasó á Filipinas, donde además de otros importantes cargos, fué Director de la Academia Militar preparatoria de Manila, tomando parte en la campaña de Mindanao, y, regresado á la Península, pidió ir á la isla de Cuba, dejando el cómodo mando de la zona de Ávila, que ejercía, por las duras fatigas de aquella contienda separatista.

Á Cuba llegó el 15 de Abril de 1895. El departamento Oriental, donde la guerra era más penosa, fué campo en que desarrolló sus energías, en múltiples combates, á las órdenes de los Generales Lachambre, Albert y Linares, hasta ser promovido á General de brigada por méritos de guerra, á virtud de Real decreto de 15 de Octubre de 1897, dejando por ese motivo el mando del regimiento de Infantería de Cuba núm. 65 para tomar el de la brigada de San Luis, de la división de Cuba, que ya ejercía interinamente en su anterior empleo.

Datos son estos que contiene su dilatada y brillante hoja de servicios, pero en ella no figura otro que debemos á uno de sus amigos, admirador de

su valor indomable. Cuando estalló la guerra con los Estados-Unidos, el General Vara de Rey se hallaba en Cárdenas próximo á disfrutar una licencia que tenía pedida para trasladarse á la Península y reponer su salud.

Saber que había surgido el conflicto con los americanos y telegrafiar al General en jefe desistiendo de aquel propósito, pidiéndole volver á ocupar puesto en campaña, fué decisión tan rápida como el relámpago del patriotismo que fulguraba en su alma noble y generosa.

Vara de Rey, continuó en el mando de la brigada de la división de Cuba, y el General Linares, después de otras operaciones, le encomendó la defensa de *El Caney,* posición avanzada de la plaza.

Lo que allí hizo, lo encontrarán los lectores en las siguientes páginas.



Ya hecha la retirada de Sevilla, el frente defensivo, quedó constreñido desde Escandell por Caney, San Miguel de Lajas, Loma Quintero, Sueño, Veguita, San Juan, Chicharrones, Las Lagunas y río Aguadores hasta la ensenada de este nombre, quedando en él distribuídas las fuerzas

disponibles, entre ellas Vara de Rey en Caney con tres compañías de la Constitución, otra de guerrillas y 100 hombres que guarnecían el poblado; en Loma Quintero, una compañía movilizada; en San Antonio, Santa Inés y El Sueño, cuatro compañías de Talavera y una movilizada; en el camino del Caney y posiciones de San Juan, dos compañías de Talavera y una de Puerto-Rico, y como reserva, en Canosa 140 caballos de guerrillas y Guardia Civil; en Santa Úrsula, Cañadas y valle Guayabito, tres compañías de Puerto-Rico y una movilizada; en las alturas y camino de Las Lagunas, tres compañías de San Fernando; en Aguadores, dos compañías movilizadas; en Cruces, una de desembarco de la escuadra, y los Ingenieros en servicio de ferrocarriles y posiciones anexas.

Todas las fuerzas tenían orden de atrincherarse en sus posiciones.

Del 24 al 30 de Junio, los americanos se dedicaron á completar su sistema de aprovisionamientos, oponiéndose al avance que pretendía Wheeler sobre *El Caney*, donde averiguó que sólo había 500 hombres, operación que no autorizó Shafter, reservándola para Lawton, cuando tuviera aprovisionadas las fuerzas. Era tal el embrollo que tenían los americanos en el avituallamiento, que

hubo barco, como el *Vigilança*, que al regresar á Montauk (Long Island) concluída la guerra, se encontró con su bodega llena de víveres que estaban ocultos por el forraje cargado encima en Tampa, y el *Breakwater*, que al llegar á Newport News, tenía en sus sollados el 14 de Agosto, 40 toneladas de comestibles, medicamentos, etc., que no habían sido desembarcados por causa de la prisa con que se hizo el embarque y el desembarque de aquel ejército. Hubo regimientos que estuvieron sin víveres uno ó dos días y otros tuvieron que reducir la ración.

Del 24 al 30, los americanos establecieron líneas telefónicas desde Daiquiri á la Redonda: ya habían antes cortado el cable de Santiago á Guantánamo (Caimanera), ligándolo á una estación en Siboney, que les permitía estar en comunicación directa con Washington, así que el 30 creyó Shafter que estaba en disposición de avanzar, desaparecidos los inconvenientes que á su juicio lo habían impedido.

El General Shafter, con su jefe de Estado Mayor Teniente Coronel Mac-Clenard y el jefe de Ingenieros Coronel Derby, salió del Cuartel general, que estableció en La Redonda, el día 30 de Junio y practicó un reconocimiento visual, desde las altu-

ras de El Pozo, de nuestras posiciones sobre loma San Juan y márgenes del río Aguadores. Los Generales Lawton y Chafee, hicieron aquel mismo día reconocimientos hacia El Caney, y dieron cuenta á Shafter de que, con artillería, creían poder reducirlo en dos ó tres horas, pues la posición carecía de ella.

Estaba guarnecido el Caney por 419 hombres del regimiento de la Constitución, que con alguna otra fuerza de Asia, constituían el mando del General Vara de Rey, cuya consigna era impedir que el enemigo, corriéndose por aquel lado, se apoderase de la represa de las aguas establecida en Cuabitas, para suplir de ellas á Santiago, y de la vía férrea que unía á la plaza con varios poblados en que había siembras y por los cuales tenía que llegar el General Escario desde Manzanillo.

El Caney es un caserío de alguna importancia, situado en una eminencia á 6 km. sobre el camino que desde Santiago de Cuba sale por Escandell, á la entrada del puerto de dicho nombre. Las casas, se agrupan alrededor de la plaza en forma de cuadrilongo, cuyos lados menores ocupaban la iglesia y la Comandancia militar. Resultaba la posición completamente dominada por otras muy cercanas de la sierra de Escandell, y por lo tanto, era



VISTA FOTOGRÁFICA DE LA IGLESIA DE EL CANEY

Tomada al día siguiente al del combate.

insostenible en el ataque de artillería. Sus defensas se reducían á cuatro blockaus de madera y un fuerte de piedra denominado El Viso, obras que sólo servían para contener á los insurrectos. Cuando en los años 1895 y 1896, recorrimos aquellos lugares, sólo había en El Caney una guerrilla, y la aproximación de los insurrectos era tal, que desde el pueblo se veía el humo que producía su prefectura de Canasí en la sierra de Escandell y se distinguían las trincheras del enemigo; su importancia podía entonces calcularse por la conveniencia de poseer el camino de Escandell que comunicaba con Guantánamo.

Tres caminos afluían sobre El Caney desde las posiciones americanas: Uno que partiendo al N. de la calzada de Siboney á Santiago, por la Redonda, salía al E. del poblado á una senda que atravesaba la sierra por Escandell hasta Guantánamo; otro desde El Pozo á Marianage atravesando el río Guamas, y salía cerca de Ducoureau en el camino de Santiago á Caney; otro partía de una senda que unía esos dos y venía hasta el fuerte El Viso.

Con todos estos datos, decidió Shafter que el día 1.º de Julio la división Lawton (5.379 hombres) atacase al Caney, agregándole la batería del Capitán Capron, y una vez empeñado el combate,

avanzaría él con el resto del ejército sobre las posiciones de San Juan. El movimiento empezó el 30 á las cuatro de la tarde y hasta las doce de la noche no quedaron las fuerzas en sus sitios; fué tal el desorden de aquellos 15 regimientos en movimiento por un camino tan estrecho, que hubo alguno que tardó cuatro horas en recorrer 4 km. (*Repport* del Teniente Coronel Wherry.)

Al amanecer del día 1.º la posición de las fuerzas americanas era: Tercera brigada (Chaffee) sobre la senda del Caney á Guantánamo; primera brigada (Ludlow), detrás, y á la izquierda, la batería del Capitán Capron, á 2 km. al N. de Marianage, la que llevaba de sostén al primer regimiento de la segunda brigada (Miles), la cual tenía los otros dos regimientos cerca de El Pozo, sobre la orilla derecha del río Aguadores. Frente á las alturas de San Juan la división de Caballería (Wheeler) con la batería Grimes. La brigada independiente Bates cerca de Sevilla. La brigada Duffield frente á Aguadores, para atacar esa posición apoyada por los fuegos de la escuadra.

En cuanto á los insurrectos, se ordenaba á Calixto García que trasladase sus fuerzas el 1.º por la mañana al N. de Santiago, para cortar la retirada de los defensores de la plaza y oponerse á la llega-

da de refuerzos, dejando 200 hombres con Lawton para coadyuvar al ataque del Caney y otros 200 para operar sobre San Juan.

Pretendía Lawton tomar Caney en un par de horas, pero pronto salió de su error: allí estaba el General Vara de Rey y sus 500 hombres, indomables, heróicos: los americanos füeron dueños de El Caney cuando sólo quedaban 80 defensores magullados y destrozados que se retiraron por la sierra, los demás, muertos ó heridos, habían caído al lado de su General.

Pero no debemos ser historiadores de ese sublime rasgo de valor: Dejemos la palabra al Capitán Wester, agregado militar á la Legación de Suecia y Noruega en Washington, testigo presencial de los hechos, quien los describe con sin igual entusiasmo.

«El 30 de Junio por la tarde—escribe Werster—el ejército americano se concentró al E. de Santiago para prepararse al ataque.

La brigada Duffield se dirigió por la costa hacia Aguadores.

El núcleo principal de las fuerzas formaba dos agrupaciones: en El Pozo se situaron las divisiones Kent y Wheeler con tres baterías, mientras la división Lawton, con una batería, marchaba hacia el N. para ocupar posición al E. de El Caney.

La brigada Bates constituyó la reserva, situándose al E. de El Pozo.

Frente á ellos, el General Vara de Rey ocupaba El Caney con 500 hombres de Infantería, en Aguadores había 1.000, en el centro el General Linares emplazó sus avanzadas formadas por 1.200 hombres (1), que se situaron en las alturas de San Juan, mientras que los fuertes de la entrada del puerto y los atrincheramientos que defendía Santiago quedaban guarnecidos con 5.500 hombres.

El 1.° de Julio, al punto del día, la división Lawton comienza su movimiento de avance hacia El Caney; la confianza reina en el campo americano, donde el único temor consiste en que el enemigo se escape sin combatir; pero en El Caney, como se verá, están muy lejos de pensar así.

Las casas del pueblo han sido aspilleradas, se han abierto trincheras en un terreno pedregoso, y el fuego de unas y otras es rasante sobre un espacio de 600 á 1.200 m.; en la punta Nordeste de la posición, el fuerte de El Viso, guarnecido con una compañía, ocupa una colina desde la cual se dominan todos los aproches.

Los americanos se proponían envolver la posición española, para lo cual la brigada Chaffée se dirigió desde el Noroeste hacia El Viso, la de Ludlow, desde el Sudoeste hacia la desembocadura del camino que une El Caney con Santiago, mientras que una batería se

(1) En el capítulo V damos la fuerza verdadera que había en la posición de San Juan y Aguadores, muy inferior á esa que dice Werster, tomando sin duda datos de origen americano.

colocó en posición al E. del pueblo, y la brigada Miles ocupa al S. Ducouréau (?), formando el ala izquierda.

Hacia las seis de la mañana comenzó el fuego de las trincheras españolas; de improviso se descubre sobre ellas una línea de sombreros de paja; inmediatamente el ruido de una descarga, seguido de la desaparición de los sombreros; esta operación se repite cada minuto, observándose una gran regularidad y acción de una voluntad firme, lo que no deja de producir una profunda impresión en la línea de exploradores americanos; las balas cruzan el aire, rasando el suelo, hiriendo y matando.

Poco tiempo después, toda la brigada Chaffée se encontró desplegada, pero sin poder avanzar un paso, y la de Ludlow se vió también detenida.

Mientras el fuego de la Infantería aumenta progresivamente, la batería americana comienza á disparar. Como los españoles no cuentan en El Caney con un sólo cañón, el fuego puede hacerse con la misma tranquilidad que en un campo de maniobras: las piezas pueden hacer daño, sín peligro alguno de recibirlo.

A los pocos momentos las granadas estallaban por encima de las trincheras, alcanzaban las casas del pueblo y perforaban los muros de El Viso, proyectando los shrapnels su lluvia de plomo sobre la posición; mas, á pesar de todo, en el fuego español se observa igual continuidad é igual violencia.

Delante de El Viso se descubría un oficial paseándose tranquilamente á lo largo de las trincheras: fácil es comprender que el objeto de este peligroso viaje en

medio de los proyectiles de que el aire está cruzado no es otro sino animar con el ejemplo á los bravos defensores; se le vió, de cuando en cuando, agitar con la mano su sombrero y se escuchaban aclamaciones. ¡Ah, sí! ¡Viva España! ¡Viva el pueblo que cuenta con tales hombres!

Las masas de Infantería americana se echaban y apretaban contra el suelo hasta el punto de parecer clavadas á él, no pudiendo pensar en moverse á causa de las descargas que la pequeña fuerza española les enviaba á cada instante. Se hizo preciso pedir socorros, y hacia la una avanzó Miles desde Ducoûreau, entrando en línea á la derecha de Ludlow, y hacia las tres la cabeza de la brigada de reserva se desplegaba á la derecha de Chaffee; pero en lo alto de las trincheras el chisporroteo de los Maüser se escuchaba siempre.

Por fin, á las tres y treinta y seis minutos la brigada Chaffee se lanza al ataque contra El Viso; pero queda al principio detenida al pie de la colina, y no invade el fuerte sino después de un segundo y violento empuje.

Los españoles ceden lentamente el terreno, demostrando con su tenacidad en defenderse lo que muchos militares de autoridad no han querido nunca admitir. Que una buena Infantería puede sostenerse largo tiempo bajo el fuego rápido de las armas de repetición. ¡El último soldado americano que cayó fué herido á 22 pasos de las trincheras!

Aunque la clave de la posición estaba conquistada, la faena continuaba. Yo seguí, con el corazón oprimido por la emoción, todas las peripecias de esta furiosa defensa y de este brusco ataque.

Desde El Viso, una vez ocupado, las tropas americanas comienzan á tirar sobre el pueblo, que es también en este momento el objetivo de la brigada Ludlow; pero la ocupación no se efectuó hasta las cuatro y media, hora en que los últimos españoles abandonaron las casas para recomenzar el fuego desde una colina situada 600 m. al O.

¡Admirable obstinación de resistencia, á la que todos contribuyen hasta el último instante!

Detrás de la línea de batalla americana se arrastraban los cobardes chacales de esta guerra: los cubanos.

Desde los bosques de palmeras situados al E. de El Viso habían tomado alguna parte en la acción. ¡Allí fuí y presencié una escena repugnante: dos hermosos muchachos catalanes estaban tendidos y medio desnudos entre las altas yerbas; sus negros cabellos manchados de sangre; sus ojos abiertos y vidriosos, y debajo de estos pálidos y desfigurados rostros sus gargantas estaban abiertas por esas heridas delgadas y profundas que el machete produce.

Mi misión inactiva y neutral no me permitía sino huir de allí para substraerme á este horrible espectáculo, y así lo hice, dirigiéndome hacia las tropas americanas que en aquel momento daban el asalto á El Viso, y á sus jefes me acerqué rogándoles el envío de centinelas que cuidaran de los heridos españoles que quedaban detrás de las trincheras conquistadas.

Generosos como siempre para los desgraciados, los americanos escucharon mi súplica y ¡curiosa circunstancia! mientras me ocupaba de salvar á mis camaradas españoles, una bala de sus compatriotas en

retirada me alcanzó. Pero felizmente sólo llegó á atravesar mi capote.

El ruido del combate no cesó sino cuando el sol estaba á punto de ponerse. Durante cerca de diez horas 500 bravos soldados resistieron unidos y como encadenados sin ceder un palmo de terreno á otros 6.500 provistos de una batería, y les impidieron tomar parte en el principal combate contra las alturas del monte San Juan.

¡Después de esto, ni una palabra más se escucha en el campo americano sobre la cuestión de la inferioridad de la raza española!

Y esta lucha de El Caney ¿no aparecerá siempre ante todo el mundo como uno de los ejemplos más hermosos de valor humano y de abnegación militar?

¿Quien haya tomado parte en ella no es bien digno de una honorífica recompensa?

¡Contemplad ese pueblo! Las casas están arruinadas por las granadas, las calles cubiertas de muertos y heridos. El General Vara de Rey está allá, muerto; sus ayudantes al lado suyo, muertos; en derredor multitud de oficiales y soldados.

Todos han llenado su deber, desde el primero al último.

¡Dichoso el país que es tan querido de sus hijos!

¡Dichosos los héroes que han sucumbido en un combate tan glorioso!

¡Con su sangre han escrito en la historia el nombre de El Caney, como uno de los más brillantes episodios guerreros, y con letras de oro deben inscribirse también en las banderas de las tropas que allí combatieron!»

A las dos de la tarde, el General Shafter, inquieto, porque no cesaba de oír sobre su derecha el ruído del combate, envió á Lawton un parte escrito con lapiz, que decía:

«Lawton. No podemos detenernos por esos pequeños blockhaus; antes de anochecer, vos, Bates y García, debéis venir sobre Santiago, para formar la derecha de nuestra línea, sobre el camino de Sevilla.»

En aquel momento la dirección del combate no estaba en manos de Lawton, el que dice que recibió la orden é «hizo todo lo imaginable por retirar sus brigadas del fuego, pero que le había sido ya imposible conseguirlo».

Siempre la fatalidad persiguiendo nuestra causa.

Ocupándose de este hecho de armas, el Teniente Coronel de Infantería D. José Villalba Riquelme, en su notable obra *Táctica de las tres armas* (tercera parte, pág. 12), dice: «Si Vara de Rey hubiera tenido fuerza de reserva ó recibido refuerzos en este momento, tomando la ofensiva, hubiera obtenido la victoria» (1).

(1) En nuestra opinión, el mayor defecto que tenía la posición de El Caney, era estar dominada por el terreno cerca-

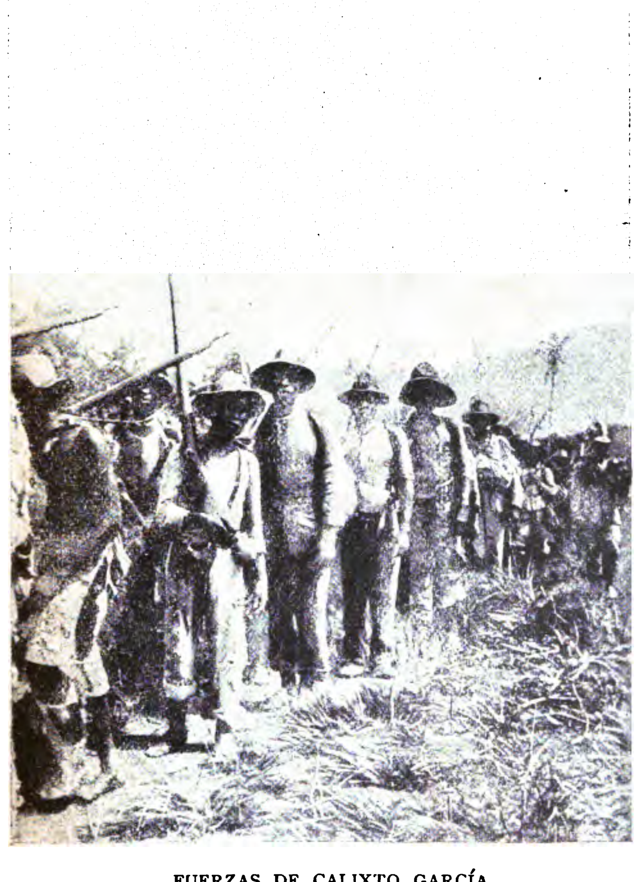
La admiración que en el mundo entero han despertado aquellos heróicos defensores de El Caney, resalta en los siguientes elogios que les dedica otro escritor, *Henry Cabot Lodge*, en su libro *The War with Spain:*

«.....desesperados, rodeados como ellos estaban, aparecían con un coraje y una indiferencia al peligro, que hace recordar á los defensores de Zaragoza y de Gerona. Se sabe que los soldados españoles han sido con frecuencia citados como modelo, pero en este caso, desplegaron tal fortaleza, como en los días, en que hace tres centurias, era considerada la Infantería española como la más brava y mejor de Europa. De que esta tradición es justa, ofrece El Caney un ejemplo brillante.»

Los americanos tuvieron cuatro oficiales y 84 soldados muertos, y 24 oficiales y 332 soldados heridos. Su fuerza era de más de 6.000 hombres.

El General Vara de Rey, herido grave, con las dos piernas atravesadas, había entregado el mando al Teniente Coronel D. Juan Puñet, y era conducido por un grupo en camilla, por el camino

no, que derivándose de la Sierra de Escandell, hacía insostenible la defensa contra un enemigo regular provisto de artillería. Hubiera sido mejor abandonar el poblado y tomar las lomas, cual hicieron los últimos ocupantes.



FUERZAS DE CALIXTO GARCÍA

Aspecto de un grupo de insurrectos, tomado de fotografía.

de Caney á San Miguel de Lajas, verdadero callejón tenebroso, enterrado, indefendible, que hemos recorrido hace años al hacer estudios de aquel terreno. Su cuerpo, hubiera sido salvado por los restos de los defensores de El Caney, pero á su encuentro salió el enemigo, que hizo fuego sobre la camilla, rematando al General y acabando con los que le conducían.....

Un oficial, que se hallaba presente en los supremos momentos del combate, nos refiere que todos los heridos que se pudieron salvar, iban sobre las acémilas, á excepción del General, que era llevado en camilla. De pronto, una descarga del enemigo mató á los cuatro soldados que la transportaban, que fueron reemplazados por otros cuatro, los que en breve quedaron también muertos, repitiéndose la terrible escena tres ó cuatro veces, hasta que al fin, entre muertos y heridos, quedaron los gloriosos despojos de Vara de Rey acribillado á balazos: en aquellos instantes fué gravemente herido su hermano D. Antonio, muerto el otro ayudante Primer Teniente Domínguez, y herido su jefe de Estado Mayor, Capitán Ramos.

Los americanos recogieron el cadáver del General y le tributaron, al darle sepultura, los hono-

res militares que correspondían á su jerarquía, llenos de admiración por el héroe (1).

El Teniente Coronel de Infantería D. Juan Puñet, jefe del batallón de la Constitución, organizó la retirada, tomando posición para proteger la de los heridos, en una colina fuera del pueblo, sobre el camino de Cuabitas, desde la cual contuvo á los americanos, llegando á Santiago de Cuba á las ocho de la noche con 80 hombres, que se abrieron paso á través del enemigo. A este jefe corresponde parte de la gloria de aquella jornada.

Hé aquí la relación de jefes y oficiales muertos y heridos en este heróico combate:

MUERTOS

Excmo. Sr. General de Brigada D. Joaquín Vara de Rey.
Primer Teniente, D. Cesáreo Domínguez (ayudante).

Regimiento de la Constitución núm. 29.

Comandante......	D. Rodrigo Agüero.
Idem............	Rafael Aragón.
Segundo Teniente.	Alfredo Vara de Rey (sobrino del General).

(1) Los restos de Vara de Rey, han sido transportados á España, juntamente con los del General Santocildes y del soldado Eloy Gonzalo, héroe de Cascorro, y reposan en el cementerio del Este, hasta que haya un panteón donde enaltecerlos...

Segundo Teniente.	Manuel Morales.
Idem............	Antonio Rubio.
61 de tropa.	

HERIDOS

Capitán de la Guardia Civil, D. Manuel Romero.
Médico segundo de Sanidad Militar, D. Angel Rodríguez.
Telegrafista, D. Antonio Manzanos.
Capitán de Infantería, D. Antonio Vara de Rey (ayudante).
Capitán de Estado Mayor, D. Juan Ramos Portal.

Regimiento de la Constitución núm. 29.

Capitán..........	D. Isidro Arias.
Segundo Teniente.	Manuel Estévez.
Idem............	Lorenzo Salinas.
Idem............	Antonio Martínez.
Idem............	Domingo Murillo.
Idem............	Inocencio Rojo.
110 de tropa.	

PRISIONEROS

Regimiento de la Constitución núm. 29.

Segundo Teniente.	D. Emilio Vallés.
Idem............	Constancio Germán.

DESAPARECIDOS

Regimiento de la Constitución núm. 29.

Segundo Teniente.	D. Félix Escudero.
Idem............	Rafael Altolaguirre.
2 sargentos y 7 soldados.	

(Estos dos oficiales y los nueve individuos de tropa se incorporaron á El Cristo.)

Digno epílogo de este brillante hecho, es la siguiente Real orden concediendo la corbata de San Fernando á la bandera del primer batallón del regimiento Infantería de la Constitución, que dice así (1):

«En vista de la acordada del Consejo Supremo de Guerra y Marina de 23 de Mayo último, relativa al expediente de juicio contradictorio formado al primer batallón del regimiento de la Constitución núm. 29, para esclarecer el derecho que pudiera tener á la corbata de San Fernando, por la defensa que hizo del poblado de El Caney el día 1.° de Julio de 1898; considerando que dicho batallón, compuesto de 436 plazas, rechazó con energía al enemigo, que en número de 6.000 hombres y dotado de excelente artillería atacó vigorosamente el poblado en la mañana del mencionado día; que se sostuvo aquél valerosamente en su puesto, su-

(1) Vara de Rey obtuvo después de muerto, la Cruz laureada de cuarta clase de San Fernando, con 2.500 pesetas de pensión, por el valeroso comportamiento y heróica muerte que recibió en el combate de *El Caney*, el 1.° de Julio de 1898.

A su viuda, la señora doña Jacoba Pallares y Ocio, con la que contrajo matrimonio el 16 de Diciembre de 1867, le concedieron las Cortes 10.000 pesetas anuales de pensión, transmisible á sus hijos, por ley de 27 de Diciembre de 1899.

En Íbiza, se alzará pronto una estatua al General Vara de Rey, erigida por subscripción.

¡Merecidas muestras de respetuoso cariño con que la Patria enaltece la memoria de uno de sus hijos más esclarecidos!

friendo nutridísimo fuego de fusil y continuo de cañón, experimentando grandes y dolorosas pérdidas, impidiendo con su resistencia que el contrario alcanzase ventaja alguna, hasta que por la tarde, en la imposibilidad de reforzar los fuertes por falta de personal, viéndose atacado por todas partes, coronadas las alturas, agotadas todas las municiones y luchando con grandísimas dificultades para retirar las bajas sufridas, que excedieron á la tercera parte de la fuerza combatiente, se ordenó la retirada, que efectuaron ordenadamente bajo fuego abrasador, el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, de acuerdo con lo informado por el referido Consejo Supremo, ha tenido á bien conceder al expresado batallón el uso de la corbata de la Real y militar Orden de San Fernando, por considerar comprendido el hecho que llevó á cabo en tan gloriosa jornada en el art. 32 de la ley de 18 de Mayo de 1852. Es asimismo la voluntad de S. M., que tan honroso distintivo se coloque en su bandera con todas las formalidades prevenidas para estos casos.»

CAPÍTULO VI.

Combate de San Juan.

Desproporción de fuerzas.—Combate de artillería.—Nuestros cañones hacen suspender el fuego de la batería Grimes.—El globo cautivo.—Abrumadora superioridad del enemigo.—Los Coroneles Ordóñez, Vaquero y Caula.—El Capitán de navío Bustamante.—Cae herido el General Linares.—Los americanos entran en la posición.

En Santiago de Cuba, nada se sabía de que las fuerzas rebeldes que había al Oeste de la entrada de la bahía, hubieran embarcado por Aserradero, para ser transportadas á Daiquiri, según lo convenido entre Shafter y Calixto García.

El enemigo consiguió ocultarlo, haciendo constantes demostraciones por aquel lado, sin descuidar tampoco el mantener en contínua alarma toda la costa del Este, especialmente por Aguadores, cual si tratase de romper nuestra línea por aquel sitio para apoderarse del Morro.

De otra parte, esperábase de un momento á otro la llegada de la columna Escario, lo que obligaba á no dejar indefensas las entradas de la plaza hacia El Cobre y San Luis.

Todo ello absorbía fuerzas á gran distancia, así que al acaecer el ataque del día 1.°, sólo quedaban para contrarrestarlo, seis compañías de Talavera, tres de Puerto-Rico, tres de San Fernando, una y media de zapadores, tres de movilizados, 140 caballos, dos piezas de tiro rápido y las situadas en el recinto, de antiguo modelo: en total, 1.700 hombres. Dentro de la población la vigilancia estaba encomendada á los voluntarios y bomberos, que tenían la misión de contener los desmanes de los laborantes que, á título de *pacíficos*, quedaban en ella. El Almirante Cervera, que ya había recibido la orden de zarpar con la escuadra, pedía el embarque de las tropas de Infantería de Marina, retrasado hasta ver si llegaba el General Escario, en la esperanza de que con sus fuerzas se pudiera tomar la ofensiva, y también para no dejar desguarnecidas las posiciones que los marinos ocupaban, dejando abierto un portillo al enemigo.

En esa situación, empezó, al amanecer del día 1.°, á notarse el movimiento de avance entre El Caney y Las Lagunas, en tanto que la escuadra y fuerzas de la costa, hacían demostración de ataque por Aguadores. El General Linares, buscó el lugar dónde observar los movimientos de los americanos, eligiendo la bifurcación de los caminos de

Caney y del Pozo, y allí se situó con su Estado Mayor, al que luego se incorporó el General Rubín, ordenando que una compañía de Talavera reforzarse las casas de Canosa, y otra de Puerto-Rico la posición avanzada de San Juan.

Momentos después empezó á sentirse el fuego de cañón, que hacían los americanos sobre El Caney y sobre las posiciones de San Juan, seguido de muy nutrido de fusilería hacia Caney. Las posiciones más avanzadas de San Juan fueron reforzadas con otra compañía, quedando la primera línea, ó sea la loma, que mandaba el Coronel Vaquero, con 300 hombres. El Coronel Ordóñez recibió orden de situar en la citada loma la sección de artillería de tiro rápido, para contrarrestar en lo que se pudiera el fuego de las baterías americanas.

A eso de las seis de la mañana, la batería Grimes rompió el fuego con cuatro cañones de gran precisión sobre el fuerte San Juan, guarnecido por una compañía del batallón de Puerto-Rico, y entre siete y ocho llegó á la loma la sección de dos cañones Krupp de 7'5 cm. de carga rápida, mandada por el Capitán D. Patricio de Antonio, con el Segundo Teniente D. José Fernández y 50 artilleros.

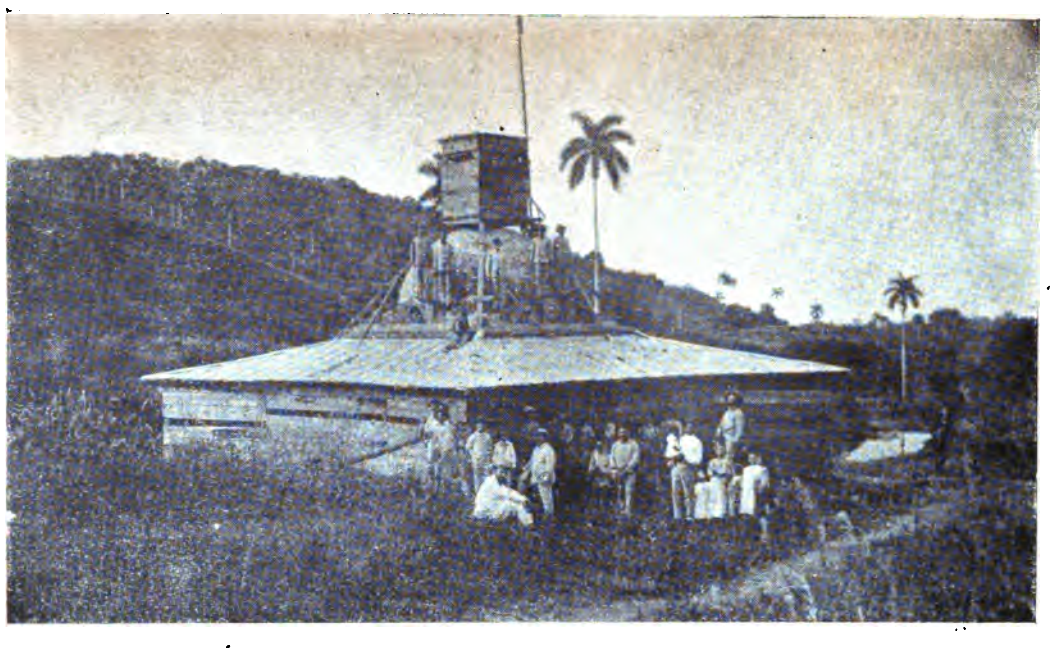
Los escritores americanos, en todas sus obras, aseguran que la loma de San Juan estaba guarne-

cida por 1.200 hombres, cuando sólo la ocupaban 300 soldados de Infantería, 50 artilleros y 60 voluntarios que llegaron á las once.

El Coronel de Artillería D. Salvador Díaz Ordóñez, situó la sección de tiro rápido entre las dos compañías de Talavera. El Coronel de Infantería D. José Vaquero, jefe valeroso que ya se había distinguido notablemente en campaña, siendo herido en la acción memorable de Peralejo, mandaba, según antes decimos, la posición avanzada.

Nuestras dos piezas rompieron el fuego sobre la batería americana, atrayéndose el suyo, rectificando el tiro á 2.550 m.

Tenía la ventaja la batería enemiga, de que no recibía el sol de frente, como la nuestra, y además se hallaba medio oculta en parte por la manigua y protegida por un parapeto. Se dió un descanso para almorzar y los cañones americanos suspendieron el fuego, al hacerlo los nuestros. A las once nuestras piezas variaron de posición y reanudaron el tiro con shrapnel á 2.550 m. A los 30 ó 35 disparos, la batería Grimes dejó de contestar y sus sirvientes se ocultaron en la espesura, dejando solas las piezas. En seguida hizo fuego la sección del Capitán de Antonio sobre un globo cautivo que desde el principio había elevado el enemigo y que



VISTA FOTOGRÁFICA DE UNO DE LOS BLOCKAUS DEFENSIVOS DE LOS ALREDEDORES DE SANTIAGO DE CUBA (REPRESA)

se había acercado á 1.025 m., consiguiendo alcanzarle al cuarto disparo, empezando aquel á descender hasta sumergirse entre los árboles (1): aún continuaron tirando las piezas hacia el sitio donde se veía el cable con el anteojo, suponiéndose que por allí desfilaban las fuerzas americanas que empezaban á aparecer en los linderos del bosque, frente á la posición de San Juan, á distancia que variaba entre 600 y 700 m. Grupos de 15 á 20 enemigos, salían de vez en cuando al claro, y retrocedían al recibir el tiro de fusilería y de shrapnel, concluyendo por no intentarlo más, pero corriéronse por su derecha y buscaron resguardo en unas casas cercanas, desde las cuales rompieron violento fuego contra las compañías de Talavera ligeramente atrincheradas. Una pieza de la sección

(1) Confiesan los americanos que el globo cayó acribillado, quedando fuera de servicio, y que las tropas que marchaban en la vecindad de él sufrieron muchas pérdidas, pues la presencia del globo sirvió para denunciar su situación. Mandaba el destacamento aerostático el Coronel Derby, y su parque se componía de un globo de 15.000 pies cúbicos, 180 tubos para hidrógeno, un generador de hidrógeno, un compresor de gas, un carro de transporte del globo, un carro para útiles, cinco carros para los tubos de hidrógeno, tres oficiales y 24 hombres.

El compresor y el generador quedaban á bordo y los tubos no daban gas más que para una ascensión.

de artillería dirigió entonces el tiro sobre esa nueva posición del enemigo, consiguiendo apagar su fuego, en tanto que la otra disparaba sobre los sirvientes de la batería Grimes, haciéndoles volver á dejar solos los cañones. Cesó casi por completo el fuego desde el monte y aumentó mucho el de los americanos, desbordados hacia el flanco derecho de la posición de San Juan.

Cayó herido el Coronel Ordóñez y casi todos los defensores del fuerte San Juan estaban fuera de combate. El Coronel Vaquero, había desaparecido, muerto ó herido, acaso anónimo número de algún montón de cadáveres, de los que la loma estaba cubierta, pues sus restos no se encontraron. También había sido herido el Teniente Coronel del batallón de Cuba Sr. Lamadrid. Las municiones de artillería escaseaban: no quedaban más que los botes de metralla de poca eficacia á distancia y algunas granadas ordinarias, consumidas ya las de metralla, que eran las que mayor efecto podían producir.

Los americanos achacan la eficacia de nuestras dos piezas sobre la batería Grimes á que tiraban con pólvora sin humo, y ellos con pólvora con él, lo que hizo fácil á nuestros artilleros descubrir la situación de la batería y corregir el tiro;

confiesan que este fué tan bien dirigido que se vieron obligados á suspender el fuego.

La posición que el General Linares ocupaba, á unos 800 m. de San Juan, era una trinchera á la derecha del camino de El Pozo, guarnecida por una compañía de Talavera, para evitar el movimiento envolvente del enemigo; otra compañía, también atrincherada, se situó en el ángulo de los caminos de El Pozo y El Caney, en la altura de la Veguita, cruzando fuegos con el Sueño, y á retaguardia, en tercera línea, ocultos por el fuerte Canosa, en una depresión del terreno, el escuadrón de Caballería. El General Toral, ocupaba el campo militar (explanada del cuartel Reina Mercedes), en comunicación telefónica con el General Linares, teniendo orden de vigilar los movimientos por el Norte y disponer en caso preciso de las fuerzas de aquel sector y las de Marina, situadas al Oeste.

Hubo una hora, de doce á una, en que se creyó que el enemigo cejaba en su empeñado combate, pues no se oía fuego hacia El Caney ni contra San Juan, y se recibió parte telefónico del General Vara de Rey de haberlo rechazado por su frente y flanco izquierdo, causándole numerosas bajas y calculando las suyas en 70: esa tregua, obedeció indudablemente á que los americanos, ante tanta

resistencia, reconcentraban más fuerzas contra San Juan y contra El Caney, para abrumar con el número la tenacidad de sus defensores; en efecto, á la una de la tarde, reanudaron el ataque al Caney de manera vigorosa, y el de San Juan con fuego de cañones, fusiles y ametralladoras.

El General Linares, conociendo la situación crítica en que se hallaban los restos que quedaban de los defensores de San Juan, por noticias que le trajo su ayudante el Comandante Arraez, á quien mandó hacer un reconocimiento, ordenó á su otro ayudante el Teniente Coronel Sierra, que hiciese avanzar rápidamente á la caballería, para apoyar la retirada de las tropas de la posición y para salvar la artillería, orden que se ejecutó con resultado satisfactorio. A su jefe de Estado Mayor el Teniente Coronel Fontán, le mandó que desplegase sobre la línea en que se hallaban, las tropas que se retiraban de San Juan, para evitar que el enemigo entrara en la plaza. No siéndole posible debilitar el recinto, hubo necesidad de armar 100 hombres del hospital, escogidos de entre los convalecientes para acudir á las casas de Canosa en reserva, y tomar otros 100 de las tropas desembarcadas de la escuadra que ocupaban Dos Caminos y San Pedrito, mas en tanto llegaban, con los 400 hombres

que personalmente mandaba Linares, fueron obligados los americanos, que avanzaban por el camino y cañadas inmediatas, á retroceder sobre las posiciones de San Juan.

Indudablemente, el enemigo, convencido de que no podía tomar de frente la loma, intentaba envolverla, cortando la retirada á sus defensores, cubriendo para ello de proyectiles el camino que conducía á la plaza, merced al fuego de ametrallora.

La lucha se trabó con el mayor denuedo, y aquellas tropas impidieron que la loma fuese envuelta, pero ¡á qué costa! Las dos compañías de Talavera, que al empezar la acción contaban cada una 150 hombres, quedaron con 30 una y con 50 la otra. El General Linares fué gravemente herido en el brazo izquierdo, su ayudante el valeroso Comandante Arraez, ya otras veces destrozado por las balas, resultó herido, y otros muchos jefes y oficiales heridos ó muertos. Comprendiendo el Capitán de Antonio, de la sección de artillería, que no podían llegarle más municiones por estar interceptado el camino, ordenó al Teniente Fernández que cargase el material y se retirase hasta encontrarlas, volviendo en ese caso, en tanto que él, con el artillero Juan Peinado y 40 voluntarios que quedaban del fuerte San Juan, sostenía la retirada, ti-

rando con los viejos Remington de los voluntarios sobre los grupos que salían del bosque hasta quedarse sin cartuchos, armando entonces bayoneta y esperando la embestida, impávidos y serenos rodilla en tierra. En este momento cayó gravemente herido el Capitán de Antonio, atravesado por la cintura de un balazo; recogióle Juan Peinado, que, arrastrando, lo sacó hasta llegar á la altura de la sección, que aún había retrocedido poco. Al salir aquellos últimos restos de los defensores de la loma al camino despejado, libre de los árboles que hasta entonces impedían ver al enemigo, fueron recibidos artilleros y voluntarios por horroroso fuego, en el que resultó herido el Teniente D. José Fernández, muertos dos artilleros, herido y desaparecido (1) otro, y heridos graves dos sargentos, un trompeta y 12 artilleros; el material de una de las piezas quedó en el camino sobre uno de los mulos muertos. En aquellos instantes cargaba la guerrilla montada de Puerto-Rico contra los americanos, pero la lucha era tan desigual, que sólo se salvaron de ella ocho ó diez hombres. Los demás fue-

(1) Gracias á la amabilidad del Capitán de Antonio podemos consignar los nombres de los dos artilleros muertos y el herido y desaparecido, que fueron Pedro López, Julián Monserrat y Francisco Ruíz Rivas.

ron muertos ó heridos: los oficiales todos salieron heridos, algunos dos veces.

Los americanos no se aprovecharon de la ventajosa posición en que se habían colocado, merced á su abrumador número. Ni aun siquiera tuvieron aliento para apoderarse de la pieza que en el camino cayó. Llegaron á la loma cuando en ella no quedaba nadie con vida, pero no pudieron continuar avanzando.

La posición fué ocupada, cuando habían muerto ó estaban heridos casi todos sus defensores, en un combate de *30 contra 1*, reforzado con seis ametralladoras y dos baterías de refresco. El enemigo entró en la loma y de allí no pasó, no pudieron hacerle pasar sus jefes, por más esfuerzos que hicieron.

¡Loor mil veces á aquellas compañías de Infantería española que sucumbieron en masa! ¡Loor á los artilleros y á 40 voluntarios que quedaron en la loma! ¡Qué pocos podrán leer estas páginas!

Deshechas materialmente las fuerzas que personalmente había mandado el General Linares, acudió al lugar, fuerte de Canosa, una compañía de infantería de Marina con el Capitán de navío D. Joaquín Bustamante, que hizo desesperados esfuerzos para recuperar la posición, sin conseguirlo, pues era imposible contrarrestar la enorme superioridad

del enemigo: Bustamante recibió una herida en el vientre de la que murió en el hospital. También resultó herido, peleando valerosamente, el Coronel de Ingenieros D. Florencio Caula, que tantos esfuerzos había hecho en la defensa de aquella indotada plaza.

Llegó la noche y con ella la tregua y el descanso.

Puede formarse idea de la magnitud de la resistencia, por la relación de muertos y heridos que sigue:

MUERTOS

Regimiento Infantería de Asia núm. 55.

Comandante	D. Ramón Escobar.
Capitán..........	Paulino Brieva.
Segundo Teniente.	Ubaldo Ruíz.
Idem............	Remigio García.
Seis de tropa.	

Peninsular de Talavera.

Capitán..........	D. Benito Manso.
Segundo Teniente.	Francisco Valls.
20 de tropa.	

Provisional de Puerto-Rico núm. 1.

Primer Teniente...	D. Mariano Balbuena.
Segundo Teniente.	Joaquín Martín.
18 de tropa.	

HERIDOS

Excmo. Sr. Teniente General D. Arsenio Linares Pombo.

Coronel de Artillería, D. Salvador Díaz Ordóñez.

Idem de Ingenieros, D. Florencio Caula.

Comandante de Infantería, D. Domingo Arraez de Conderena.

Idem, D. José López Fernández.

Capitán de navío, D. Joaquín Bustamante.

Regimiento de Asia.

Comandante......	D. Vito Beato.
Primer Teniente...	Manuel Bolívar.

Regimiento de Talavera.

Capitán..........	D. Tomás Panadero.
Segundo Teniente.	Anacleto Girbau.
Idem............	Eduardo Urrea.
82 de tropa.	

Provisional de Puerto-Rico.

Comandante......	D. Luis Lamadrid.
Capitán..........	José Bonet.
Idem............	Luis González.
Idem....	Francisco Pereira.
Primer Teniente...	Lázaro García.
Idem............	Adolfo Arias.
Segundo Teniente.	Miguel García.
Idem............	José Villanueva.
Idem............	Doroteo Fernández.
52 de tropa.	

Primer tercio de guerrillas.

Segundo Teniente de Ejército, D. Domingo Cadelo.
Capitán movilizado, D. Baldomero Vigo.
Segundo Teniente ídem, D. Domingo Muñóz.
Idem, D. Pedro Roselló.
36 de tropa.

Artillería.

Capitán.......... D. Patricio de Antonio.
Segundo Teniente. José Fernández.
Tres muertos y 16 heridos de tropa.

Batallón de San Fernando.

Dos de tropa.

Ingenieros.

Uno de tropa.

DESAPARECIDOS

Provisional de Puerto-Rico núm. 1.

Segundo Teniente. D. Juan Martínez.
Idem............ José Núñez.
31 de tropa.

Regimiento de Simancas.

Coronel.......... D. José Vaquero.
(No tenía allí fuerzas de su regimiento).

En los dos combates de El Caney y San Juan, hubo 500 bajas de tropa entre muertos y heridos, y 50 de Generales, jefes y oficiales.

Entre los que más se distinguieron, citaba el General Linares, al Coronel de Ingenieros D. Florencio Caula, Coronel de Artillería D. Salvador Díaz Ordóñez, Capitán de navío D. Joaquín Bustamante, Comandante de Infantería D. Domingo Arraez (ayudante), Comandante de Infantería don Luis Lamadrid (Puerto-Rico), Comandante de Infantería D. Vito Beato (Asia), Comandantes de Estado Mayor D. Ventura Fontán y D. Luis Irlés, Capitán de Estado Mayor D. Juan Ramos, Teniente Coronel de Infantería D. Juan Sierra (ayudante), Capitán de la escala de Reserva D. Eulogio Arribas, Primer Teniente de Infantería D. Adolfo Arias (Puerto-Rico)—siguió en San Juan después de herido hasta caer prisionero,—Primer Teniente de Infantería D. Lázaro García (Puerto-Rico)—fué con la guerrilla montada de Puerto-Rico, ya herido en un pié, á dar la orden de retirar la artillería y recibió nueva herida en un brazo.—Del batallón de la Constitución: Teniente Coronel D. Juan Puñet; Capitanes D. Gregorio Sotelo, D. Miguel Gaya, D. Higinio Rodrigo; Segundos Tenientes D. Manuel Corral, D. José Puñet, D. Federico Be-

renguer, D. Enrique Millán, D. Pedro Calvo, don Francisco García, D. Pedro González, D. Mariano Álvarez y D. Ramón Álvaro.

Del batallón de Talavera: Teniente Coronel D. Pedro Rodríguez, Capitán D. Ceferino Pérez, Primer Teniente D. Julián Díaz y Segundos Tenientes D. Joaquín Badenas, D. Antonio Molina, D. José Marreso, D. Vicente Gómez, D. Doroteo Olmo y D. Ignacio Brizuela.

Del batallón de Puerto-Rico: Comandante don Andrés Alcañíz, Capitán D. Acacio Fernández y Segundos Tenientes D. Juan Cortecero, D. Benjamín Valverde y D. Florentino Balbuena.

Capitán de Infantería retirado D. Ignacio Alvarez y Segundo Teniente movilizado D. Pedro Macasi.

Hacía también especial mención del General Rubín y del General Toral.



El día 2 los americanos, sin salir de las trincheras que habían abierto por la noche, iniciaron violentísimo fuego. Durante él, avanzaron dos veces al descubierto cuatro artilleros de los pocos que salieron ilesos, y recogieron el material de la

pieza que el día anterior quedara en el camino (1).

Los defensores de Santiago de Cuba, desde los puestos del recinto, sostuvieron duro fuego contra el enemigo, que impidió que éste pudiera poner sobre su línea las cuatro baterías de campaña, lo que enervó mucho sus ya decaídas fuerzas.

Calixto García recibió orden el día 2 de colocarse con las partidas insurrectas al N. de Santiago, para interceptar la plaza con el camino de Palma Soriano, por donde era presumible la llegada de refuerzos.

El ataque estaba calculado en forma que la división Summer ocupase la derecha del camino de Siboney á Santiago y la Kent la izquierda (2). Ese plan no se ajustó estrictamente á lo mandado, porque la vegetación impedía el avance, y la di-

---

(1) Tan heróico comportamiento, al ser conocido por el General Toral, ocasionó una propuesta, que creemos ¡no ha sido aún resuelta!

Por si nuestra voz pudiera llegar á donde la justicia reina, consignamos los nombres de esos valientes: Pedro Gavira, Modesto Campallo, Antonio León y Juan Morla; este último resultó gravemente herido.

(2) El General Wheeler ha escrito un libro en el que dice que Shafter le dió el mando de las dos, y que por eso no aparece al frente de su división. Entre Wheeler y Shafter es indudable que existió tirantez de relaciones desde el principio.

rección de los oficiales casi resultaba imposible.

No debemos dejar pasar en silencio, la nota de desaliento que se hace pesar sobre el ejército americano después de los combates del Caney y San Juan, y que presenta á Shafter como decidido á retirarse.

Por propia confesión resulta, que ya durante el combate de San Juan hubo un batallón, el primero del 71.º regimiento de Infantería, que se desbandó y volvió la espalda en desorden sobre las tropas que le precedían. En su *Repport,* dice el General Hawkins, que «los oficiales de su Estado Mayor tuvieron que formar un cordón detrás de los fugitivos obligándoles á seguir adelante, y que últimamente tuvo que mandarles que se echasen en la manigua para dejar el camino libre para el resto de su regimiento y de la división». El caso es bochornoso, pero es exacto, por cuanto á consecuencia de esos hechos fueron sometidos á consejo de guerra el Coronel, el Teniente Coronel y un Mayor del 71.º de New-York y reconocidos culpables de cobardía. También confiesan que les favoreció en el avance el ángulo muerto que la pendiente de la loma producía.

Al llegar á la posición, declaran los americanos que las tropas se encontraban agobiadas por la

fatiga y el calor, habían arrojado su equipo y sus provisiones, no tenían útiles para atrincherarse: el transporte de heridos embarazaba el camino, las ambulancias de Sanidad escaseaban, el material sanitario faltaba, pues había quedado la mayor parte á bordo y en Siboney por falta de medios de conducción, hasta el punto de que los médicos tenían que llevar los medicamentos en sus propios caballos. Muchos heridos murieron sin asistencia sobre el campo de batalla (1), y á todo eso hay que agregar el rigor del clima, la estación, la fiebre amarilla, poderosos auxiliares contra los invasores no aclimatados, así que es fácil presumir lo quebrantada que estaría su moral después de tan tremenda prueba.

Lo declaran, entre otros, el Teniente Miley, que dice: «la fatiga causada por los dos días de combate comenzó á hacerse sentir seriamente sobre los soldados y sobre los oficiales, y en la tarde del día 2, muchos de estos últimos fueron á buscar á los Generales Wheeler y Kent, para su-

(1) Esto lo niegan los partidarios de Shafter, que aseguran que 74 cirujanos esperaban en el campo de combate y 70 inmediatamente á retaguardia, y que de 1.431 heridos sólo murieron de las heridas 31.

plicarles pensasen en retirarse de las alturas de San Juan. Análogas indicaciones fueron hechas al General Shafter».

Este, hallábase profundamente abatido y enfermo desde el 30, hasta tal grado, que en todo el día 1 y 2 no salió de su cuartel general, ni se le vió durante los combates. Richard Harding Davis, dice que «*el General se confesaba moral y físicamente aniquilado*»; así que, ante las pérdidas sufridas, decidió el día 2 por la mañana pedir la cooperación á la Marina, telegrafiando á Sampson lo que sigue:

«Yo deseo vivamente que hagáis una tentativa inmediata para forzar la entrada del puerto, á fin de evitar nuevas pérdidas á mis tropas que acaban de ser duramente probadas. A vos, os es fácil obtener el éxito con menos pérdidas de vidas que á mí.»

Sampson contestó, que no podía entrar mientras no se levantasen las defensas submarinas, peró á un nuevo despacho de Shafter, expuso, que «si su deseo expreso era que la escuadra forzase la entrada se prepararía á hacerlo» y convino una entrevista con Shafter para el día siguiente. A las seis de la tarde del día 2 hubo en El Pozo un consejo de guerra de Generales, y gracias á la energía del

viejo General Wheeler, se decidió esperar veinticuatro horas más, mas el General Shafter seguía pensando arraigadamente en la retirada, y el 3 por la mañana telegrafió al Ministro de la Guerra como sigue:

«Hemos investido la plaza por el N. y por el E., pero nuestra línea es muy débil. Al aproximarnos á la plaza hemos encontrado defensas fuertemente organizadas, que me será imposible tomar por asalto con las fuerzas de que dispongo. Yo pienso seriamente en retirarme y tomar posición á cinco millas próximamente sobre las alturas entre el río San Juan y Siboney».

El Ministro contestó oponiendo el veto á esa proposición y encareciendo que se conservasen las alturas de San Juan.

Así y todo, es posible que hubiera acaecido la retirada, á no haber venido otra terrible fatalidad sobre nuestra causa.

¡La salida de la escuadra!

Era preciso, según vemos, una gran suerte, para que aquella decaída moral del enemigo se levantase.

Esa suerte, llegó también en este caso á favorecer á los americanos.

El día 3, cuando se cruzaban esos telegramas

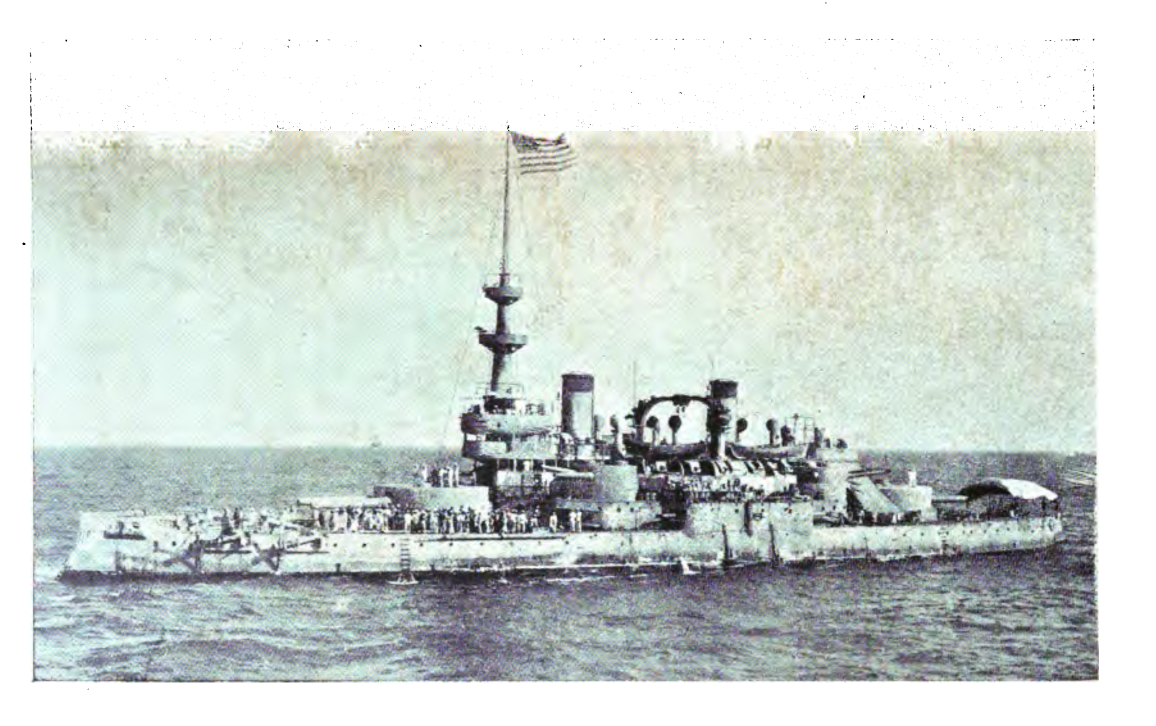
desesperantes entre Shafter y su Gobierno, nuestra escuadra salía del puerto y era destruída.

La salida de la escuadra, fué, pues, para los americanos, una enorme ventaja. Su destrucción rápida reanimó su moral decaída (1).

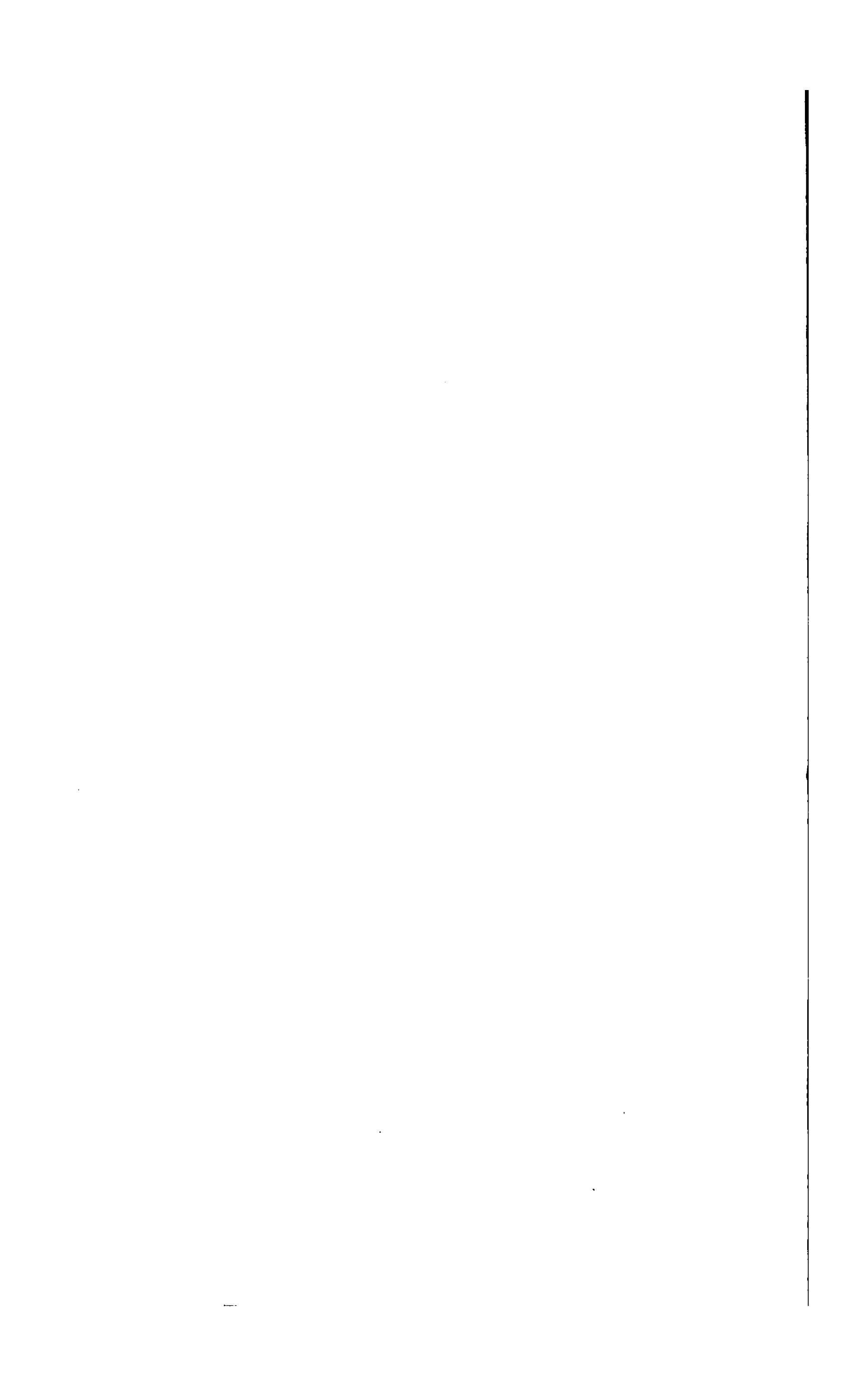
¿No debió salir la escuadra? Difícil es contestar. Estaba irremisiblemente perdida. ¡No debió entrar en Santiago! ¡No debió salir de Cabo Verde!

---

(1) Felizmente para los americanos, la moral de sus adversarios estaba todavía más quebrantada que la suya, y al tiempo que Shafter, desesperando de su empresa, reclamaba de Sampson que entrase forzando el paso de la bahía, la escuadra de Cervera recibía orden de salir de su refugio haciéndose destruir en el momento preciso en que partía para Washington el descorazonado telegrama de Shafter.—*(Revue Militaire.)*



BARCO TIPO DE LA ARMADA AMERICANA.—ACORAZADO «OREGON»



CAPÍTULO VII.

Salida de la escuadra.

Opiniones de críticos extranjeros acerca de la entrada de la escuadra en Santiago. — Dificultades para repostar carbón y agua. — Amagos de salida de la escuadra.—El General Blanco es nombrado jefe de las fuerzas de mar y tierra. — Diferencia de criterio entre Blanco y Cervera.

En un libro recientemente publicado, que lleva por título *Les flotes de combat étrangeres en 1900,* y del que es autor el Comandante *Balincourt,* aparecen, en la parte dedicada á nuestra Patria, las siguientes líneas, que á manera de fúnebre epitafio, contristan el alma y anublan el entendimiento.

«Al hablar de España, y sin extendernos acerca de acontecimientos aún presentes en la memoria de todos, no podemos sino deplorar la mala organización y la impericia absoluta que condujeron á la derrota á una Marina descendiente de las primeras del mundo: contentémonos con saludar respetuosamente á los marinos que supieron, como verdaderos hijos de héroes, hacerse matar inútilmente en Cavite y en Cuba, y compadezca-

mos á los jefes que los mandaban sostenidos por el sentimiento del deber, ya que no por la esperanza de la victoria; deseamos, por último, ver la Marina española purgada de todas sus ramas coloniales y convertida en puramente continental, recobrar su antiguo vigor y su puesto en Europa.

»Citemos, para terminar, los nombres de los barcos de guerra que han perecido en el campo de batalla, sucumbiendo á un fuego que los documentos más precisos nos presentan como aterrador, en efectos que la batalla del Yalu había hecho ya prever.»

Y sigue á esa triste oración, la lista de los seis barcos destrozados en el combate naval del 3 de Julio del 98.

No es sola, la manifestación de que debemos hacernos cargo, en holocausto á la escuadra de Cervera.

Queremos que este libro, registre las opiniones de los pensadores más importantes de la literatura militar y naval respecto á nuestras desgraciadas últimas campañas, y en tal concepto, parécenos oportuno transcribir lo que en interesante obra dice el Capitán americano Mahan.

Del 12 al 21 de Mayo, ó sea desde el bombardeo de Puerto-Rico al establecimiento de las dos

divisiones navales en los puntos donde debían hallarse á primeros de mes si los Estados-Unidos hubiesen estado bien preparados, transcurrieron diez días.

Todo puede pasar—dice Mahan;—pero lo sucedido debe servir de enseñanza para el porvenir. «Nosotros—agrega—no podemos soñar en tener jamás otro adversario tan completamente incapaz como se mostró España, y á pesar de eso, la división Cervera llegó á Santiago de Cuba el 19 de Mayo, dos días antes que nuestras escuadras hubiesen aparecido delante de la Habana y de Cienfuegos, con todas las fuerzas de que podían disponer. Si el Almirante español hubiera ensayado entrar en uno ó en otro de estos puertos, con el mismo andar que conservó para hacerse á Santiago—siete nudos y cinco décimas próximamente,—él hubiese podido salir de Curaçao la noche del 15 de Mayo, y llegar á Cienfuegos el 21 entre media noche y el amanecer, lo que le hubiese permitido entrar en el puerto á las ocho de la mañana, más de doce horas antes de la llegada de la escuadra volante americana».

Este mismo Mahan, tratadista naval de verdadera fama, dedica otro pasaje de su libro á analizar las hipótesis del rumbo que podía tomar la es-

cuadra desde Curaçao, concluyendo por opinar que no era probable intentase la entrada en la Habana.

Puntos son esos que no procede tratar á la ligera, y que al fin, no representan para nuestro objeto de narradores de hechos, decisiva importancia, pues la que tienen, hay que relacionarla con detalles de orden técnico, para nosotros poco conocidos, cual el abastecimiento de agua y de carbón de los buques, y la necesidad de reparar, limpiar calderas y fondos y remediar los efectos de una larga navegación.

Por parte de los críticos extranjeros, este asunto de la entrada y destrucción de la escuadra es el más profusamente analizado en libros, revistas y periódicos, de modo que existe amplia base para escribir, no sólo un libro, sino una biblioteca entera.

En nuestra Patria, también los escritores profesionales navales han dado á la publicidad varias obras que ilustran el punto de que nos ocupamos, y así como sobre la participación del Ejército en la guerra hispano-americana se ha escrito poco, la de la Marina se halla más explicada, pudiendo citarse, entre otras, la obra del Capitán de navío don Víctor M. Concas, titulada *La escuadra del Almi-*

rante Cervera, y últimamente, la notable *Colección de documentos referentes á la escuadra de operaciones de las Antillas,* que, previa autorización de Real orden, ha publicado el propio Almirante.

De carácter oficial, conocemos un tomo de documentos relativos á las operaciones de la escuadra americana, publicado por el Ministerio de Marina, que en algunos detalles discrepa de los que el libro de Cervera contiene.

Concuerdan las opiniones, en que la escuadra estaba irremisiblemente perdida desde que salió de Cabo Verde, y relatando el derrotero penoso que siguió en busca de carbón, hasta tocar en Curaçao, llegan al punto interesante de su entrada en Santiago de Cuba el 19 de Mayo de 1898, momento que tomamos de punto de partida al empezar este capítulo.

Al júbilo que siguió á ese acontecimiento, vino á suceder la calma y la cavilación por las consecuencias que consigo traería.

Ante todo, presentábase pavoroso el problema del abastecimiento de carbón y agua. Para renovar las 600 toneladas de agua de las calderas, sólo se disponía de cuatro aljibes en el puerto, que hacían dos viajes al día, y podían contener el que

más seis toneladas. Es decir, que entre todos transportaban cada día 48 toneladas.

El carbón escaso que allí tenía el Estado, hallábase en un sitio donde con dificultad atracaban los lanchones, y con todos los elementos alquilados y la ayuda del Ejército, escasamente se podía conseguir meter á bordo 150 toneladas diarias (1). El vapor inglés *Restormel,* que llevaba carbón á la escuadra, fué apresado el 25 de Mayo á la vista del puerto, y el 26 ya se hallaba la escuadra de Schley frente á Santiago, siendo por lo tanto inexacta la afirmación que se hace, de que nuestros buques estuviesen en Santiago, diez días, sin ser bloqueado el puerto.

El 26 de Mayo, reunió el Almirante Cervera, junta de Capitanes para resolver si se debía salir, estando ya encendidas con tal objeto las calderas.

---

(1) Las dificultades de avituallamiento, y sobre todo la falta de carbón — escribe un crítico extranjero, — habían impedido, sin duda, á Cervera á salir de Santiago de Cuba antes del 29 de Mayo en que los americanos completaron su bloqueo. La salida con fecha anterior, si acaso pudo hacerse, no podía llevar por plan la acción ofensiva, sino tan sólo buscar otro puerto de refugio menos alejado, cual Cienfuegos ó la Habana.

No habiendo salido antes que los americanos cerraran el bloqueo estrecho con fuerzas cien veces mayores, la destrucción de la escuadra parecía inevitable.

Los motivos que lo impidieron, están explicados en los siguientes documentos:

Acta.— El día 24 de Mayo de 1898, llamados por el Almirante, se reunieron en la cámara de éste, el General segundo Jefe, los Comandantes de los acorazados, el Jefe del Estado Mayor y el de la primera división de torpederos.

El Almirante dió conocimiento de las noticias recibidas desde la tarde de ayer, procedentes del General Gobernador de la isla, del Comandante General del Apostadero y del Gobierno de S. M., que aseguran que la escuadra del Almirante Schley salió de Cayo Hueso el día 20 del corriente con rumbo al Sur de la isla de Cuba, y que la escuadra del Almirante Sampson se encontraba ayer á la vista de Cienfuegos, componiendo cada una de ellas fuerza muy superior á la de esta escuadra, y como quiera que la permanencia durante el día de ayer de cuatro buques á la boca del puerto, prueban la exactitud de las noticias, expuso la necesidad de oir las opiniones sobre lo que pudiera hacerse que fuese más acertado con la escuadra.

Las disposiciones tomadas desde el día de ayer, fueron las convenientes para salir al amanecer con rumbo á Puerto-Rico, donde se habían puesto los telegramas necesarios para detener en aquel puerto al buque carbonero y al trasatlántico *Alfonso XIII*, que el telegrama del Gobierno ponía á disposición de la escuadra.

La situación de las fuerzas enemigas, su número é importancia, hicieron que unánimemente se considerase imposible la realización de este plan, dado que el andar máximo de esta escuadra puede calcularse en 14 millas, por ser éste el del *Vizcaya*, como consecuencia del estado de suciedad de sus fondos, teniendo en cuenta que los buques sólo han podido repostarse de la tercera parte de su combustible, considerando que las condiciones del puerto obligan en la salida á que ésta se efectúe uno á uno á poca velocidad, lo que pudiera obligar á tener que retroceder al que, ó los que primero saliesen, aunque sólo fuese para un reconocimiento, con la consiguiente pérdida de fuerza moral, todos los jefes expresados fueron de opinión de que el peligro cierto de la salida era muy superior á las pocas ventajas que pudieran obtenerse logrando alcanzar el puerto de San Juan de Puerto-Rico, hacía considerar necesario aban-

donar este proyecto y el continuar en este puerto repostándose de todo lo necesario y de que haya existencias, con el fin de utilizar cualquier circunstancia que pudiera presentarse para salir del puerto, hoy bloqueado con fuerzas tan notoriamente superiores.

Todos los jefes expresados fueron igualmente de opinión de que la situación en que hoy se encuentra esta escuadra, la obligá á permanecer en este puerto.

Pascual Cervera.—José de Paredes.—Juan B. Lazaga.—Victor M. Concas.—Fernando Villaamil.—Joaquín Bustamante.—Antonio Eulate.—Emilio Días Moreu.

Acta.—El día 26 de Mayo de 1898, llamados por el señor Almirante se reunieron en su cámara el General segundo Jefe, los Comandantes de los acorazados, el Jefe de Estado Mayor de la escuadra y el de la división de torpederos.

El Almirante dió conocimiento de las últimas noticias referentes á los movimientos de las escuadras enemigas y pidió opiniones sobre la conveniencia de salir hoy, aprovechando la circunstancia del mal tiempo reinante; por unanimidad se convino que se debía salir para Puerto-Rico y se dió orden de encender todas las calderas y estar listos para las cinco de la tarde.

A las dos de la tarde señaló el semáforo la presencia de tres buques enemigos, lo que, unido á lo que aclaraba el tiempo, decidió al Almirante á volver á convocar á los jefes citados. Entonces se suscitó la duda, ya apuntada en la reunión de la mañana, de si la marejada reinante permitiría la salida franca de los buques.

Para resolverla, se llamó al práctico llamado Miguel, que es el que ha piloteado á la capitana, el cual, según opinión del Capitán del puerto, es el más inteligente de todos (á excepción del mayor, que se halla enfermo).

Este práctico dijo que no encontraba dificultad para sacar á cualquier hora del día ó de la noche con el tiempo reinante al *Teresa*, al *Vizcaya* y al *Oquendo*, que sólo calan de 7'10 á 7'20 m., pero que la salida del *Colón*, que cala 7'60, podría ofrecer dificultades á causa de una laja de muy poca extensión que hay sobre la punta del Morrillo, en la que sólo hay 27 ½ pies ingleses de agua. Para que formara mejor juicio sobre el estado de la mar, se le envió á la boca y regresó diciendo que

creía muy probable que á causa de la marejada tocara el barco (diera *una culada*, en términos vulgares) sobre la referida laja. En tal estado, el Almirante hizo la siguiente consulta en el supuesto de que la escuadra ha de salir toda sin dejar en el puerto más que á los cazatorpederos: ¿Conviene arrostrar los riesgos de avería del *Colón* ó no efectuar la salida en espera de que se presenten mejores circunstancias?

Hecha así la pregunta, opinaron por la salida los Sres. Concas y Bustamante por las razones que más adelante exponen y opinaron que no se debía salir todos los demás señores menos el Almirante, que se reservó su opinión, y de orden suya se levantó la presente acta.

José de Paredes.—Antonio Eulate.—Juan B. Lazaga.—Emilio Díaz Moreu.— Fernando Villaamil.

Voto particular.—Las razones que he tenido para opinar por la salida inmediata de la Escuadra, á pesar del dicho del práctico Miguel, son las siguientes: Mi impresión sobre la situación probable de las escuadras enemigas, es la que, resumiendo las suyas, formuló el Almirante. Hoy es casi seguro que no están sobre este puerto; mañana es casi seguro que lo estarán. Partiendo de esta base, que creo muy fundada, he raciocinado del modo siguiente: Nuestra escuadra, bloqueada por fuerzas superiorísimas, tiene poquísimas probabilidades de salir *unida* forzando el bloqueo. El hacerlo cada buque á la ventura no encaja bien en mi modo de sentir y me parece expuesto á perder alguno ó algunos buques. El salir francamente á presentar combate me parece hasta inhumano, por lo seguro de la derrota, é impolítico, porque sería proporcionar un triunfo fácil al enemigo. Fuera de esto, no se me alcanza más recurso que el capitular como la plaza, cuando al cabo de un mes ó poco más nos encontrémos faltos de víveres, pues estamos completamente bloqueados por mar y por tierra. Y esta solución última es para mí más inadmisible aún que las anteriores.

Esta es, á mi juicio, la situación en que se encuentra la escuadra, y ante su inmensa gravedad, opto por la salvación de tres de sus buques, aun corriendo el riesgo de la pérdida marinera del cuarto, tanto más cuanto que no creo tan inminente esta pérdida, pues los prácticos siempre dejan un margen de seguridad ó resguardo y lo mismo hacen los hidrógrafos. El *Colón* cala, según manifestó su Comandante, 7'60 m., que son 24'93

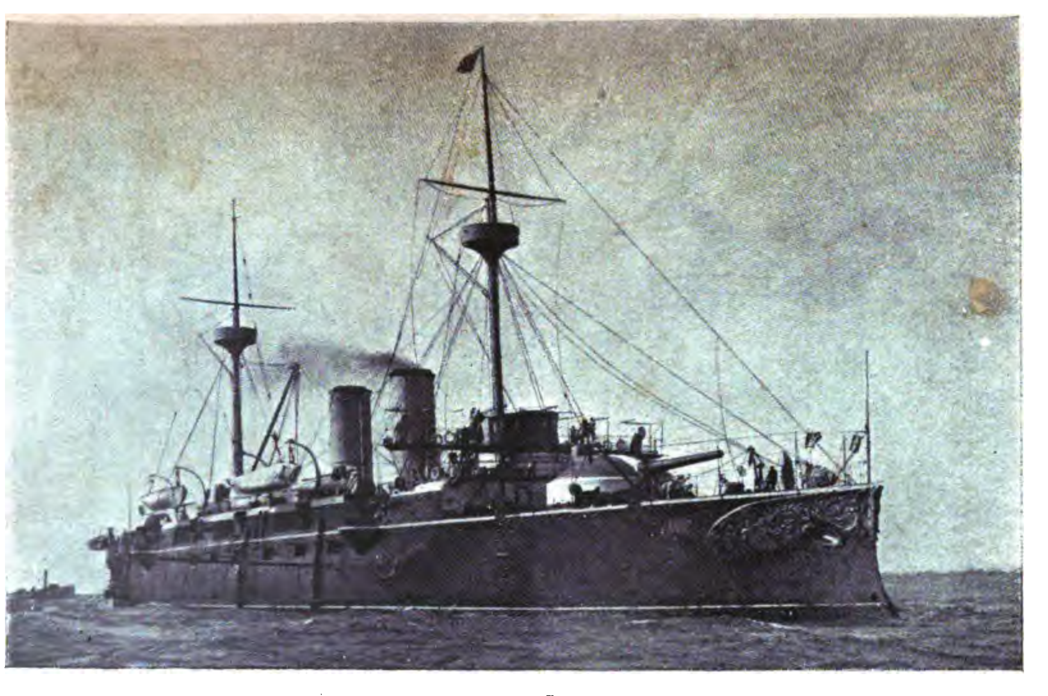
pies ingleses. La laja, según el práctico, tiene 27'50 y es de cortísima extensión (según indicaba, materialmente menor que la manga del salón del Almirante). Queda, pues, un margen de 2 1/2 pies ingleses largos y la marejada no me pareció excesiva esta mañana, que estuve en la boca del puerto y soplaba más el viento. Pudiera, pues, suceder que el *Colón* pasara sin que le cogiera un golpe de mar sobre la laja, y aun cuando le cogiera y tocara, no por eso sería seguro que la avería resultante le imposibilitara de seguir viaje y, sobre todo, repito que, dentro del orden de las probabilidades, creo preferible que el *Colón* (el que á mi juicio hubiera debido salir el último) se quedara perdido en la boca del puerto, á lo que temo que nos espera. Esta es mi opinión que deseo en verdad sea equivocada, pero me la dicta mi conciencia y no puedo reservarla.—*Joaquín Bustamante.*



Aceptando por completo el voto del Capitán de Navío señor Bustamante, agregaré que la escuadra enemiga que viene de Cienfuegos y que esperábamos esta mañana, detenida seguramente por el temporal, puede estar aquí al amanecer, desde cuyo momento el bloqueo habrá que romperlo contra fuerzas inmensamente superiores, aun sin contar con la otra escuadra que se anuncia que viene por el canal viejo.

Para hacerse cargo de la gravedad de la situación de la plaza, hay que tener en cuenta que al Ejército y á la Marina se le deben once meses de sueldo, que el primero debe casi tanto de sus provisiones y que el comercio no quiere aumentar la deuda, estando como está la retirada en la mente de todos y de hecho la Hacienda fuera de nuestras manos por la autonomía. Por consiguiente, Santiago de Cuba, bloqueado por tierra y por mar, está sitiado por sí mismo, que es el bloqueo más efectivo, pues no hay víveres ni nadie hace nada por traerlos. Por consiguiente, la capitulación se impondrá en un plazo brevísimo, arrastrando con ella á la escuadra.

Del mismo modo que el Capitán de Navío Bustamante, considero muy lejano el peligro del *Cristóbal Colón*, y si bien en tiempo ordinario no debiera salir, y quizás ni haber entrado, hoy las circunstancias imponen que se corra el riesgo, hasta de pérdida total, que considero remotísimo, pues el plazo de vein-



BARCO TIPO DE LA ARMADA ESPAÑOLA.—CRUCERO «VIZCAYA»

te ó veinticinco días que nos quedan, no es suficiente para esperar ni una ocasión ni un cambio de circunstancias.—Santiago de Cuba, Mayo 26, 1898.— *Víctor M. Concas.*



Considero que las circunstancias no son tan extremadas para exponernos á perder el *Colón* por la mar que hay en la laja, en que la *Gerona,* de menos calado que él, perdió parte de la zapata, y en espera de que calme la mar y se presente otra ocasión, se suspende la salida.—CERVERA.

Acta. — El día 8 de Junio reunió el Almirante en su cámara á los Jefes de la escuadra para oir sus opiniones respecto á la situación de ésta. Invitados á hacerlo, lo hicieron por el orden y en el sentido siguiente:

Bustamante opinó, habidas en cuenta todas las circunstancias de existencia de víveres, error en superioridad de las fuerzas enemigas, etc., etc., porque se debía resueltamente aprovechar este obscuro de luna para efectuar la salida, y puesto que la situación durante la noche de la escuadra enemiga y las dificultades para la salida le parecen impedir que la escuadra salga en masa, que se efectúe en la forma siguiente: los cazatorpedos primero con rumbo al Sur, pasando á toda velocidad por los costados, ó mejor dicho, proximidades del *Texas* y los tres acorazados gruesos. Poco después saldría el *Colón,* que es el buque más andador de los cuatro, con rumbo al OSO. contra el *Brooklyn* que acostumbra á situarse en esta ala. Después el *Teresa* por el ESE. y más tarde el *Vizcaya* y el *Oquendo.* Cree que de este modo se produciría confusión en la escuadra enemiga que permitiría salvar cuando menos, el 50 por 100 de la nuestra, solución muy preferible en su opinión á la que entrevé de verse estrechado por falta de víveres y que no quiere admitir. Opinó también que la escuadra debe prepararse descansando unos días, sobre todo los cazatorpederos, cuyas tripulaciones es milagroso que resistan las fatigas del servicio nocturno diario que vienen desempeñando. Además cree ventajoso por todos conceptos (uno de ellos, el de cansar al enemigo) el que se le haga fuego siempre que se ponga á tiro, sobre todo á los proyectores con que exploran las inmediaciones de la boca durante las horas de obscuridad. Y por fin, en su ignorancia de

las medidas tomadas por el Almirante, opinó porque antes de intentarse la resolución extrema que propone, se diese conocimiento preciso al Gobierno de S. M. de la situación gravísima en que se encuentra la escuadra. Dada la forma en que ésta había de salir, cree que el punto de reunión debiera ser la Habana, en vez del de Puerto-Rico, que preferiría á salir toda la escuadra reunida.

El Capitán de Navío *Concas* opinó, que si desaparecía uno de los cruceros rápidos *Brooklyn* ó *New-York*, debía intentarse la salida inmediatamente. En caso contrario, debe intentarse la salida en las cercanías del novilunio, siempre con la escuadra unida y toda á un mismo rumbo, contando que el grueso de las fuerzas se aguanten como hasta la presente á cinco ó seis millas de la boca del puerto.

El Excmo. Sr. General segundo Jefe, y los Capitanes de Navío Comandantes del *Colón, Oquendo, Vizcaya* y el de la primera división de torpederos, opinan que dada la impunidad con que cuenta la escuadra bloqueadora por la escasa defensa de la boca del puerto que le permite acercarse á una milla de ella, siempre que lo considera conveniente, dadas las condiciones del puerto, cuya salida se ha dificultado por la situación del *Merrimac* y en la que necesariamente ha de emplearse un tiempo tal, que permitiría concentrar sobre la boca fuerza siempre muy superior, aunque el enemigo no se apercibiese de la salida del primer buque que la emprendiera, no debe intentarse la salida mientras subsistan las circunstancias presentes, y por el contrario, tomar todas las medidas militares que los recursos permitan para reforzar las defensas de la boca del puerto, con el fin de precaver un ataque con torpederos ó embarcaciones menores que pudieran presentarse en ella protegidos por un buque ó más de combate, y resistir con la escuadra en este puerto, reteniendo ante él la mayor parte de la fuerza naval enemiga, como el servicio más importante que puede prestar para la defensa general de la isla.—Consideran igualmente conveniente poner al abrigo los cazatorpederos, para permitir, no sólo descanso á sus tripulaciones, sino evitar que con un golpe de mano pudieran ser abordados en un ataque de noche con embarcaciones menores.

José de Paredes.—Juan B. Lagaza.—Victor M. Concas.—Emilio Díaz Moreu.—Antonio Eulate.—Fernando Villaamil.—Joaquín Bustamante.

El Capitán General de Cuba (Blanco) al Ministro de la Guerra (Correa). *(Habana 20 Junio 1898).*—Sensible ha sido que la independencia de que goza escuadra Cervera me haya impedido intervenir en sus operaciones, no obstante pesar sobre mí sus consecuencias, pues han variado por completo, á causa de entrada y permanencia de aquélla en Santiago de Cuba, el nuevo objetivo y aspecto de la campaña, las existencias de víveres y de carbón y el aprovisionamiento de algunas plazas. Si por lo menos hubiese tratado ponerse de acuerdo conmigo, con General Linares y con el General del Apostadero, es posible que entre todos hubiéramos encontrado más ventajosa solución, en un principio, que las que hoy se ofrecen, que son: ó esperar resultado desigual combate dentro puerto, ó romper línea enemiga para tomar otro cualquiera, Haiti ó Jamaica, donde quedaría nuevamente encerrado; preferible quizá venir á Cienfuegos ó Habana — cosa posible aun en esos momentos—ó tomar rumbo á España, de no reforzarse, que sería lo mejor; todo, menos seguir encerrado en Cuba, expuesto á rendirse por hambre.—La situación es gravísima y no dudo que el Gobierno de S. M. ordenará en tan críticas circunstancias lo que sea más oportuno al bien de la Patria y al honor de nuestras armas, haciéndole respetuosamente presente la conveniencia de unificar la acción militar en la presente guerra, disponiendo resida en mi autoridad el mando en Jefe de todas las fuerzas de mar y tierra destinadas á estos mares.

Acta. — El día 24 de Junio, reunidos en la cámara del señor Almirante, el General segundo Jefe y los Capitanes de Navío que firman, no asistiendo el Jefe de Estado Mayor por estar en tierra con fuerzas de marinería, dió lectura dicho señor Almirante de un telegrama del Ministro de Marina fecha de ayer, recibido hoy, en el que dice que el Gobierno aplaude el propósito de salida en primera ocasión; y después de exponer cada uno su opinión, sobre la situación presente, acordaron con la más completa unanimidad, declarar que, desde el día 8 ha sido y continúa siendo absolutamente imposible dicha salida.

Y dada lectura por el señor Almirante del telegrama puesto ayer al señor Ministro exponiéndole esta circunstancia y la posibilidad de que en muy breves días sea preciso destruir los buques, acordaron con la antedicha unanimidad, hacer suyo cuanto se expresa en dicho telegrama, como manifestación

exacta de las penosas circunstancias en que se encuentran estas fuerzas.

Firmando esta acta á los efectos correspondientes á bordo del crucero *Infanta María Teresa.*—Santiago de Cuba á 24 de Junio de 1898.

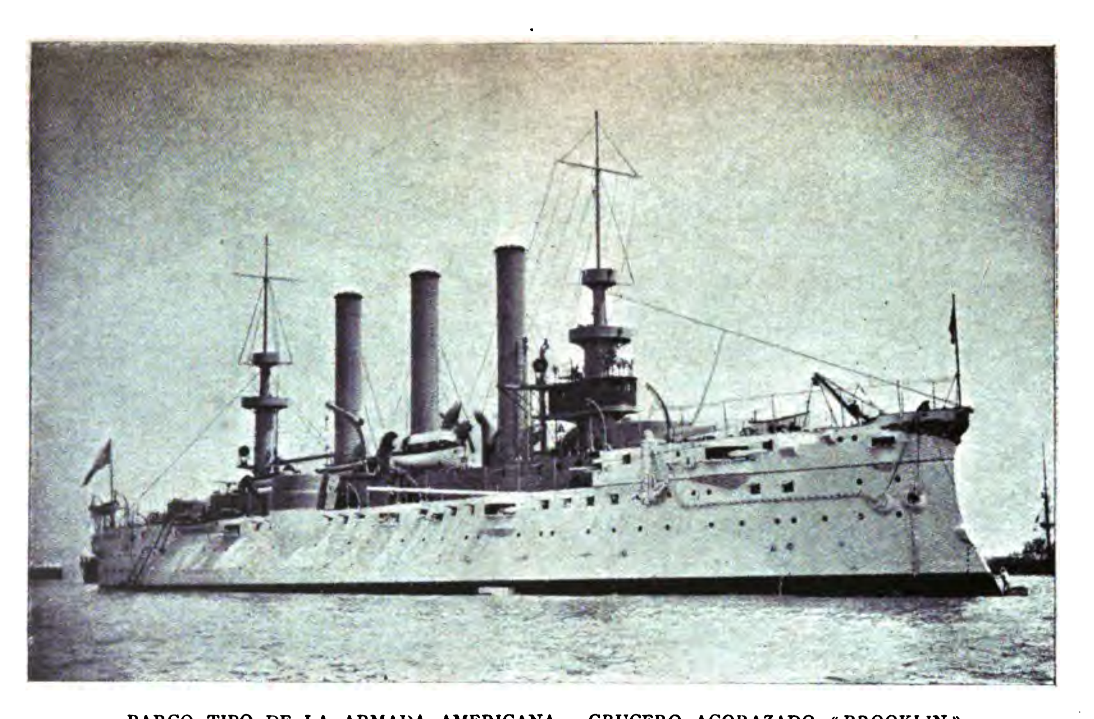
José de Paredes.—Juan B. Lazaga.—Fernando Villaamil. Emilio Diaz Moreu.—Antonio Eulate.—Víctor M. Concas, Secretario, Jefe de Estado Mayor interino.

Y en esas condiciones, después de grandes vacilaciones y de complicada correspondencia telegráfica entre el Gobierno, el Almirante Cervera y el General Blanco, y de proponerse desde Madrid, en 3 de Junio, que la escuadra saliese para ir á Filipinas y que luego volvería á Cuba, á lo que se opuso el General Blanco por temor á las complicaciones y desórdenes que resultarían en la isla (1), llegó el 1.º de Julio, en que el Gobierno dirigió al General en Jefe los siguientes telegramas:

El Ministro de la Guerra (Correa) al Capitán General de Cuba (Blanco). *(Madrid 24 Junio 1898.)*—Según acuerdo Gobierno, prevendrá Ministro Marina á General Cervera, que escuadra de su mando, sin destino definido hasta ahora, lo tenga en esa isla para cooperar á su defensa, y ya en este caso, ejerce V. E. sobre ella, como sobre las demás fuerzas navales que operan en territorio de su mando, las facultades que terminantemente le atribuyen Ordenanzas del Ejército y Armada, confirmadas por Real orden de 29 de Octubre de 1872.

---

(1) Los hechos han demostrado que todo eso era pura teoría, pues caso de salir hubiese sido destruída.



BARCO TIPO DE LA ARMADA AMERICANA.—CRUCERO ACORAZADO «BROOKLIN»

El Ministro (Auñón) al Almirante (Cervera). *(Madrid 24 Junio 1898.)*—Para dar completa unidad á la dirección de la guerra en esa isla, considérese V. E. mientras opere en aguas de ella, como Comandante General de escuadra de operaciones y proceda en sus relaciones con el General en Jefe conforme Real orden de 13 de Noviembre de 1872, dictada por este Ministerio y artículos Ordenanza que menciona; pudiendo desde luego ponerse en comunicación directa con dicha autoridad y cooperar con la escuadra a la realización de sus planes.

El Almirante (Cervera) al Ministro (Auñón). *(Santiago de Cuba 25 Junio 1898.)*—Aunque siempre me he considerado subordinado del General en Jefe, doy á V. E. las gracias por esta disposición que da fuerza legal á las relaciones ya establecidas y, dando unidad á las operaciones *me relevará* de tomar por mí mismo resoluciones extremas de la mayor gravedad.

Quedaban de hecho á la resolución del General Blanco, las decisiones futuras respecto á la salida de la escuadra, que se ordenó después de largo trámite, condensado en las siguientes comunicaciones que tomamos del libro ya citado del Almirante Cervera, publicado por Real autorización, y que creemos oportuno reproducir, sin comentarios, para dar idea de esa controversia original entre las dos tendencias: una que proponía resistir dentro de la bahía hasta el último trance, y otra, la de lanzarse al mar á la ventura.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco). *(Santiago de Cuba 25 Junio 1898.)*—Ministro de Marina ordena me ponga á las órdenes de V. E. según lo mandado en Real orden 13 Noviembre 1872, lo que hago con el mayor gusto.—Creo de mi deber exponer el estado de la escuadra. De 3.000

cargas para cañón Hontoria de 14, sólo 620 son de confianza, las demás han sido clasificadas inútiles, no habiéndose reemplazado por faltar existencias á la salida; dos cañones Hontoria de 14 del *Vizcaya* y uno del *Oquendo* no ofrecen confianza, habiéndose mandado cambiar por otros; el mayor número de los estopines ofrece poca confianza; carecemos de torpedos Bustamante; al *Colón* le falta su artillería gruesa; *Vizcaya* está muy sucio y ha perdido su velocidad; *Teresa* no tiene cañones de desembarco y los del *Vizcaya* y *Oquendo* son inútiles; tenemos poco carbón y víveres para todo Julio. Escuadra de bloqueo es cuatro veces superior, por lo que la salida sería nuestra destrucción absolutamente segura. Tengo mucha gente en tierra para reforzar la guarnición, de la que me considero solidario.—Creo deber decir á V. E. que el 23 dirigí al Gobierno el siguiente telegrama:—El enemigo se ha apoderado ayer de Daiquiri; hoy, seguramente, ocupará Siboney, á pesar de brillante defensa. El curso de estos sucesos es muy doloroso, aunque previsto. Han desembarcado tripulaciones escuadra para ayudar Ejército. Ayer salieron cinco batallones de Manzanillo; si llegan á tiempo prolongarán agonía, pero dudo mucho que salven la plaza. Como es absolutamente imposible que la escuadra escape en estas condiciones, pienso resistir cuanto pueda y destruir los buques en último extremo.—Esto expresa mi opinión de conformidad con los Comandantes de los buques. Espero instrucciones de V. E.

El Comandante General de la División de Cuba *(25 Junio 1898)*.—Excmo. Sr. D. Pascual Cervera.—Mi querido General y amigo: En cable cifrado que recibí anoche, me dice el General en Jefe, entre otras cosas, lo siguiente: «Ruego á V. E. diga al Almirante Cervera que desearía conocer su opinión y sus propósitos, opinando yo que debería salir de ahí cuanto antes para donde juzgara conveniente, pues situación en en ese puerto es á mi juicio la más peligrosa de todas. Anoche sólo había ahí siete barcos de guerra, y en Cienfuegos tres y aquí nueve, á pesar de lo cual forzaron con facilidad línea de bloqueo el *Santo Domingo* y el *Montevideo*, que salieron á las dos de la madrugada. Si perdiéramos la escuadra sin combatir, el efecto moral será horrible dentro y fuera de España.»—Y sin otra cosa, etc.— Arsenio Linares.

Santiago de Cuba 25 Junio 1898.—EXCMO. SR. D. ARSENIO LINARES.—Mi querido General y amigo: Recibo su interesante carta de hoy, que me apresuro á contestar.—El General en Jefe tiene la bondad de desear conocer mi opinión, y voy á darla tan explícita como debo, pero concretándome á la escuadra, que creo es lo que se me pide.—Creo á la escuadra perdida desde que salió de Cabo Verde, porque me parece insensato pensar otra cosa, dada la desproporción enorme que hay entre nuestras fuerzas y las enemigas.—Por esa razón me opuse enérgicamente á la salida, y aun creí sería relevado por alguno de los que opinaban en contra mía.—No pedí mi relevo, porque me parece que eso no lo puede hacer ningún militar que recibe orden de marchar al enemigo.—Desde que llegué aquí V. sabe la historia.—Si yo hubiese salido para Puerto-Rico, cuando un telegrama del Gobierno me hizo cambiar, mi situación sería la misma, sólo que habría variado el teatro que sería Puerto-Rico, sobre cuya isla habría caído la avalancha que ha venido á ésta. Yo creo que el error ha consistido en enviarla aquí.—Dice el General en Jefe que se ha forzado el bloqueo, y añadiré á usted que yo, con un barco de siete millas entré en Escombreras, y permanecí allí hora y media, estando ocupado por la escuadra cantonal; pero ¿hay paridad en esto y las circunstancias actuales? Sin duda no. La salida de aquí ha de hacerse uno á uno; no cabe ardid ni disfraz, y la consecuencia de ello, absolutamente segura, es la ruína de todos y cada uno de los barcos con la muerte de la mayor parte de sus tripulantes.—Si yo creyera que hay probabilidades de éxito, aunque fueran remotas, lo hubiera intentado á pesar de que, como digo antes, sólo hubiera cambiado el teatro de la acción á menos de haber ido á la Habana, donde tal vez la cosa hubiera cambiado.—Por estas razones, para que fuera en algún modo útil mi fuerza, ofrecí á usted desembarcar al mismo tiempo que el General en Jefe hacía á V. idéntica indicación.—Hoy, como antes, considero la escuadra perdida y el dilema es perderla destruyéndola si Cuba no resiste, contribuyendo á su defensa, ó perderla sacrificando á la vanidad la mayor parte de su gente, privando á Cuba de ese refuerzo, lo que precipitará su caída. ¿Qué debe hacerse? Yo, que soy hombre sin ambición, ni pasiones locas, creo que lo que sea más conveniente, y declaro, del modo más cotegórico, que la horrible y estéril hecatombe que significa la salida de aquí á viva fuerza, porque de otro modo es imposible, NUNCA sería yo quien la decretara, porque me creería responsable ante

Dios y la Historia, de esas vidas sacrificadas en aras del amor propio, pero no en la verdadera defensa de la Patria.—Hoy las circunstancias mías han variado en el orden moral, porque he recibido esta mañana un telegrama que me pone á las órdenes del General en Jefe en cuanto se refiere á las operaciones de la guerra; por tanto á él toca decidir si desembarco las dotaciones ó marcho al suicidio, arrastrando al mismo tiemo á estos dos mil hijos de España ó se emplean del modo que lo están.— Creo dejar contestada su carta, y me alegraré de que en esta contestación no se vea más que la noble y leal expresión del parecer de un viejo honrado que lleva 46 años de servir á su país como ha podido.—Quedo suyo, etc.—PASCUAL CERVERA.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco) *(Santiago de Cuba 25 Junio 1898)*.—Después de puesto mi anterior telegrama, recibo carta General Linares, transmitiendo telegrama de V. E. deseando conocer mi opinión. Ya va indicada en mi anterior, y la amplío ahora.—No es exacto que la escuadra de bloqueo haya estado nunca reducida á siete buques; sólo los seis principales representan más de triple fuerza que los cuatro míos. La falta de baterías que mantengan á distancia la escuadra enemiga, hace que esté siempre cerca de la boca del puerto, que iluminan, imposibilitando toda salida que no sea á viva fuerza. En mi juicio la salida implica seguramente la pérdida de la escuadra y del mayor número de sus tripulantes, determinación que yo no tomaría nunca por mí, pero si V. E. me lo ordena lo ejecutaré.—La pérdida de la escuadra se decretó, en mi juicio, al hacerla venir para aquí, de modo que no me ha sorprendido esta dolorosa situación. Vuecencia ordenará si marchamos á este sacrificio, que creo estéril.

El General en Jefe (Blanco) al Almirante (Cervera) *(Habana 26 Junio 1898)*.— Recibidos sus dos telegramas. Agradezco mucho satisfacción que expresa quedar á mis órdenes; yo me considero en ello muy honrado y deseo vea en mí el compañero más que al Jefe.—Me parece exagera Vuecencia algo dificultades salida; no se trata de combatir, sino de escapar de ese encierro en que fatalmente se encuentra escuadra, y no encuentro imposible, aprovechando circunstancias

oportunas, en noche obscura y con mal tiempo, poder burlar vigilancia enemigo y huir en el rumbo que crea V. E. más á propósito; pues, aun en el caso se apercibiera, de noche el tiro es incierto, y aunque sacara averías, nada representaría comparada con salvación barcos. Me dice V. E. que es segura pérdida Santiago de Cuba, en cuyo caso destruiría barcos, y esta es razón de más para aventurarse á salir, pues siempre es preferible al honor de las armas, sucumbir en un combate donde puede (haber) muchas probabilidades de salvarse; además, no es segura tampoco la destrucción de los barcos, pues podría suceder como en la Habana el siglo pasado, *en que* los ingleses nos pusieron por condición en la capitulación la entrega de la escuadra que estaba encerrada en el puerto. Por mi parte, repito, que creo muy difícil, por fuerte que sea escuadra enemiga, que saliendo en noche obscura y escogiendo oportunidad, reducción ó alejamiento parcial de buques enemigos y forzando máquina en dirección preconcebida, puedan ellos, aunque se aperciban, causar tanto daño. Prueba de ello la salida del *Santo Domingo* y *Montevideo* de este puerto con nueve en la línea de bloqueo, la del *Purísima,* de Casilda, con tres, y la entrada del *Reina Cristina* en Cienfuegos con otros tres. Bien sé que el caso de esa escuadra es más árduo, pero esos precedentes guardan proporción. Si esos cruceros llegan á ser apresados en cualquier forma dentro del puerto de Cuba, el efecto en el mundo entero será desastroso, y la guerra podrá darse por terminada en favor del enemigo. Hoy todas las naciones tienen la vista fija en esa escuadra, y en ella se cifra la honra de la Patria, como estoy seguro lo comprende V. E. El Gobierno opina del mismo modo, y el dilema no ofrece duda á mi juicio, tanto más, cuanto que abrigo gran confianza en el éxito, dejando completamente á discreción de V. E., cuyas dotes rayan á tanta altura, la derrota que ha de seguir, y si algún barco ha de quedar por poca marcha. Como dato favorable, diré á V. E. que Comandante crucero alemán *Giers,* ha expresado la opinión de que puede efectuarse salida escuadra sin exponerse á grandes riesgos.

El Ministro (Auñón) al Almirante (Cervera) *(Madrid 26 Junio 1898).*— Gobierno estima que en caso extremo á que se refiere en cablegrama del 23, antes de destruir nosotros mismos nuestra escuadra en puerto, debe intentarse sal-

vación total ó parcial, por salida nocturna, como opinaron algunos Jefes de esa Escuadra en juntas 26 Mayo y 10 Junio, y anunció V. E. en 28 Mayo.—Dígame si desembarcó tripulaciones á petición autoridad militar, y si cumplido auxilio reembarcaron.—El objeto de mi cablegrama del 24 que agradece, no es el bien personal, sino el mejor servicio de la Nación.—Evite comentarios que *se le atribuyan* interpretaciones desfavorables.

El Almirante (Cervera) al Ministro (Auñón) *(Santiago Cuba 27 Junio 1898).—Recibo C D 4097 (telegrama anterior).* Siento mucho incurrir en el desagrado del Gobierno por (lo oportunamente dicho) ***opinión dicha*** hace mucho tiempo, y á V. E. desde telegrama cifrado fecha 21 Mayo.—Tal cual está bloqueada boca del puerto, es la salida durante la noche más peligrosa que de día, porque están más cerca de tierra.—Desembarco tripulaciones ha sido petición autoridad militar por indicación del General en Jefe. Pido su reembarco, pero dudo mucho que se pueda efectuar antes de que lleguen refuerzos. Su *A D 0491* (telegrama del 24) así como todos los actos de V. E. tiene por objeto el mejor servicio, pero no quita resulte en mi beneficio, porque no ***soy yo*** quien ***decide*** la inútil hecatombe que se prepara.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco) *(Santiago de Cuba 27 Junio 1898).*—Recibo su cable y doy muchas gracias á V. E. por las benévolas frases que me dedica. Debo acatar los juicios de V. E. sin discutirlos, mucho más habiéndole dado mi opinión, formada después de madura reflexión. Siempre he creído que hay muchos marinos más hábiles que yo, y es muy sensible que no pueda venir alguno de ellos á tomar el mando de la escuadra, quedándome yo subordinado suyo. Considero el telegrama de V. E. como la orden de salida y en su consecuencia pido al General Linares el reembarco de las fuerzas que por indicación de V. E. han desembarcado. Suplico á V. E. que confirme la orden de salida, porque no está explícito y sentiría mucho no interpretar bien las órdenes de V. E.

El General en Jefe (Blanco) al Capitán General de Santiago de Cuba (Linares) *(Habana 27 Junio 1898)*.— *(Entre otras cosas)*.—Dígame sinceramente su opinión sobre escuadra, si cree puede salir y cuál solución le parece mejor.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco) *(Santiago de Cuba 28 Junio 1898)*.—El General Linares me contesta que no es posible reembarcar mis fuerzas hasta llegada tropas de Manzanillo.

El General en Jefe (Blanco) al Almirante (Cervera) *Cuba. (Habana 28 Junio 1898.)*—(Personal y reservado).—Recibido telegrama V. E. anoche. Deseoso de mejorar todo posible situación Cuba, me ocupo con afán en remitirle raciones; si lo consigo *podré enviarle* más refuerzos, prolongando así defensa, quizá levantamiento sitio, salvación escuadra; de no conseguirlo, se impone, como V. E. comprende bien, que ésta abandone ese puerto á pesar dificultades que reconozco. Mi resolución, por lo tanto, que desearé satisfaga V. E. es la siguiente: La escuadra permanecerá ahí y sin apurarse ni precipitarse, puesto que aún tiene raciones, acechará la ocasión oportuna para salir, dirigiéndose á donde V. E. juzgue conveniente; pero en el caso de que los acontecimientos se agravaran hasta el punto de creerse próxima la caída de Santiago de Cuba, la escuadra saldrá resueltamente, lo mejor que pueda, confiando su destino al valor y pericia de V. E. y de los distinguidos jefes que la mandan, que, indudablemente, confirmarán con sus hechos la reputación de que gozan.—Acuse recibo.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco) *(Santiago de Cuba 29 Junio 1898)*.—Recibido telegrama de V. E. Suplico repetición desde la palabra «agravaran» hasta el punto que le sigue, que está ininteligible. Todo lo demás se ejecutará en cuanto sea posible, porque la escasez de carbón lo dificulta. Estos buques necesitan doce horas para encender, y si están encendidos y listos para aprovechar cualquier ocasión, gasta cada uno 15 toneladas por día. Pero creo entender la síntesis de su orden.—Si se puede aprovechar una oca-

sión favorable, hacerlo, y si no, á última hora, salir, aun cuando sea segura la pérdida de la escuadra.—También pueden venir dificultades de que se apoderen de la boca del puerto.

El General en Jefe (Blanco) al Ministro de Marina (Auñón) *(Habana 30 Junio 1898).*—De acuerdo con lo prevenido por V. E. en telegrama de 24 del corriente, he dictado al Almirante Cervera las instrucciones siguientes: «La escuadra podrá permanecer ahí, sin apurarse ni precipitarse, puesto que aún tiene raciones, y acechará la ocasión oportuna para salir, dirigiéndose á donde V. E. juzgue conveniente; pero en el caso de que los acontecimientos se agravasen hasta el punto de creerse próxima la caída de Santiago de Cuba, la escuadra saldrá resuelta, lo mejor que pueda, confiando su destino al valor y pericia de V. E. y de los distinguidos jefes que la mandan que, indudablemente, confirmarán con sus hechos la reputación de que gozan».—Lo digo á V. E. para su debido conocimiento, rogándole me manifieste si las antedichas instrucciones merecen aprobación Gobierno.

El Ministro (Auñón) al Comandante General Apostadero (Manterola). *(Madrid 1.° Julio 1898).*—Transmita á General en Jefe que Gobierno aprueba sus instrucciones á Almirante Cervera.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco) *(Santiago de Cuba 1.° Julio 1898).*—Como continuación á mi cable de ayer, pongo en conocimiento de V. E. que el General Linares me contesta que, como se trata de plaza abierta con sólo movimientos de tierra y alambrada, no es posible determinar el momento de avisarme por correrse el riesgo de que potente columna rompa la línea ocupada por tener desplegadas todas sus escasas fuerzas, sin reservas para acudir á los puntos más avanzados; que sin embargo, me tendrá al corriente del curso del combate, por más que si fuera desfavorable, aquellos momentos no son los más á propósito para efectuar el reembarque de mis fuerzas.—Como sin ellas no pueden salir estos buques, á los que espera tan rudo combate á la salida, que en mi juicio serán destruídos ó apresados, como tengo

expresado á V. E., (y) pudiera llegar el caso de no poder cumplimentar sus órdenes, lo pongo en su conocimiento, suplicándole instrucciones.

Acta.—El día 1.° de Julio, á las siete de la noche, llamados por el Almirante los jefes que subscriben, dió lectura de los telegramas cruzados con el General en Jefe desde la Habana, en los cuales aquél dispone que á pesar de las observaciones hechas sobre el desastre que espera á la escuadra á la boca del puerto, salga ésta á viva fuerza y á todo evento en caso de ser inminente la pérdida de Santiago de Cuba. Seguidamente dió noticia de las operaciones militares verificadas en el día de hoy, en que el enemigo se ha apoderado del poblado del Caney y de la meseta de San Juan, y preguntada la opinión de los jefes de referencia sobre si consideraban que era llegada la ocasión en que dicho General en Jefe dispone la salida, manifestaron por unanimidad absoluta que consideraban que había llegado la ocasión en que el General en Jefe dispone la salida; pero que para ello es absolutamente imposible intentar la salida sin embarcar la gente que está en tierra defendiendo la plaza, que es hoy más de las dos terceras partes de la marinería y que al mismo tiempo, y según oficialmente ha manifestado el jefe de este cuerpo de ejército, no puede prescindir de este socorro, pues carece en absoluto de reservas y de fuerzas con que relevarlos en la extensa línea que defiende. Como consecuencia de lo anteriormente expuesto, entienden, que para coadyuvar con la mayor eficacia y condiciones de éxito para la defensa de la plaza sería conveniente obstruir la entrada del puerto.

José de Paredes.—Juan B. Lazaga.—Fernando Villaamil. Víctor M. Concas.—Antonio Eulate.—Emilio Díaz Moreu.

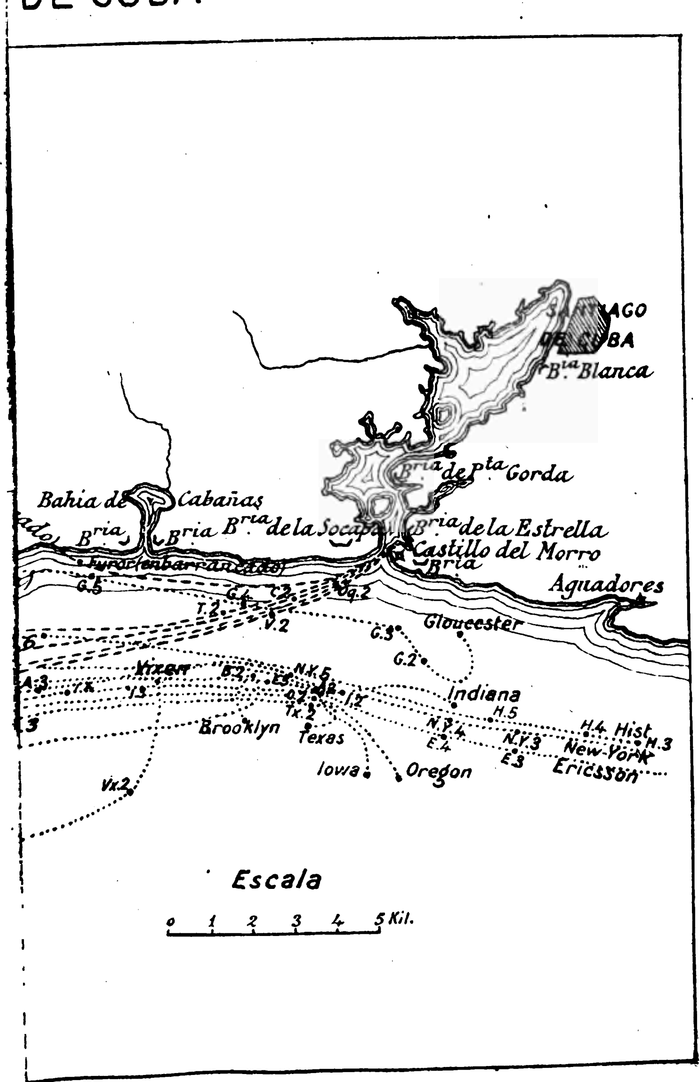
El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco). *(Santiago de Cuba 1.° Julio 1898) (n.)*—Por el General Toral conoce V. E. la jornada de hoy. Cree evidente que la retirada de mis fuerzas desembarcadas, implica la pérdida inmediata de la plaza. Sin ellas no puedo intentar la salida. Yo creo lo mismo que Toral y nuestra salida parecería una fuga que á todos repugna. Así opinan también mis capitanes. Suplico las instrucciones que le he pedido.

El General en Jefe (Blanco) al Comandante General Santiago de Cuba (Toral). *(Habana 2 Julio 1898).* —Recibido telegrama V. E. de la una y media. Comprendo situación difícil, pero no desesperada. —Si Escario ó Pareja se incorporan, mejorará mucho.—De todos modos sostenga Vuecencia la plaza á toda costa y antes capitulación procure unirse con alguna de aquellas fuerzas, dejando heridos y enfermos hospitales asistidos Cruz Roja; población no deberá destruirse á pesar lo que anoche le dije. — Lo esencial es que escuadra salga en seguida, pues si se apoderan de ella los americanos, España estará moralmente vencida y tendrá que pedir la paz á merced del enemigo.—Una plaza perdida puede recobrarse; la pérdida de la escuadra en estas circunstancias es decisiva y no se recobra.—No deje V. E. de telegrafiarme comunicándome los sucesos y sus impresiones.

El Capitán General de Cuba (Blanco) al Ministro de la Guerra (Correa). *(Habana 2 Julio 1898).—(Entre otras cosas).*—He ordenado salga escuadra inmediatamente, pues si se apodera enemigo boca puerto, está perdida.

El Comandante General Apostadero (Manterola) al Ministro (Auñón). *(Habana 3 Julio 1898).*—Comandante Marina Cuba me dice: «Salió nuestra escuadra, sosteniendo fuego vivísimo, que no se oye ya, con la enemiga; parece ha conseguido romper el bloqueo, dirigiéndose al Oeste.

DE CUBA



SANTIAGO DE CUBA
Bta Blanca
Bria de Pta Gorda
Bahia de Cabañas
Bria
Bria
Bria de la Socapa
Bria de la Estrella
Castillo del Morro
Bria
Aguadores
G.5
G.4
C.3
T.2
V.2
Oq.2
Gloucester
G.3
G.2
Vixen
B.2
N.Y.5
E.5
A.3
Tx.2
Indiana
H.5
N.Y.4
E.4
N.Y.3
E.3
H.4
Hist
H.3
New-York
Ericsson
Brooklyn
Texas
Iowa
Oregon
Vx.2
Escala
0 1 2 3 4 5 Kil.

CAPÍTULO VIII.

El combate naval.

Destrucción de la escuadra.—Parte del Almirante y de los Capitanes del *Oquendo*, *Vizcaya*, *Teresa*, *Colón*, *Furor* y *Plutón*.—Efecto de los proyectiles enemigos sobre nuestros buques.

Lo ocurrido, había sido lo que dan á conocer los siguientes partes del combate:

El Almirante Cervera al General en Jefe (Blanco).—Excmo. é Ilmo. Sr.: En cumplimiento de las órdenes de Vuecencia ilustrísima, con la evidencia de lo que había de suceder y tantas veces había anunciado, salí de Santiago de Cuba con toda la escuadra que fué de mi mando, en la mañana del 3 del corriente Julio.

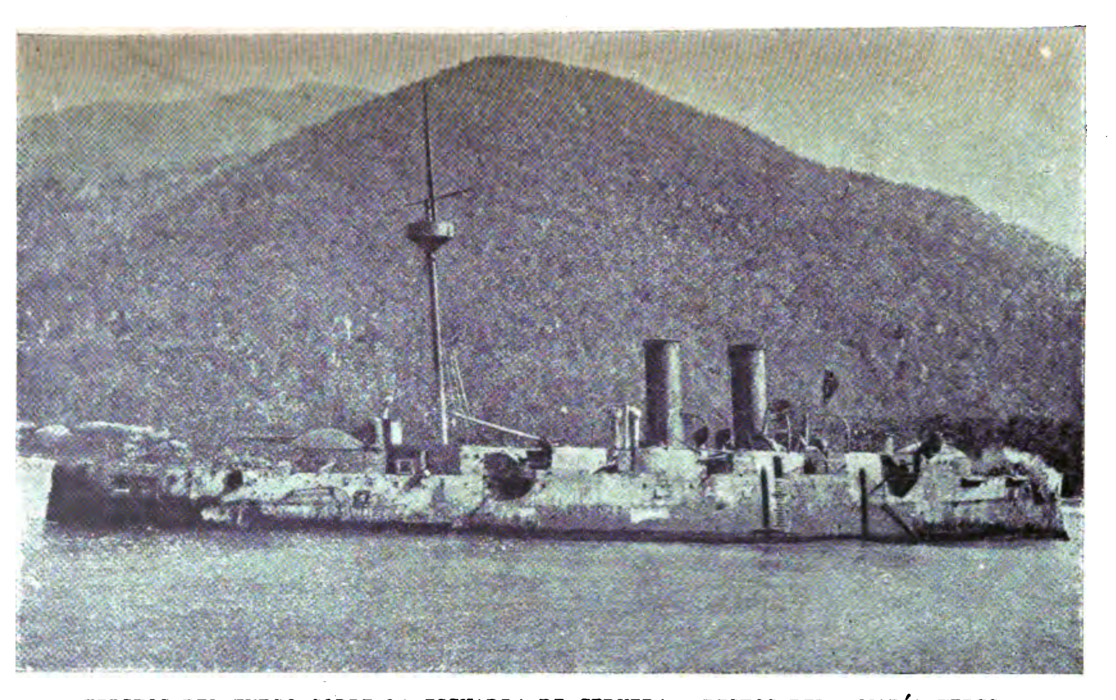
Las instrucciones dadas para la salida eran las siguientes: El *Infanta María Teresa*, buque de mi insignia, había de salir el primero, siguiéndole sucesivamente el *Vizcaya*, *Colón*, *Oquendo* y destructores. Todos los barcos tenían todas sus calderas encendidas y con presión. Al salir el *Teresa* empeñaría el combate con el enemigo que estuviera más á propósito, y los que le seguían procurarían dirigirse al O. á toda fuerza de máquina, tomando la cabeza el *Vizcaya*. Los caza-torpederos habían de mantenerse, si podían, fuera del fuego, expiar un momento oportuno para obrar, si se presentaba, y tratar de escapar con su mayor andar, si el combate nos era desfavorable.—Los buques salieron del puerto con una precisión tan grande, que sorprendió á nuestros enemigos, quienes nos han hecho muchos y muy entusiastas cumplimientos sobre el particular. Tan pronto como salió el *Teresa* rompió el fuego á las 9h 35m

sobre un acorazado que estaba próximo, pero dirigiéndose á toda fuerza de máquina sobre el *Brooklyn*, que se encontraba al SO. y que nos interesaba tratar de poner en condicionees de que no pudiera utilizar su superior andar. Los demás buques empeñaron el combate con los otros enemigos que acudían de los diversos puntos donde estaban apostados. Le escuadra enemiga constaba aquel día de los siguientes buques frente á Santiago de Cuba: *New-York*, insignia del Contralmirante Sampson; *Brooklyn*, insignia del Comodoro Schley; *Iowa*, *Oregon*, *Indiana*, *Texas* y varios buques menores, ó mejor dicho, trasatlánticos y yates armados.—Realizada la salida se tomó el rumbo mandado, y el combate se generalizó con la desventaja, no sólo del número, sino del estado de nuestra artillería y municiones de 14 cm. que conoce V. E. por el telegrama que le puse al quedar á sus órdenes. Para mí no era dudoso el éxito, por más que alguna vez creí que no sería tan rápida nuestra destrucción.

Al *Infanta María Teresa*, un proyectil de los primeros le rompió un tubo de vapor auxiliar, por el que se escapaba mucho, que nos hizo perder la velocidad con que se contaba; al mismo tiempo otro rompía un tubo de la red de contra-incendios. El buque se defendía valientemente del nutrido y certero fuego del enemigo, y no tardó mucho en caer entre los heridos su valiente Comandante Capitán de Navío D. Víctor M. Concas, que tuvo que retirarse, y como las circunstancias no permitían perder un seguudo, tomé por mí mismo el mando directo del buque esperando acasión de que pudiera llamarse al segundo Comandante, pero ésta no llegó, porque el combate arreciaba, los muertos y heridos caían sin cesar, y no había que pensar en otra cosa que en hacer fuego en tanto que se pudiera.

En tal situación, teníamos fuego en mi cámara, donde debieron hacer explosión algunos de los proyectiles que allí había para los cañones de 57 mm.; vinieron á participarme haberse prendido fuego el cangrejo de popa y caseta del puente de popa, al mismo tiempo que el incendio iniciado en mi cámara se corría al centro del buque con gran rapidez, y como no contábamos con agua, fué tomando cada vez más incremento, siendo impotentes nosotros para atajarlo. Comprendí que el buque estaba perdido y pensé desde luego en dónde lo vararía para perder menos vidas, pero continuando el combate en tanto que fuera posible.

Desgraciadamente, el fuego ganaba terreno con mucha rapidez y voracidad, por lo que envié uno de mis ayudantes con



EFECTOS DEL FUEGO SOBRE LA ESCUADRA DE CERVERA.—RESTOS DEL « MARÍA TERESA »

la orden de que se inundasen los pañoles de popa, encontrándose éste ser imposible penetrar en los callejones de las cámaras á causa del mucho humo y del vapor que salía por la escotilla de la máquina donde también le fué absolutamente imposible penetrar, á causa de no permitir la respiración aquella abrasadora atmósfera; por tanto fué necesario dirigirnos á una playita al O. de Punta Cabrera, donde embarrancamos con la salida, al mismo tiempo que se nos paraba la máquina; era imposible subir municiones ni nada que exigiera ir bajo la cubierta acorazada, sobre todo á popa de las calderas, y en tal situación no había que pensar más que en salvar la parte que se pudiera de la tripulación, de cuya opinión fueron el segundo y tercer Comandantes y los Oficiales que se pudieron reunir, á los que consulté si creían que podía continuar el combate, contestando que no.

En tan penosa situación, habiendo empezado las explosiones parciales de los depósitos de las baterías, dí orden de arriar la bandera é inundar todos los pañoles; la primera no pudo ejecutarse á causa del terrible incendio que había en la toldilla, habiéndose quemado al poco rato.—Ya era tiempo: el fuego ganaba con mucha rapidez y apenas hubo el suficiente para abandonar el buque, cuando ya el fuego llegaba al puente de proa, y eso ayudados por dos botes americanos que llegaron como tres cuartos de hora después de la embarrancada.

Entre los heridos están el Teniente de Navío D. Antonio López Cerón y Alférez de Navío D. Angel Carrasco y faltan el el Capitán de Infantería de Marina D. Higinio Rodríguez, al que creo mató un proyectil, el Alférez de Navío D. Francisco Linares, el segundo Médico D. Julio Díaz del Río, el Maquinista Mayor de primera clase D. Juan Montero y el de segunda D. José Melgares, cuyo cadáver salió á la playa.—El salvotaje se hizo tirándose al agua los que sabían nadar, intentando tres veces llevar una guía á tierra, lo que sólo se consiguió á última hora y ayudados por los dos botes americanos de que llevo hecho mención. Nosotros arriamos un bote que parecía bueno é inmediatamente se fué á pique, y se hecho al agua un bote de vapor, que sólo pudo hacer un viaje porque también se fué á pique por efecto de las averías que tenía, al intentar volver á bordo segunda vez, quedando agarrados á él los tres ó cuatro hombres que lo llevaban y que se salvaron unos á nado y otros los recogió un bote americano.

El Comandante, ayudado por buenos nadadores, había ido

El General en Jefe (Blanco) al Almirante (Cervera). *Cuba (Habana 1.º Julio 1898) (10'30 n.)—Urgentísimo. Clave L.*—Vistos progresos enemigos á pesar heróica defensa guarnición y de acuerdo con la opinión del Gobierno de S. M., reembarque V. E. tripulaciones y, aprovechando la oportunidad más inmediata, salga con todos los barcos de esa escuadra, quedando en libertad de seguir derrota que considere oportuna, autorizándole para que deje ahí alguno de ellos que por su poca marcha ó circunstancias no ofreciera probabilidades de salvación.—Debo advertir á V. E. para su noticia, como información y sin carácter de prevención, que en Cienfuegos sólo hay tres barcos y nueve aquí, ninguno de importancia.

El General en Jefe (Blanco) al Almirante (Cervera). *Cuba (Habana 1.º Julio 1898) (10'45 n.)—Urgente. Clave O.*—Ampliando mi telegrama anterior de esta noche, prevengo á V. E. apresure lo posible su salida de ese puerto antes que el enemigo pudiera apoderarse de la boca.

El General en Jefe (Blanco), al Capitán General de Santiago de Cuba (Toral). *(Habana 1.º Julio 1898) (10'55 n.)—(Entre otras cosas).*—Es indispensable concentrar las fuerzas y prolongar todo cuanto se pueda la defensa, procurando á toda costa que enemigo no se apodere de la boca del puerto antes que salga la escuadra, que deberá salir lo antes posible para no tener que rendir ni destruir los barcos.

El General en Jefe (Blanco) al Ministro de la Guerra (Correa). *(Habana 1.º Julio 1898).*— Almirante Cervera se preocupa para abandonar puerto en cuya operación teme quede destruída escuadra, y pide nuevas instrucciones. Le contesto de acuerdo telegrama V. E. núm. 90, que abandone aquél, aprovechando oportunidad más inmediata, antes que enemigo ocupe boca.

El Almirante (Cervera) al General en Jefe (Blanco). *(Santiago de Cuba 2 Julio 1898, madrugada.)—(Urgente).* — Recibo sus telegramas urgentes de anoche; envío á mi Jefe de Estado Mayor para que los muestre al General Toral, y mando encender para salir en cuanto se reembarque mi fuerza.

El General en Jefe (Blanco) al Almirante (Cervera). *Cuba (Habana 2 Julio 1898, 5'10 m.)—(Urgentísimo).* — En vista estado apurado y grave de esa plaza que me participa General Toral, embarque V. E. con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con ésta inmediatamente.

El Almirante (Cervera) al Comandante General accidental del 4.° Cuerpo de Ejército Santiago de Cuba (Toral).—Excmo. Sr.: Después de los telegramas del Excmo. Sr. General en Jefe, que le enseñó esta mañana mi Jefe de Estado Mayor, acabo de recibir el siguiente: «En vista estado apurado..... salga con ésta inmediatamente». — Lo que tengo el honor de trasladar á V. E. á fin de que dé sus órdenes para poder cumplimentar inmediatamente la del General en Jefe. — Dios, etc. — Santiago de Cuba 2 Julio de 1898. — PASCUAL CERVERA.

El Comandante General accidental del 4.° Cuerpo de Ejército (Toral) al Almirante (Cervera).— Excmo. Sr.: Enterado de cablegrama del General en Jefe dirigido á V. E. disponiendo el reembarque de las fuerzas de la escuadra, ordeno con urgencia que la compañía que se halla en San Miguel de Parada, vaya á embarcar en San José; la de Mazamorra en Socapa; la de Cruces en el muelle de este nombre; la que está entre los fuertes del Gasómetro y Hornos, en Punta Blanca y el resto de las fuerzas de Marina desembarcadas, en el muelle Real.—Lo que tengo el honor de comunicar á V. E. para su conocimiento y efectos de embarque de las referidas compañías.—Dios, etc.—Santiago de Cuba 2 Julio de 1898.— JOSÉ TORAL.

---

heridos que teníamos en la playa, algunos de ellos muy graves.

Al Comandante del yate le comuniqué esta conversación con los insurrectos y le supliqué reclamara nuestra gente, lo que me prometió, enviando al efecto un destacamento con bandera. También envió algunos víveres de que tan necesitados estaban en la playa.

Seguimos después hacia el O. hasta encontrar el grueso de la escuadra, de la que se destacó el crucero auxiliar *Paris*, y nuestro yate siguió hasta frente á Cuba, donde recibió órdenes, con arreglo á las que, unos fuimos trasbordados al *Iowa* y otros lo fueron á otros barcos, de ellos, los heridos al buque hospital.

Durante mi permanencia en el yate, pedí á los Comandantes de los caza-torpederos noticia de la suerte que les había cabido, teniendo el sentimiento de saber su triste fin.

De lo ocurrido al *Furor*, puede V. E. I. enterarse detalladamente por la adjunta copia del parte de su Comandante; en él encontró una muerte gloriosa el Capitán de Navío D. Fernando Villaamil, y el número de bajas acredita cómo se ha conducido este pequeño buque, cuyo Comandante también fué herido levemente.

También acompaño á V. E. I. copia del parte que me ha producido el Comandante del *Plutón*, quien también está herido en un pie y cuyo buque tiene en este día una historia tan gloriosa como su compañero, y ambos como no puede pedir más ni el más exigente.

Cuando llegué al *Iowa*, donde fuí recibido con toda clase de honores y consideraciones, tuve el consuelo de ver en el portalón al bizarro Comandante del *Vizcaya*, que salió á recibirme con su espada ceñida, porque el Comandante del *Iowa* no quiso que se desprendiera de ella en testimonio de su brillante defensa. Adjunta es también copia del parte que me ha producido, por el cual vendrá V. E. I. en conocimiento de esta historia tan parecida á la de sus hermanos *Teresa* y *Oquendo*; lo que prueba que los mismos defectos han producido las mismas desgracias, habiendo sido todo cuestión de tiempo.

En el *Iowa* estuve hasta el 4 por la tarde en que fuí trasbordado al *San Luis*, donde encontré al General segundo Jefe y Comandante del *Colón*.

Cuando estando aún en el *Iowa* se incorporó el Almirante Sampson, le pedí permiso para telegrafiar á V. E. I., haciéndolo en los siguientes términos:

«En cumplimiento de las órdenes de V. E., salí ayer mañana de Cuba con toda la escuadra, y después de un combate desigual contra fuerzas más que triples de las mías, toda mi escuadra quedó destruída, incendiados y embarrancados *Teresa*, *Oquendo* y *Vizcaya* que volaron; el *Colón*, según informes de los americanos, embarrancado y rendido; los cazatorpederos á pique. Ignoro aún las pérdidas de gente, pero seguramente suben de 600 muertos y muchos heridos, aunque no en tan grande proporción. Los vivos somos prisioneros de los americanos. La gente toda rayando á una altura que ha merecido los plácemes más entusiastas de los enemigos. Al Comandante del *Vizcaya* le dejaron su espada. Estoy muy agradecido á la generosidad é hidalguía con que nos tratan. Entre los muertos está Villaamil y creo que Lazaga; entre los heridos Concas y Eulate. Hemos perdido todo y necesitaré fondos. — CERVERA. — 4 de Julio 98.»

En cuyo telegrama hay que rectificar la suerte del *Plutón*, que no fué echado á pique, sino que, sin poderse sostener á flote, consiguió embarrancar como V. E. I. verá en el parte de su bizarro Comandante.

Una vez en el *San Luis*, el General segundo Jefe y el Comandante del *Colón* me enteraron de su triste suerte, produciendo el primero el parte de que acompaño copia también, absteniéndome de comentarios, que huelgan respecto á un parte producido por este distinguido General, de hechos ocurridos fuera de mi vista.

Réstame decir á V. E. I., para completar los rasgos característicos de esta lúgubre jornada, que nuestros enemigos se han conducido y se conducen actualmente con nosotros, con una hidalguía y delicadeza que no cabe más; no sólo nos han vestido como han podido, desprendiéndose de efectos, no sólo del Estado, sino de propiedad particular, sino que han suprimido la mayor parte de los «hurras» por respeto á nuestra amargura; hemos sido y somos objeto de entusiastas felicitaciones por nuestra acción, y todos, á porfía, se han esmerado en hacernos nuestro cautiverio lo más llevadero posible.

Ignoro aún las pérdidas de gente, por estar repartidos en diversos buques, pero estarán en las ideas que hace concebir el telegrama antes inserto.

En resumen: la jornada del 3 ha sido un desastre horroroso, como yo había previsto; el número de muertos es, sin embargo, menor del que yo temía; la Patria ha sido defendida con honor

y la satisfacción del deber cumplido deja nuestras conciencias tranquilas, con sólo la amargura de lamentar la pérdida de nuestros queridos compañeros y las desdichas de la Patria.

A bordo de este buque hay, además del segundo Jefe y yo con nuestros ayudantes, un Jefe, cuatro Oficiales y 32 individuos del *Infanta María Teresa;* el Contador y 35 individuos del *Oquendo;* los tres Comandantes, 11 Oficiales, siete Guardias Marinas y 347 individuos del *Vizcaya;* los tres Comandantes, 14 Oficiales y 191 individuos del *Colón;* el Comandante, el Maquinista Mayor y 10 individuos del *Furor;* el Comandante, un Oficial y 19 individuos del *Plutón*, y el Teniente de Navío de primera clase D. Enrique Capriles, á quien embarqué de transporte en el *Vizcaya* cuando dejó el mando de la provincia.

De toda esta gente envío á V. E. I. relaciones que continuaré cuando tenga noticias de los demás.

También acompaño á V. E. I. relación de los Jefes, Oficiales y Guardias Marinas muertos, heridos, contusos y desaparecidos y otra de los heridos no Oficiales que hay en este buque; la gran masa de heridos está á bordo del buque-hospital que es el vapor *Solace*.

Como comprendo que V. E. I. podrá tener dificultades para transmitir esta comunicación, me permito enviarle un traslado al Excmo. Sr. Ministro de Marina.

De los hechos particulares, dignos de mención, que no afectan al conjunto de la acción, daré parte por separado, á medida que los vaya conociendo.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—En la mar, á bordo del *San Luis*, 9 de Julio de 1898.—PASCUAL CERVERA.

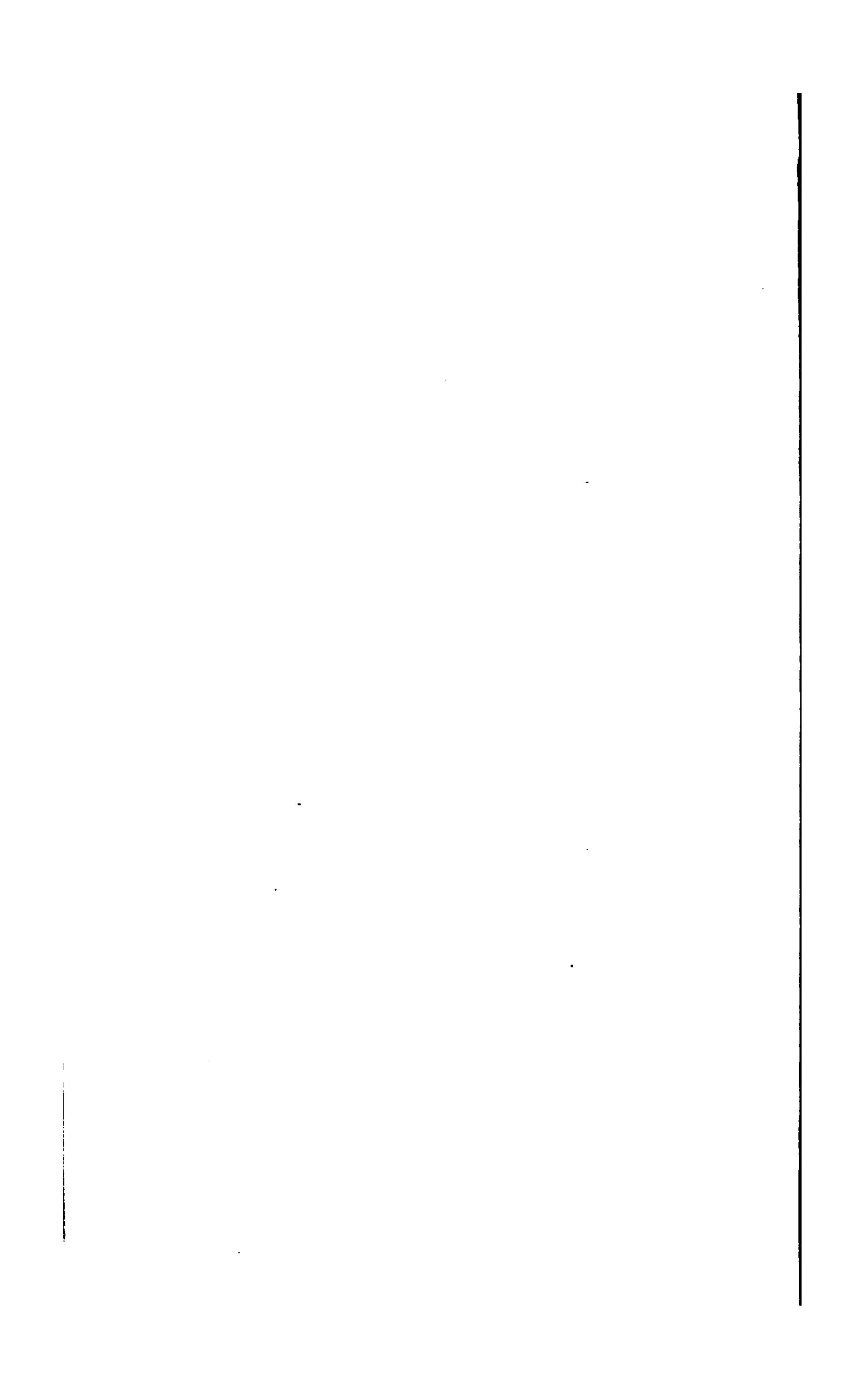
Parte del «Colón».—EL GENERAL 2.º JEFE (PAREDES) AL ALMIRANTE (CERVERA).—Excmo. Sr.: Tengo el honor de trasladar á V. E. I. el parte que del combate y suerte habida al acorazado *Colón* el día 3 del corriente, me comunica su dignísimo Comandante, que dice así:

«Cumpliendo las órdenes recibidas, salí con el buque de mi mando, ocupando el puesto designado, del puerto de Santiago de Cuba, estando tanto avante con el Morrillo á las 9h 45m de la mañana, rompiendo el fuego contra el *Iowa*, que era el buque más próximo en el momento de la salida.

Cinco minutos más tarde, siendo el buque más avanzado de la línea enemiga el *Brooklyn*, ordené á las baterías que todos



EFECTOS DEL FUEGO SOBRE LA ESCUADRA DE CERVERA.—RESTOS DEI. «COLÓN»



los fuegos se dirigieran sobre él y lo que fuera posible contra el *Oregon*, que se hallaba por la aleta de babor y al que no podía dedicarse atención por la falta de cañones de caza y retirada. Así se efectuó, disparando conta dicho buque 184 disparos con los cañones de 15 cm. y 117 con la batería de 12 centímetros, teniendo la seguridad de haber hecho blanco con un 10 por 100 de los tiros.—Desde luego ví que ni el *Brooklyn* ni el *Oregon*, que emprendieron la caza, podían alcanzarme y se quedaban más rápidamente el primero que el segundo y continué cerca de la costa haciendo rumbo al Cabo Cruz.—A la una de la tarde empezó á bajar la presión de calderas, disminuyendo las revoluciones de 85 á 80, empezando, por tanto, á ganarme en andar el *Oregon*, que poco tiempo después rompió el fuego contra el buque con sus cañones de caza de grueso calibre, al que sólo pude contestar con disparo de cañón 2 de la batería, guiñando al efecto lo necesario, aunque esto acortase la distancia.—En vista de esto y vista la seguridad absoluta de ser apresado por el enemigo, de acuerdo con V. E., por no ser conveniente distraer á ningún Jefe y Oficial de sus destinos, dada la estructura y disposición de las escotillas, que representaba una pérdida de tiempo muy necesario y con el ánimo de aprovechar hasta el último momento la ocasión, si se presentaba, de hacer fuego, y con el fin de evitar llegase el de ser apresado, resolvimos embarrancar y perder el buque y no sacrificar estérilmente las vidas de los que se habían batido con el valor heroico, la disciplina y serenidad que V. E. ha podido apreciar por sí mismo, y como consecuencia del acuerdo se hizo proa al río Tarquino, en cuya playa embarranqué, con velocidad 13 millas, á las dos de la tarde. Ya varado el buque y reunidos los Jefes y Oficiales, todos manifestaron su conformidad á lo hecho, por comprender que de seguir, aunque no fuera más que momentos, corría inminente peligro de caer en poder del enemigo y ser un trofeo de guerra que era necesario á todo trance evitar.

Poco después quedamos prisioneros de guerra del *Brooklyn*, cuyo Comandante se presentó á bordo poco tiempo después. Durante el combate he tenido un muerto y 25 heridos, cuya relación acompaño á V. E. como resultado de los proyectiles del enemigo, que aunque nos alcanzaron en gran número, no hicieron averías en la parte protegida del buque.

Es cuanto tengo que poner en conocimiento de V. E., expresando al mismo tiempo mi convicción, que todos y cada uno han cumplido con su deber en las difíciles circunstancias en

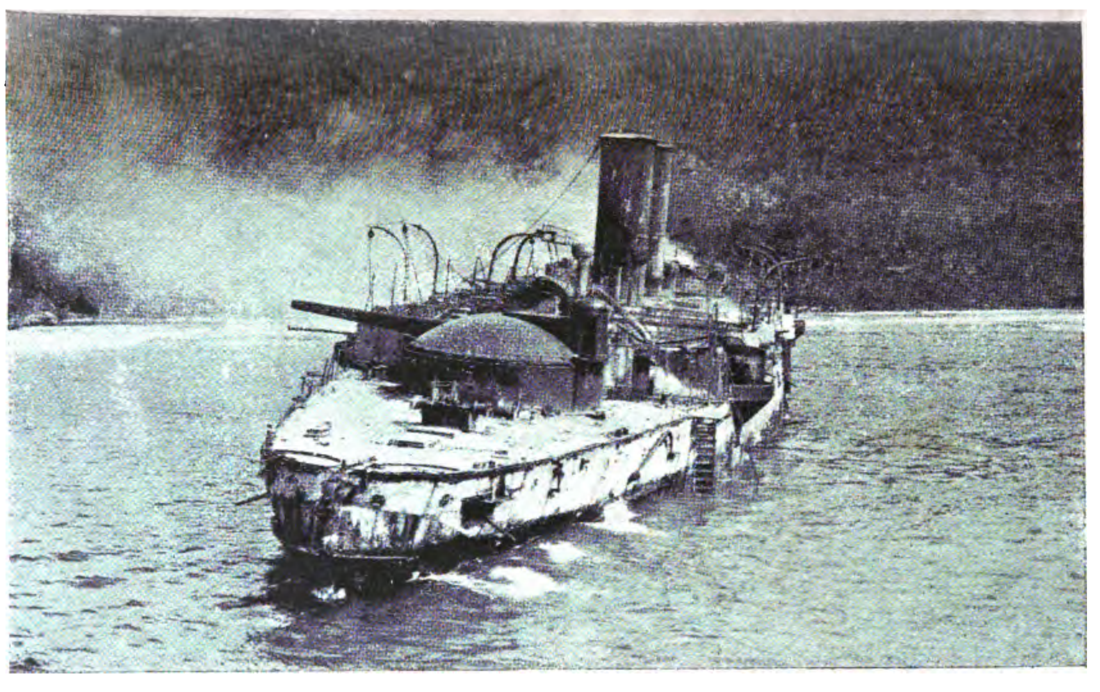
que se efectuó la salida, las desventajosas del combate por la superioridad del enemigo y la deficiencia grande de los medios de ataque de mi buque.»

Y yo por mi parte, como testigo de los sucesos, réstame sólo manifestar á V. E. I., que en medio de nuestra pena por la pérdida de los buques y del personal digno y heróico, cabe la satisfacción de que todos han cumplido con su sagrado deber de defender su bandera y Patria, demostrando una vez más que la Marina española puede sucumbir, pero jamás con la deshonra.

Todos á bordo del *Colón* fueron dignos imitadores de nuestros antepasados, imposible es recomendar á ninguno de sus dignos tripulantes, rayaron en el heroismo, mas sería dejar de cumplir con un sagrado deber si no expresara á V. E. I. que su valiente Comandante colocóse á una altura que no hay frases que expresarlo puedan, sólo sí que honra al Cuerpo en que sirve.

Dios guarde á V. E. muchos años. — En la mar á bordo del *San Luis*, 6 de Julio de 1898. — José de Paredes.

Parte del «Oquendo.» — El Teniente de Navío (Calandria) al Almirante (Cervera). — Excmo. Sr.: El Oficial que tiene el honor de dirigirse á V. E. es el más antiguo de los de la dotación del acorazado *Almirante Oquendo* que sobrevive al combate del día 3 de Julio último, por lo que se cree en el deber de dar cuenta á V. E. de lo ocurrido en él, en el buque de su destino y pone en su superior conocimiento lo que sigue: Iniciado el movimiento, se tocó zafarrancho de combate, y el Oficial que suscribe pasó á ocupar su puesto, que era la caseta de observación de torpedos del puente de popa, desde la cual pude observar los movimientos de la escuadra enemiga, encontrándose ésta, á la salida del buque, navegando en línea de fila, rumbo al O. y en cabeza el crucero *Brooklyn*. Una vez franco el canal, se siguieron las aguas del matalote de proa y se rompió el fuego por la banda de babor, siendo constantemente hostilizado por los buques enemigos, especialmente por el acorazado *Iowa* y el crucero *Brooklyn*, siendo éstos también los que preferentemente fueron batidos por nuestras baterías, por pasar á juicio del que suscribe á una distancia de ellos inferior á 3.500 metros.—Se continuó navegando hasta dejar al *Iowa* algo retrasado por la aleta de babor, pero al alcance de su artillería, encontrándose en estos momentos el *Brooklyn* por la amura de



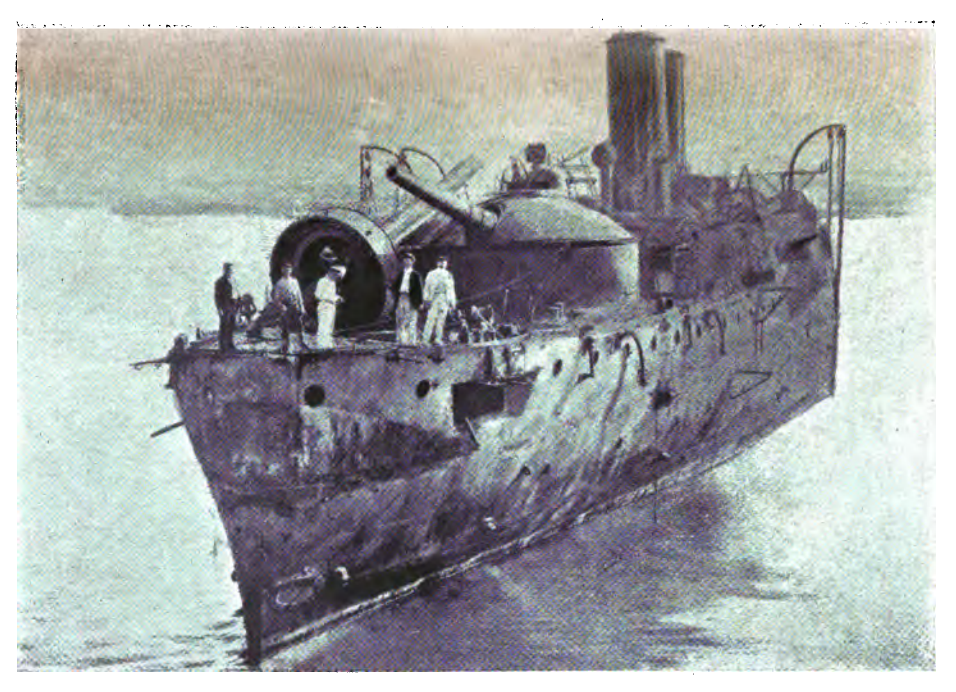
EFECTOS DEL FUEGO SOBRE LA ESCUADRA DE CERVERA.—RESTOS DEL « OQUENDO »

pez, el Guardia marina D. Quirino Gutiérrez y el tercer Condestable Antonio Serrano Facio.—La batería de tiro rápido quedó en su mayor parte destruída, desmontados varios cañones y muertos ó heridos casi todo su personal, y entre los muertos el segundo y tercer Comandantes.

En la torre de proa al disponerse para hacer el tercer disparo, entró un proyectil por entre el cañón y la cañonera, y destrozando parte del carapacho, mató al Comandante de ella, Teniente de Navío D. Eugenio Rodríguez Bárcena y al tercer Condestable Francisco García Pueyo y dejó muy mal herido al artillero de primera José Arenosa Sixto, rompiendo además las tuberías y aparatos. En la de popa también fué muerto por un casco de granada su Comandante el Teniente de Navío don Alfonso Polanco y Navarro. Una granada que entró en la cámara de torpedos de popa, dejó fuera de combate á todo su personal, y á los pocos momentos, explotando otra en la central de popa, ocasionó bastantes bajas, entre ellas el Alférez de Navío D. Emilio Pascual del Povil, que fué herido.

Dispuesto por el señor Comandante la inundación de los pañoles á consecuenca de los incendios, trasladó esta orden el Teniente de Navío D. Tomás Calvar al primer Maquinista don Juan Pantín, el que fué á cumplimentarla á la cámara central de proa, donde estaban ardiendo los maleteros de la gente, consiguiendo inundar los pañoles de proa, no pudiendo inundar los de popa por el voraz incendio que consumía el comedor y camarotes de Oficiales, las taquillas de las clases y las despensas. Este incendio se comunicó seguidamente á la plataforma de popa por las maderas incendiadas del piso y comedor de Oficiales, que caían por la escotilla del ascensor y hubiera ocasionado el inmediato incendio y voladura del pañol de 14 centímetros, si el tercer Condestable Germán Montero y el marinero Luis Díaz, no hubieran tapado sus escotillas, primero con cuarteles de madera y después con camas mojadas, y no consiguiendo, á pesar de sus esfuerzos, desmontar el ascensor para arriar la tapa de la escotilla, abandonaron la plataforma cuando les era imposible permanecer en ella, cerrando antes los pañoles de 28 cm.

Después de varado el buque y por orden de su Comandante, se pararon las máquinas, se abrieron las seguridades y se desalojaron las máquinas y calderas, empezando el salvamento; para llevarlo á cabo, hubo que renunciar á los botes grandes, por impedir el incendio arriarlos y estar otros inutilizados,



EFECTOS DEL FUEGO SOBRE LA ESCUADRA DE CERVERA.—RESTOS DEL «VIZCAYA»

consiguiéndose echar al agua el chinchorro, que se fué á pique, utilizándose con éxito las dos lanchitas y teniendo lugar hechos distinguidos, de los que, así como de los ocurridos en combate, doy cuenta á V. E. por separado.

Al arrojarse al agua el que subscribe, quedaban en el castillo el señor Comandante, el Alférez de Navío D. Alfredo Nardiz, algunos individuos de marinería, el primer Contramaestre D. Luis Rodríguez y el primer Maquinista D. Juan Pantín; estos dos últimos aseguran que después de mi salida, el señor Comandante, que rehusaba salvarse, cayó por último, en cubierta, llevándose las manos al pecho, presa, al parecer, de un ataque de disnea y auxiliándolo, cubrieron su cuerpo con una bandera al creerlo cadáver, de lo que tuve noticia á bordo del vapor *Haward.*

El buque quedó varado á una distancia de 10 ó 12 millas, próximamente, de la boca del puerto de Santiago de Cuba.

Es cuanto tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. en cumplimiento de mi deber.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Camp Long, Portsmouth Navy Yard 20 Julio de 1898.—Excmo. Sr.—ADOLFO CALANDRIA.

Parte del «Vizcaya.»—CAPITÁN DE NAVÍO (EULATE) AL ALMIRANTE (CERVERA).—Excmo. Sr.: En cumplimiento de las órdenes recibidas de V. E., en la mañana del 2 del presente procuré alistar el buque para poder salir á las cuatro de la tarde; pero como el reembarco de la primera compañía no empezó hasta esa hora, eran las seis y media cuando el buque se encontró dispuesto para salir á la mar. En ese momento se arboló la bandera de combate por los Oficiales, á quienes arengué con el recuerdo de las obligaciones que impone la Ordenanza y los actos heroicos realizados por nuestros predecesores en esta honrosa carrera. Seguidamente, precedida de un exordio, recibimos de rodillas la bendición del Padre Capellán.—Con la bandera arbolada esperamos las últimas órdenes de V. E. y á las nueve de la mañana del siguiente día 3 estaba el buque listo para seguir las aguas del buque insignia.—A 9^h de tiempo verdadero se dió avante para seguir al *Teresa* y á las 9 y 30, rebasada la punta de la Socapa, se dió toda fuerza y gobernó con arreglo á lo que V. E. se sirvió prevenirme de antemano. Desde este momento, Excmo. Sr., se rompió el fuego

contra los buques enemigos, que muy nutrido en un principio, fué decreciendo en la batería de 14 cm. por los defectos de sus cañones y cargas, de los que ya V. E. tiene conocimiento.—A pesar de esos defectos, el entusiasmo y la inteligencia de los Oficiales que las dirigian y la excelente disciplina de sus dotaciones hicieron que, en las dos y media horas que duró el combate, dispararan los de la banda de babor 150 tiros, habiendo hecho el que más 40 disparos y de 25 para arriba los demás, á excepción de uno que sólo pudo hacer ocho.—Las averías de estos cañones fueron muchas, pero muy especialmente las ya conocidas de escupir las agujas, no cerrarse el cierre y no entrar los proyectiles.—Cañón hubo que para poder disparar su carga se probaron antes siete, y otro que pasó de las ocho y que siempre entró en batería á fuerza de trabajos y golpes.—En la batería baja fué siempre el fuego muy nutrido en las dos primeras horas, pero después fué tal el número de proyectiles enemigos que entraron é hicieron averías en las piezas de barlofuego, ó sea de babor, que todas quedaron inútiles y la mayor parte desmontadas.

El número de bajas en la batería alta fué tal que, cuando aún disparaba uno de los cañones, ya no había gente que lo cubriera; y en la batería baja llegó momento en que por no haber sirvientes ni conductores para los cañones, hubo necesidad de disminuir la que se dedicaba á extinguir los continuos incendios que se desarrollaban, causa que, unida á que la tubería de contra-incendios quedó inútil por los tiros enemigos, hizo que aquéllos tomasen tal incremento que no fuese posible el extinguirlos. Se puede asegurar que el número de víctimas en ambas baterías era, á las dos horas de empezar el combate, de 70 á 80, en su mayoría muertos, y entre ellos el Comandante de la baja Teniente de Navío D. Julián Ristory y Torres, quien por su bravura merece un puesto de honor en los anales de la historia de nuestra Marina.

Por la valiente arremetida que al empezar el combate dió al enemigo el buque insignia, no fuimos en un principio tan castigados de sus proyectiles, pues solamente dos de sus buques acorazados nos hacían fuego; pero en la segunda hora, ya fuimos el blanco de cuatro: el *Broolklyn* por babor, *Oregon* por la aleta de la misma banda, *Iowa* por la popa y el *New-York* por la aleta de estribor, pero muy cerrado á la popa, de modo que solamente con el cañón de 28 cm. de esta extremidad se podía responder al *Iowa* y *New-York*. Los cañones de reductos

de estribor pudieron disparar contra el *New-York* cuatro ó cinco tiros el de proa y popa; pero como aquel buque, después de hacer fuego por su banda de babor, guiñaba á la popa, resultaron muy inciertos.

Eran las 9^h 35^m cuando ya fuera del puerto y arrumbados á montar Punta Cabrera, recibimos el primer tiro del enemigo, y á las 11^h 50^m, cuando ya sin poder hacer fuego con ninguna de las piezas de babor, traté de probar si el *Brooklyn*, que era el que más nos acosaba por babor, y el que estaba más cerca, nos esperaría para arremeterle, y con dicho objeto se guiñó á dicha banda; pero aquel barco hizo lo mismo, indicando que no quería emplear más que su artillería.—El que suscribe, herido en la cabeza y espalda, fué obligado á retirarse, para ser curado, en estado casi exánime por la pérdida de sangre, pero resignando el mando por el momento en el segundo Comandante, con instrucciones *claras* y *concretas* para no rendir el barco y vararlo ó incendiarlo antes que aquello pudiera suceder. En la enfermería me encontré al Alférez de Navío D. Luis Fajardo, que le estaban curando de una herida muy grave en un brazo, y al preguntarle qué tenía, me dijo «que le habían herido un brazo, pero que aún le quedaba otro para la Patria.»

Ya estancada la sangre de mis heridas, subí de nuevo al puente y ví que el segundo Comandante había ordenado arrumbar á la tierra para varar, pues no solamente no había cañones que pudiesen disparar y un incendio en la popa había tomado tal incremento que era imposible pensar en dominarlo, sino que vino á complicar más esta triste situación la iniciación de otro incendio en la plataforma de proa, producido por haber reventado un tubo de vapor y la explosión de una ó varias calderas del grupo de proa.—A pesar de que el segundo Comandante, Capitán de Fragata D. Manuel Roldán y Torres, había obrado con arreglo á las instrucciones y si cabe sin haberse excedido, reuní inmediatamente á los Oficiales que estaban más próximos, entre ellos al Teniente de Navío de primera D. Enrique Capriles, y les pregunté si había alguno entre ellos que creyera se podía hacer algo más en defensa de la Patria y de nuestro honor y unánimemente respondieron que no cabía hacer más.—Inmediatamente, para impedir que la bandera de combate pudiera servir de trofeo al enemigo, ordené al Alférez de Navío D. Luis Castro que izara otra y arriara aquélla para ser quemada, operación que se efectuó con toda

diligencia.—A las 12^h 15^m y bajo un fuego nutridísimo de los cuatro acorazados ya dichos, varó el que fué crucero *Vizcaya* en los bajos del Aserradero y en condiciones que era imposible su salvamento, no sólo por la disposición del buque sobre los bajos y la índole de éstos, sino que también sabía habían de explotar todos los pañoles, si bien dando tiempo para el salvamento, como sucedió.—Varados, ordené al segundo Comandante que dispusiera todo para un salvamento inmediato, y éste, con algunos Oficiales, fueron á tratar de arriar botes, pero como me diese cuenta de que sólo había uno útil, dispuse que éste fuese empleado con preferencia en transportar heridos, y autoricé para que todo el que supiese nadar y tuviese salvavidas ó algo que flotase lo suficiente para mantenerlo, pudiera echarse al agua y tratar de tomar los arrecifes del bajo que estaba á unos 90 m. de la proa.—Este salvamento se hizo con todo orden á pesar del espectáculo imponente que presentaba el buque ardiendo, explotando los repuestos de artillería y fusil y elevándose las llamas por encima de las cofas y chimeneas y con las planchas del costado al rojo. En el último bote de heridos fuí embarcado por el tercer Comandante y Oficiales y trasportado á tierra, y allí me recogió un bote americano, que me condujo al *Iowa*, dándome cuenta después el segundo Comandante de que á bordo no habían quedado más que los muertos, pues él había dirigido el salvamento á popa de los que allí se habían refugiado á última hora y á quienes mandó tirar al agua agarrados á cabos que preventivamente se amarraron con toda seguridad, y en esta disposición esperaron él y los demás á ser recogidos y que efectivamente lo fueron por el bote de á bordo.—Excmo. Sr.: el comportamiento del Comandante, Oficiales y dotación del *Iowa*, que fué el barco á que nos condujeron los botes americanos, fué en extremo delicado. —Fuí recibido con la guardia formada: al querer entregar mi sable y revólver á su Comandante, no los quiso recibir porque no me había rendido á su barco sino á cuatro acorazados y que no tenía derecho á él.

El comportamiento de los Oficiales y dotación fué brillantísimo, y muchos hechos heroicos que se registraron serán motivo de recomendación especial si V. E. en su día lo ordenase.

De los heridos conducidos al *Iowa*, murieron cinco al poco tiempo de llegar, y se hizo su entierro con los mismos honores que emplean los americanos con los suyos, formando la guardia y haciendo tres descargas de fusilería, entierro al que

asistieron todos los prisioneros, y que fué dirigido por el Capellán del que fué *Vizcaya*.

Es todo cuanto tengo el honor de participar á V. E. al notificarle la pérdida de mi buque, en combate con cuatro muy superiores, sin que se haya arriado la bandera y sin que el enemigo haya posado su planta en él, ni aún para el salvamento, faltando á su dotación el día de hoy 98 individuos.

Dios guarde á V. E. muchos años.—En la mar, á bordo del vapor *San Luis*, prisionero de guerra, á 6 de Julio de 1898.—ANTONIO EULATE.

Parte del «Furor.»—EL TENIENTE DE NAVÍO DE PRIMERA CLASE (CARLIER) AL ALMIRANTE (CERVERA).—Excelentísimo señor: A las nueve y media de la mañana del 3, y previa orden del Jefe de la escuadrilla de torpederos que venía á bordo, desatracamos del muelle de las Cruces de Santiago de Cuba y nos pusimos en movimiento siguiendo las aguas del *Oquendo*, y antes de llegar á Punta Gorda empezamos á sentir el fuego del combate, entre la vanguardia de nuestra escuadra y la enemiga, y caer cerca del buque varios proyectiles.

Poco después, en la boca del puerto, dispuso el Jefe meter á estribor y seguir á toda fuerza de máquina hacia el O. las aguas de la escuadra, rompiendo el fuego sobre el enemigo, recibiendo desde los primeros momentos enorme cantidad de disparos de la mayor parte de la escuadra enemiga, alcanzándonos proyectiles de todos los calibres.

Inmediatamente empezamos á sentir los desperfectos y bajas causadas por tan nutrido fuego, ocurriendo éstos en el orden siguiente: rotura de un tubo de vapor en la máquina; destrucción del cilindro de media de estribor; inundación de la popa y hundimiento de ésta; rotura de una caldera; mayores destrozos en la máquina; destrucción de las tres calderas restantes; fuego en varios sitios del buque, siendo el de mayor intensidad el de la camareta de maquinistas, bajo la cual estaba el pañol de granadas, y por último, rotura del servo-motor del timón y guardines; todo esto fué ocurriendo progresivamente y en muy poco tiempo, sin que durante él dejásemos de hacer fuego sobre el enemigo, notando ya sobre la cubierta gran número de heridos y algunos muertos.

A las $10^h\ 45^m$ próximamente, y en vista de todo lo expuesto que vió y puse en conocimiento del Jefe de la escuadrilla,

dispuso embestir á tierra, lo que no pudimos conseguir, y considerando el barco perdido y no pudiendo dominar el fuego que invadía la popa y centro, y teniendo más de la mitad de la dotación fuera de combate y el barco sin gobierno ni máquina, dispuso el Jefe arriar la bandera y los botes, y que en éstos y con los salvavidas se fueran á tierra los que pudieran hacerlo, cuya orden dí al segundo Comandante, alcanzando algunos proyectiles á varios de los que á nado se dirigían á tierra.

Cesado el fuego enemigo, atracaron á bordo dos botes de un yate americano, en el que embarcamos los pocos que quedábamos á bordo, sin que el enemigo hiciera más que pisar la cubierta, y al darse cuenta de la situación, embarcar precipitadamente, temiendo una explosión, como asi sucedió poco después de desatracar del barco, el cual se fué á pique como á una milla larga de tierra.

Reconstituída la lista de la dotación, compuesta de 75 hombres, han quedado ilesos 11 individuos; 8 muertos han podido identificarse; 10 heridos han sido recogidos, y de los 45 individuos restantes que figuran en la lista como desaparecidos, aunque algunos quedaron muertos en cubierta y no fué posible su identificación y otros lo fueron en el agua, abrigo la esperanza, que deseo ver confirmada, de que una parte de ellos haya ganado la tierra.

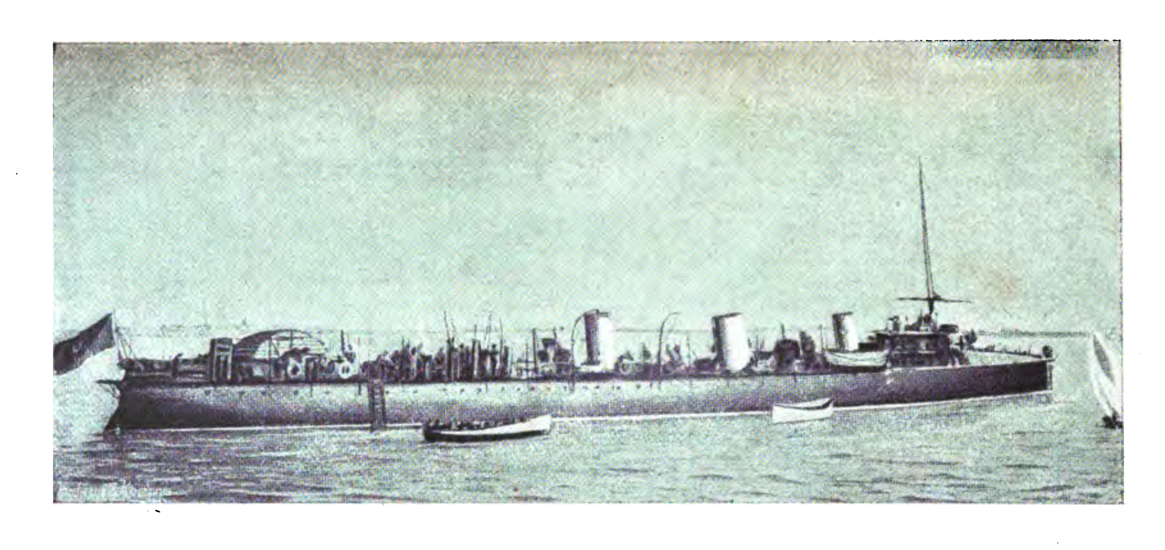
Entre los muertos identificados tengo el sentimiento de comunicar á V. E. que figura el que fué mi digno Jefe, el distinguido y brillante Capitán de Navío D. Fernando Villaamil.

Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. en cumplimiento de mi deber.

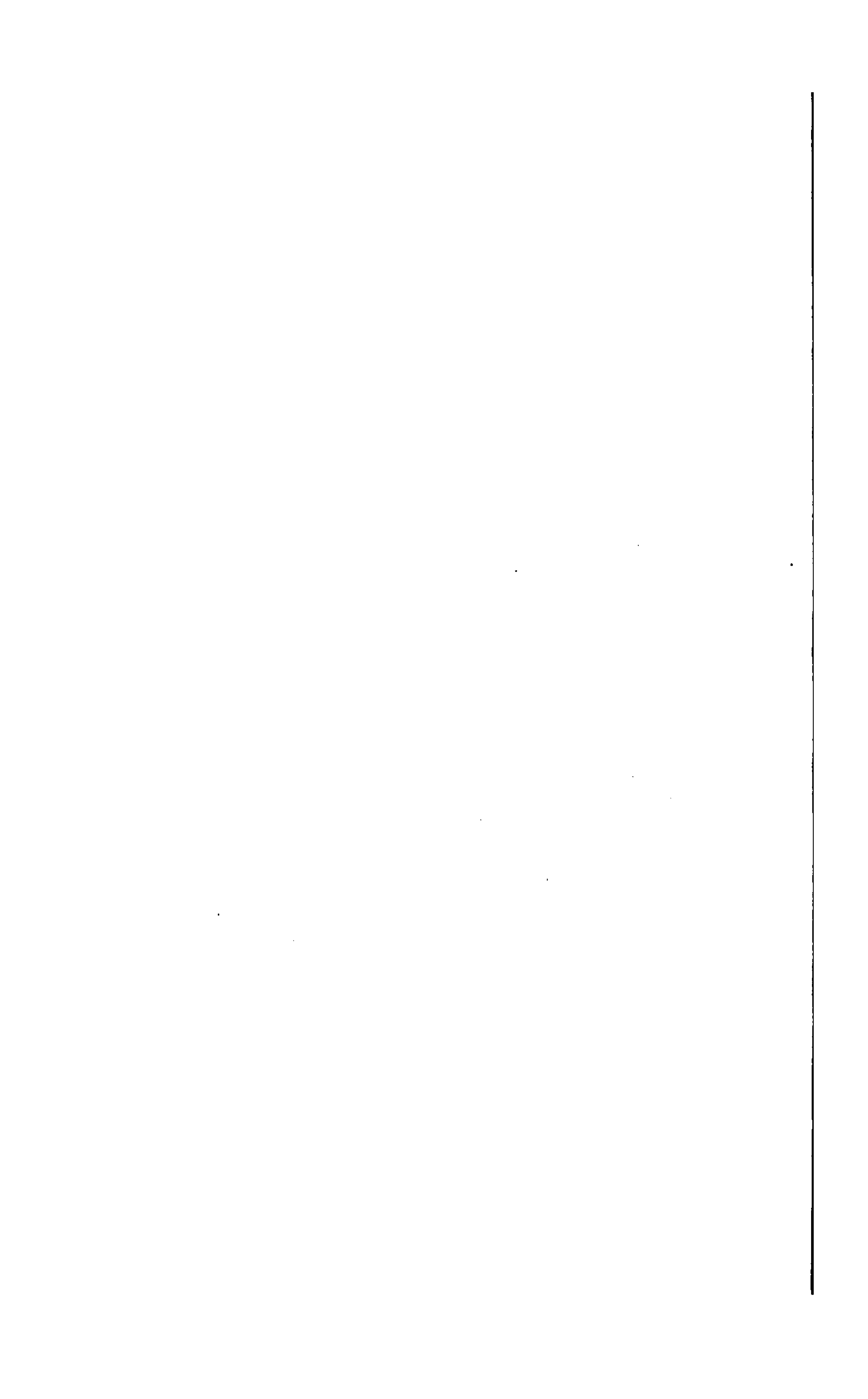
A bordo del *San Luis* 8 de Julio de 1898.—Diego Carlier.

Parte del «Plutón.»—El Teniente de Navío de primera clase (Vázquez) al Almirante (Cervera).—Excelentísimo Señor: En cumplimiento á las órdenes recibidas del señor Jefe de la división de torpederos, á las 9h 30m de la mañana del 3 del actual, largué las amarras dadas al muelle de las Cruces y maniobré convenientemente para dejar el puerto de Santiago de Cuba.

Sobre el pequeño poblado de Cinco Reales me encontraba cuando empecé á notar la caída de proyectiles, consecuencia natural del combate trabado entre la vanguardia de nuestra escuadra y la americana; continué siguiendo exactamente las



BARCO TIPO DE LA ARMADA ESPAÑOLA.—EL DESTROYER «PLUTÓN»



aguas del *Furor*, según orden recibida, y una vez próximo á desembocar, rompí el fuego contra los buques más próximos y dí avante á toda fuerza; con una lluvia de proyectiles fuí saludado al encontrarme fuera del puerto y de gobernar hacia el Oeste. Así empezó el combate, recibiendo más fuego á medida que avanzaba é iba entrando en el centro de la escuadra americana.

Próximamente á las $10^h 45^m$ un proyectil de grueso calibre atravesó el sollado de la marinería, se inundó rápidamente y metió al buque de proa; casi al mismo tiempo, otro ú otros proyectiles chocaron contra las calderas de proa y las explotaron y otro entró por el pañol de municiones de mi cámara, y además de producir una vía de agua, trajo consigo un incendio en dicho lugar.

En las circunstancias señaladas, seguí navegando aún, aunque con velocidad no crecida, y siempre duramente hostilizado por los americanos, á cuyo fuego no dejé de contestar; mas viendo que por momentos el buque se hundía por el agua entrada á proa, en la cámara de calderas y en la mía, consideré que el buque no podía tardar en sumergirse y traté de embarrancar en una pequeña playa que tenía próxima; mandé meter sobre estribor y entonces noté la falta de gobierno, por haberse inutilizado el servo-motor y roto uno de los guardines; continuó el buque su marcha avante y embistió contra las rocas, destrozando por completo su proa. Por este sitio saltó á tierra una parte de la dotación por disposición mia al tratar de hacer el salvamento, otros se echaron al agua por estribor, ganando algunos la tierra; entonces abandoné el puente, fuí á mi cámara, tomé el paquete de cuanto reservado tenía, recibido de V. E. y del señor Jefe de la división de torpederos, y esto, unido al cuaderno de señales de reconocimiento número 32 y al Código y clave Perea, lo arrojé al agua, arriando después la bandera. Seguí hacia proa y ya no me fué posible ganar la tierra por esa parte, por haber cambiado el buque de posición, llamé á la canoa que con algunos hombres iba para tierra y embarcando en ella pude tomar las rocas, sintiendo á poco una explosión y minutos después el buque quedaba sumergido hasta la cubierta.

Cesado el fuego de los americanos, mandé izar un trapo blanco, viniendo á recogernos un bote de aquéllos, que nos condujo á uno de sus buques.

De la dotación nos encontramos presentes 21 individuos,

entre éstos cinco heridos; los restantes componen el númeró de los muertos y desaparecidos, según la relación que ya tuve el honor de dar á V. E.

Es cuanto tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V. E. en cumplimiento de mi deber.

En la mar, á bordo del *San Luis*, 6 de Julio de 1898.—PEDRO VÁZQUEZ.

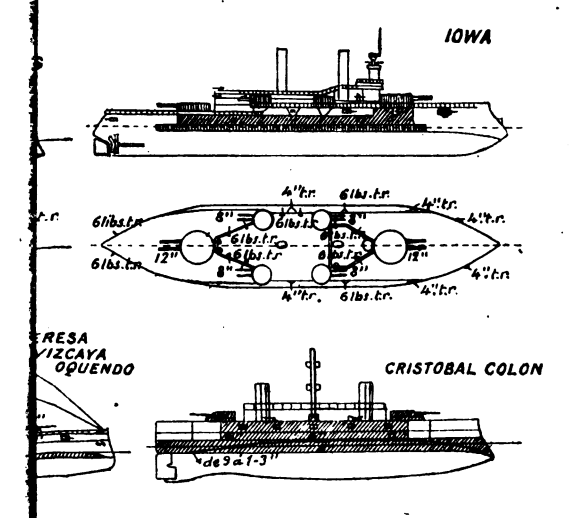


El estudio comparativo de las dos escuadras española y americana, desde luego ofrece la evidencia de una gran inferioridad respecto á la primera.

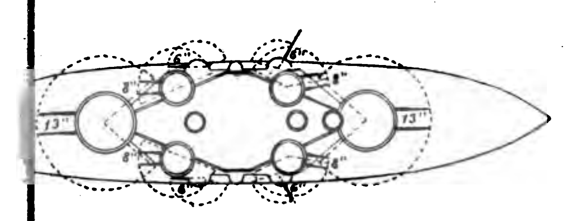
En el orden estratégico, hay que fijarse en que la escuadra americana tenía allí, á poca distancia, su base de operaciones y de abastecimiento, sus almacenes y arsenales, el carbón, el sitio de descanso, todo, en una palabra, lo que se necesita para operar bien en el mar, en tanto que la nuestra carecía hasta de los más elementales recursos.

En el orden táctico, basta mirar el estado comparativo de datos de las dos escuadras y los planos y vistas fotográficas de los barcos que las componían, para convencerse de la invulnerabilidad que llevaba en su estructura la escuadra americana, con buenas cubiertas y fajas acorazadas y excelentes blindajes, en tanto que la española, excepción hecha del *Colón*, carecía de esas protec-

americana y española



resa, Vizcaya, Oquendo y Cristobal Colón.



achusetts y Oregón.

Escuadra española (1)		Tripulación.	Tonelaje.	Andar.	Fecha.	Faja acorazada			Muralla acorazada		Escudos acorazados.	Cubierta acorazada
						Espesor.	Longitud	Anchura.	Lateral.	Torres.		
			ton.	*nud.*		*pulg.*	*pies*	*pies*	*pulg.*	*pulg.*	*pulgs.*	*plg.*
Infanta María Teresa	Vicealmirante Cervera. Capitán Concas	556	6 890	20'2	1890							
Vizcaya	Capitán Eulate	491	6.890	20'2	1891	12 á 10 y 9	216	5½	»	10 y 14	3 á 4	2 á 3
Almirante Oquendo	Capitán Lazaga	487	6.890	20'2	1891							
Cristóbal Colón	Capitán de Navío de 1.ª García de Paredes. Capitán Moreu	567	6.840	19'8	1896	6 á 2	328	8¼	6	6	5	1½
Plutón	Capitán Vazquez	80	400	30	1897	»	»	»	»	»	»	»
Furor	Capitán de Navío de 1.ª Villaamil. Capitán Carlier	80	370	28	1896	»	»	»	»	»	»	»
		2.261 (2)	28.280									
Escuadra americana.												
1.ª Línea. *Indiana*	Capitán Taylor	571	10.230	15'5	1893	18 á 10						
Oregon	Capitán Clark	524	10.230	16'7	1893		200	7½	5	15	17	3
Iowa	Capitán Evaus	587	11.296	17'1	1896	14 á 10	256	7½	5	15	15	3
Texas	Capitán Philip	433	6.300	17'8	1892	12 á 9	116	6½	»	12	12	3
Brooklyn	Comodoro Schley. Capitán Cook	552	9.153	22	1895	4½	170	8	»	5½	8 á 4	3 á 6
Ericson	Capitán Usher	21	120	23	1891	»	»	»	»	»	»	»
Gloucester	Capitán Vainvight	93	800	18	1891	»	»	»	»	»	»	»
Vixen	Capitán Sharp	90	165	12	—	»	»	»	»	»	»	»
New-York	Almirante Sampson. Capitán Chadwick	652	8 480	21	1891	5 á 8	170	8	10	7 y 4	2'5 á 6	
		3.523	56.774									

(1) Conservamos estos datos en medidas inglesas para mejor comparar con los de los buques americanos.
(2) De éstos habían sido muertos ó heridos en las operaciones en tierra y lucha anterior 34.

ciones defensivas que tanto influyen en el combate naval moderno, así, que taladrados sus costados hasta por los proyectiles de pequeño calibre, fueron pasto de las llamas de los incendios que se desarrollaron inmediatamente en sus obras muertas.

En el estado anterior, como en todos los de origen americano, no se aclara que el andar de nuestros buques era nominal, pues, si acaso lo habían dado tan veloz en tiempo anterior: entonces, después de la travesía, ninguno lo alcanzó.

La acción ofensiva, también delata grandísima inferioridad por parte de la escuadra española.

El artillado de los buques que combatieron, se resume del siguiente modo:

	Escuadra americana.	Escuadra española.
Cañones de 33 cm...	8	Ninguno.
— 30......	6	Ninguno.
— 28......	»	6
— 20......	38 t. r.	Ninguno.
— 15......	24	Ninguno.
— 14......	»	30 t. r.
— 13'2....	»	10 t. r.
— 12......	12 t. r.	6 t. r.
— 10......	18 t. r.	Ninguno.
— 75 mm..	»	4 t. r.
— 57......	96 t. r.	38 t. r.
— 37......	39 t. r.	38 t. r.
Automáticos.......	22	8
Tubos lanzatorpedos..	36	24
	299	164

Pasando la vista sobre ese estado, se comprende nuestra gran flaqueza en cañones de grueso y mediano calibre. Para dar idea del abrumador fuego del enemigo, basta decir, que la escuadra americana podía hacer más de 100 disparos por minuto, que representaban próximamente 12.000 kilogramos de hierro lanzados en igual tiempo. Ese cálculo, no puede hacerse con referencia á nuestros barcos, porque además de que no podían utilizar sino los cañones de una sola de sus bandas, el tiro debió ser muy deficiente, por cuanto el Capitán de navío Sr. Concas, en el ya citado libro, dice:

«Por su parte el enemigo, al ir marchando con sus buques hacia los nuestros, seguía la misma dirección de sus piezas, casi sin variación; por lo que la puntería propiamente tal, estaba en muy ventajosas condiciones sobre la de la escuadra española, mientras no saliera del cerco en que convergían todos los fuegos del enemigo. Sobre esto tenían los americanos la superioridad que les daba el fuego que habían hecho: y hasta los *prudentísimos* bombardeos al Morro y á la Socapa de Santiago de Cuba, les habían dado una gran práctica del tiro á gran distancia. ¡¡Nuestros cañones de 14 cm. tiraban por primera vez!!»

En nuestro libro *Barcos, cañones y fusiles*, dimos á conocer los efectos del tiro de los cañones americanos sobre el *Teresa, Oquendo, Vizcaya* y *Colón*, publicando dibujos de los barcos en los que están señalados los impactos recibidos, pero no sobra que recordemos aquí, aunque sea machacar sobre el mismo tema, que los americanos apenas recibieron daño, en tanto que nuestros buques quedaron destrozados, por el incendio, principalmente (1). Los yankees sólo tuvieron un muerto y un herido á bordo del *Brooklyn*, y nuestra escuadra tuvo 350 muertos y ahogados, 160 heridos, 70 oficiales y 1.600 hombres prisioneros.

Ocupándose de esta notable diferencia la *Revue Militaire* del mes de Abril de 1900, dice:

«Dos causas contribuyeron á este resultado: una, las órdenes dadas por el Almirante Cervera

---

(1) Resultados del tiro sobre los barcos españoles.

Calibre de las piezas	Número de impactos que recibió cada barco.				Total por calibres.
	Teresa.	Oquendo.	Vizcaya.	Colón.	
37 mm......	2	»	»	»	2
57 »	17	43	13	4	77
10 cm.	1	7	4	2	14
12'5 »	3	3	7	1	14
15 »	1	1	»	1	3
20 »	3	3	5	»	11
30 »	2	»	»	»	2
33 »	»	»	»	»	»
TOTAL...	29	57	29	8	123

á sus Capitanes, y otra los múltiples incendios que estallaron en los buques españoles desde el principio de la acción.»

«Es cierto que los Comandantes de los barcos de la escuadra de Cervera, estában persuadidos, como su jefe, de que la tentativa de forzar el bloqueo de los americanos, no podía conducir más que á un inútil sacrificio, y como las instrucciones dadas por el Almirante se referían á la huída sin considerar la posibilidad del combate, ellos no titubearon en arrumbar á la costa desde que perdieron la esperanza de escapar. Tal fué notoriamente el caso del *Cristóbal Colón* (1).

»Los otros cruceros, lucharon principalmente contra el incendio, que arrojó á los sirvientes del lado de las piezas paralizando su tiro. Pero todos maniobraron hasta el momento de embarrancar y sus máquinas no habían recibido el menor daño. Sufrieron la destrucción, y los americanos sólo tu-

(1) La comisión americana encargada después del combate del exámen de los barcos, encontró al *Colón* acostado sobre estribor casi sumergido. Había recibido ocho proyectiles de medio ó pequeño calibre que le causaron pequeño daño. No tenía ninguna señal de incendio cual el *Teresa*, *Oquendo* y *Vizcaya*, destruídos por las llamas avivadas por la explosión de los proyectiles en medio de las construcciones y cámaras de madera. Algunas piezas se encontraron cargadas.

vieron que efectuar un tiro al blanco sin peligro.»

Parecía que en esas condiciones de seguridad el resultado del tiro debió de ser admirable, y sin embargo, no pasó de mediocre, cual atestiguan los impactos.

«Estos llegan á 123, mas para alcanzar ese número ha sido preciso contar hasta las pequeñas impresiones en las chimeneas causadas por los proyectiles de 37 mm. El número de disparos hechos por los americanos fué 6.000, por consiguiente el tanto por 100 de impactos fué inferior á tres. ¿Qué se diría de un cazador de pichones que sólo matase tres de cada cien tiros?» (1).

«La artillería secundaria, fué la que principalmente causó la pérdida de los cruceros españoles, barriendo los puentes y haciendo imposible el servicio de las piezas, y prendiendo fuego en las maderas de la obra muerta. El tiro de los gruesos cañones fué malo; ninguno de sus proyectiles hizo presa bastante para poner fuera de combate á los buques de Cervera.»

---

(1) *Our Navy in the War with Spain.* J. R. Spears.

CAPÍTULO IX.

La capitulación.

Toma el mando el General Toral.—Nueva táctica de los americanos.—Combate del 3 de Julio.—Ultimatum del enemigo.—Canges de prisioneros.—Otra proposición de Shafter.—El bombardeo.—Escasez de medicinas, víveres y municiones.—Preliminares de la capitulación.—Lo que sucedía en Guantánamo.—Confinamiento de las fuerzas de Calixto García.—Repatriación de las tropas.—El calvario de los cubanos.

Al caer herido el General Linares, se hizo cargo del mando el General Gobernador militar de la plaza D. José Toral.

Sólo á falta de resolución se debió que los americanos no entrasen en Santiago de Cuba aquel día 1.º de Julio, en que atacaron la posición de San Juan, pues las débiles fuerzas que afluyeron á reforzar las trincheras de Canosa, reducidas á una compañía de Talavera, 150 marineros de los desembarcados de la escuadra y 100 convalecientes del hospital, hubieran sido impotentes para contener el empuje de las poderosas columnas del enemigo.

Perdido El Caney, quedaba dueño el ejército

de Shafter de la línea férrea de San-Luis y de la represa para abastecimiento de aguas á la población. No se podía pensar tampoco en los recursos que podrían proporcionar los poblados del interior, con sus siembras y ganado.

Ya no había para qué conservar la extensa zona al O. de la bahía, que se extendía hasta Aserradero, así que las fuerzas de aquel lado, se retiraron en gran parte á la plaza: el reembarque de la marinería de la escuadra, se aplazó hasta la llegada de las compañías del batallón de Asia, que hacia Aserradero operaban: se conservaron los destacamentos de los pasos de la Sierra Maestra, para proteger la entrada de la columna Escario, que con ansiedad se esperaba de un momento á otro: las tentativas hechas para comunicar con Guantánamo resultaron fallidas.

Ninguna de esas precauciones era eficaz para contener el movimiento envolvente de los americanos, que se desbordaban hacia el camino del Cobre, por lo que hubo que disponer la retirada de la mayor parte de las tropas avanzadas, que lo efectuaron en orden, con víveres y municiones.

La noche del 1 al 2 fué de gran ansiedad. El enemigo aprovechóla para fortificarse en las posiciones ganadas, intentando establecer una batería

en el camino de El Pozo, lo que evitó el Comandante del regimiento de Cuba D. Francisco Amador, rompiendo el fuego antes de amanecer; pero de cinco á diez de la mañana, concentraron los americanos su ataque sobre los fuertes San Antonio, Guayabito y Santa Úrsula, reanudándolo al medio día hasta las cinco de la tarde, y otra vez de nueve á diez de la noche, siempre sin éxito, y también sin tanta impetuosidad como el día anterior.

El 2, incorporadas las compañías de Asia, que antes habían ocupado las posiciones de Yarey y Mazamorra, acudieron á la de Canosa y quedó ésta bien guarnecida, cerrando aquella entrada y permitiendo que se retirasen las tropas de marinería. Otra compañía de Asia fué á proteger la batería de la Socapa.

Á las diez de la mañana de este día entró la columna del Coronel Escario en Palma Soriano, á la que ordenó el General Toral que viniese inmediatamente sobre Santiago, no pudiendo verificarlo por dificultades de comunicación y de diversas índoles hasta las diez de la noche del 3, apoyada por los dos escuadrones del Rey, la guerrilla montada del segundo batallón de Cuba, una compañía de la Constitución y otra de San Fernan-

do, que hasta entonces se hallaban en San Luis.

La marcha de Manzanillo á Santiago de Cuba de la columna Escario, debe mencionarse como uno de los hechos más brillantes de la campaña.

El Coronel Escario, que ya tenía acreditado su nombre en numerosos combates, entre ellos el memorable de Peralejo, al oir desde antes de llegar á Puerto Bayamo el fuego del enemigo sobre Santiago de Cuba, organizó una columna ligera de la que tomó el mando, escogiendo los soldados más resistentes á razón de 30 por compañía, la Caballería y la sección de Artillería, más el batallón de Isabel la Católica al mando del Comandante Torrecilla; con esta fuerza avanzó hasta Puerto Bayamo, en tanto que el resto de las tropas, al mando del Coronel Ruíz Rañoy, seguían la marcha. Desde Puerto Bayamo se adelantó el Coronel Escario con una sección de Caballería llegando á la plaza á las tres, y á las cuatro y media entró la columna ligera haciéndolo á las diez de la noche el resto de la fuerza, á la que se le asignaron las posiciones siguientes:

Canosa. — Batallón de Alcántara con el Teniente Coronel D. Baldomero Barbón.

Fábrica de fósforos. — Batallón de Isabel la Católica al mando del Comandante D. Luis Torrecilla.

Campo de Marte.—El otro batallón, al mando del Comandante D. Eugenio Briceño.

Dos Caminos del Cobre.—Batallón Cazadores de Puerto-Rico, al mando del Teniente Coronel Arana.

Plaza de Toros.—Batallón de Andalucía, al mando del Comandante D. Julián Llorens.

La columna Escario, tuvo en toda la marcha, un Coronel, dos oficiales y 68 soldados heridos y 27 muertos, sosteniendo repetidos fuegos de fusil y cañón (1).

En tanto los americanos seguían atrincherándose, avanzando cuanto podían sus posiciones, construyendo algunas baterías y haciendo todos sus preparativos con grandes precauciones, para ahorrar bajas. Se comprendía que las pérdidas considerables que habían sufrido en los combates de El Caney y lomas de San Juan, y el decaimiento por esa causa producido, obligaban á sus Generales á cambiar de táctica, fiando ya más en la rendición por asedio y hambre que en la toma á viva fuerza.

También por nuestra parte se construían y perfeccionaban las trincheras, y se atendía á rele-

(1) En el camino libró rudos combates contra los insurrectos que trataron de cortarle el paso. Entre estos combates debe citarse el de Aguacate, que le costó 27 muertos y 67 heridos.

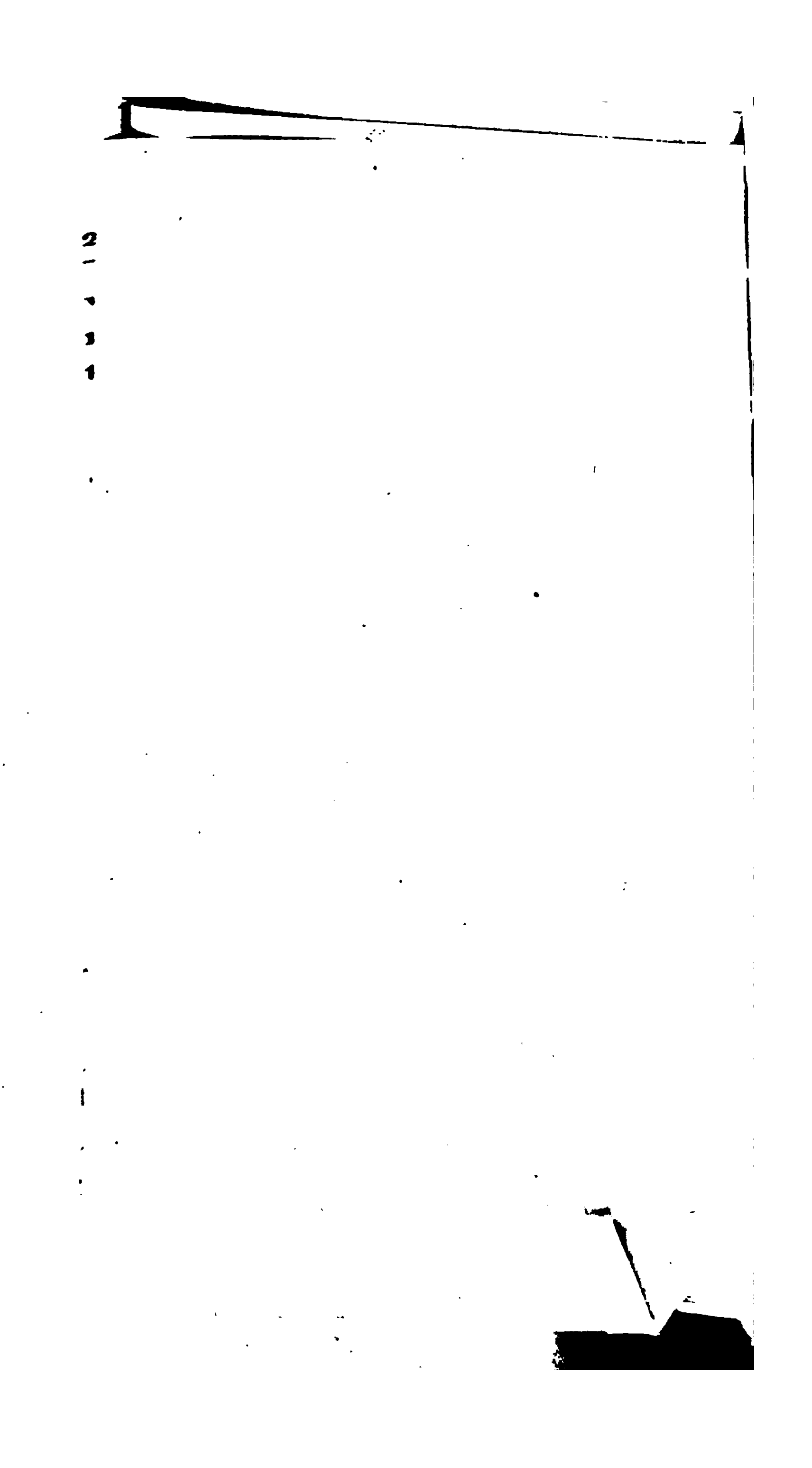
var las tropas que en ellas llevaban más de cuarenta y ocho horas de servicio, expuestas á las alternativas de un sol abrasador y de las lluvias frecuentes en la estación.

Hecha la nueva distribución de fuerzas después de la llegada de la columna Escario, quedaban repartidos en el recinto, en una extensión de 9 km., desde Dos Caminos á Punta Blanca, 5.500 hombres y 1.000 en reserva para acudir donde fuera necesario, contando con los movilizados y voluntarios, disminuyendo con eso los temores de que la plaza pudiera ser tomada por asalto.

Agravóse la situación aún más con la destrucción de la escuadra, acaecida el 3 de Julio, que dió alientos á Shafter para no desesperar de su situación y decidirse á continuar en las posiciones de San Juan, según se le había ordenado desde Washington en respuesta á su vacilante telegrama.

Shafter, resolvió pues, investir la plaza y ver si por medio de la amenaza de bombardeo, conseguía rendirla, pues á viva fuerza lo encontraba imposible.

El Teniente J. O. Miley, confirma esta tendencia de Shafter cuando dice, que «las trincheras que rodeaban la plaza, estaban protegidas por doble red de alambre de púas, que presentaban ba-



rrera infranqueable, que hubiera detenido las fuerzas americanas, exponiéndolas á un fuego mortífero. Es de presumir que si los españoles hacían resistencia tan desesperada como el 1.º de Julio, el resultado del ataque hubiera sido desastroso».

Con la intención de aplanar la defensa, anunció Shafter el bombardeo para el 4 de Julio á las diez de la mañana, y lo fué retrasando al 5, al 9 y después al 10 en que lo inició.

El ultimatum que dirigió Shafter el día 3, pidiendo, de acuerdo con los Cónsules, que se permitiese la salida de Santiago para refugiarse en Caney á los extranjeros, fué el primer pretexto para retrasar la amenaza; después lo fué el cambio de los prisioneros del *Merrimac* con su jefe el heroico Teniente Hobson; luego, el 5, repitió Shafter el ultimatum en carta á Toral, en que le notificaba la destrucción de la flota y decía: «Nuestra escuadra está pronta á actuar, y á menos que no capituléis el 9 antes de medio día, los gruesos cañones bombardearán la plaza. La ciudad está á buen alcance de estas piezas: las de 20 cm. pueden tirar á 9.500 metros y las de 33 mucho más lejos. En fin, nuestros barcos pueden tomar sin riesgo posición á 8.000 m. del recinto de Santiago».

La proposición fué rechazada, mas el pánico

se apoderó de la población, menudeando las protestas de los cónsules, hasta obtener el decano autorización para conferenciar con el General Shafter, aceptándose la suspensión de hostilidades hasta las diez de la mañana del día 5 para dar lugar á la salida de los extranjeros, mujeres y niños, medida que extendió el General Toral á los no combatientes, para aliviar el consumo de subsistencias, creyendo que tan sólo abandonarían la ciudad los poco afectos á nuestra causa; y resultó que lo hicieron, al amparo de aquel amplio permiso, muchos que alardeaban de gran lealtad, y la inmensa mayoría de los voluntarios, bomberos, corporaciones y empleados. ¡Pocos días después, todos esos que abandonaron la plaza, se morían de hambre y de miseria en El Caney y suplicaban á Shafter que les permitiese volver á Santiago!

Estableciéronse varios servicios, entre ellos el de vigilancia y seguridad, para evitar que en la población abandonada se iniciasen los saqueos de las casas, el de abastecimiento de agua potable á las tropas que había en las trincheras y en las baterías de la boca y el de municionamiento desde el Parque á las posiciones, desempeñándolos fuerzas del ejército y movilizadas. Principalmente la aguada era muy penosa, porque, cortada por el

enemigo la cañería de abastecimiento, había que hacerla tomándola de los aljibes y transportar el precioso líquido en vasijas á las trincheras con gran dificultad y escasez. También escaseaban los medicamentos.

El día 4 ofreció el General Shafter la devolución de los prisioneros que tenía en su poder, la cual se efectuó el 5 por la tarde, restituyéndose á la plaza el Capitán de Infantería D. Alfredo Vara de Rey (herido), el Capitán del regimiento de la Constitución D. Isidoro Arias, el de la Guardia Civil D. Manuel Romero, el telegrafista civil don Manuel Manzano y 23 soldados, todos procedentes de El Caney. Otro canje efectuado el 6, nos restituyó al Primer teniente del batallón de Puerto-Rico D. Adolfo Arias y siete soldados, á cambio del Teniente Hobson y siete marineros que estaban prisioneros desde la voladura del *Merrimac*, advirtiendo el General Toral que, una vez terminada la entrega, rompería las hostilidades: mas, antes de llegar ese momento, recibió un pliego de Shafter dándole conocimiento de la destrucción de la escuadra, con la nueva invitación de rendirse que hemos transcripto. Fijaba el General americano el plazo para el bombardeo para el medio día del 9, dejando ese tiempo para que pudiera consultarse

con el Gobierno de Madrid. Con ese objeto, permitió Shafter que retornasen á la ciudad, algunos telegrafistas del cable que la habían abandonado el día 5, y se pudo comunicar aquella proposición al General Blanco.

El 8, proponía éste á Toral, evacuar Santiago y retirarse con armas á Holguín, y se le participaba á Shafter que la pérdida de la escuadra no podía influir sobre la suerte de la plaza, cuya guarnición había sido reforzada con los 2.000 hombres y dos piezas de artillería, llegados el 3 de Manzanillo á las órdenes del coronel Escario.

Nuestras tropas estaban aclimatadas y las de los americanos eran víctimas de la fiebre, y además—agregaba el General Toral—los víveres y las municiones abundan y que el bombardeo con que se amenazaba sólo podía hacer daño á las personas, cuya mayor parte eran extranjeros.

Shafter, no sólo transmitió á su Gobierno las proposiciones de salida de la guarnición para Holguín, sino que las apoyó, pero no opinaron lo mismo en Washington, y el jefe del Estado Mayor americano le contestó el 9 como sigue:

«El Ministro de la Guerra os ordena que destruyáis al enemigo y toméis á Santiago. Si no teneis bastantes fuerzas se os enviarán en breve

plazo; los refuerzos están en camino, así que estad prevenido.»

No obstante este imperioso mandato, Shafter volvió á conceder otro plazo de veinticuatro horas para que Toral decidiese.

Los trabajos de investidura iban muy lentamente. El camino á Daiquiri era tan malo, que había sido necesario renunciar á traer las piezas de sitio desembarcadas, de suerte que sólo pudieron los americanos hacer llegar á los alrededores de la plaza ocho morteros, que con las cuatro baterías de campaña y algunos cañones Gatling, eran la única artillería de que disponía Shafter el día de la capitulación. Estas piezas se repartieron así: dos de las baterías de campaña delante de El Pozo, dos baterías de campaña sobre la vía férrea de San Luis: los ocho morteros en dos baterías al N. de las alturas de San Juan: los cañones Gatling con la división de caballería.

Desconfiando de las fuerzas de Calixto García, que según se ve en el plano fueron relegadas, con separación absoluta, hacia el N., en el camino del Cobre, por donde se temía que llegasen más refuerzos, dió Shafter orden á la división Lawton de extenderse en esa dirección, apoyando su derecha en el camino de El Caney, reforzándola

con el 6.º, 16.º y 1.er regimiento de Infantería y 71.º de voluntarios de New-York. Dos regimientos de voluntarios recientemente llegados, el 1.º de Illinois y el 1.º de Columbia, se colocaron en el espacio que quedó libre por este movimiento á la derecha del General Wheeler. Por el S. la línea de investidura cogía desde el río San Juan hasta las Lagunas.

Desdeñada la amenaza de bombardeo empezó éste á las cinco de la tarde, durando hasta las siete, reanudándolo al día siguiente de nueve de la mañana á una de la tarde, hora en que Shafter envió un parlamentario para proponer la rendición con la cláusula de transportar las fuerzas á la Península.

El Teniente Coronel Barbón, jefe de las fuerzas establecidas en el camino del Caney, Canosa y caminos de El Pozo y San Juan, tuvo en los combates y bombardeos del 10 y 11 de Julio siete muertos, y un jefe, tres oficiales y 50 soldados heridos, recomendando al Comandante Torrecilla y Segundos Tenientes D. Tomás Cano y D. José Fernandino Gamboa.

El Teniente de Artillería D. Juan Moreno, comandante de Artillería del sector del Portillo del Caney á San Antonio, sostuvo esos dos días el

fuego de cañón contra las numerosas baterías enemigas que concentraron su tiro sobre aquel frente. Sufrió el día 10 la inutilidad de varias cureñas y cañones de antiquísimo modelo, á cargar por la boca, registrándose en este combate de artillería notas tan sublimes, como la de un cabo apuntador de una pieza, que herido una vez y vuelto á ser herido en un brazo, no quiso retirarse por temor á que no hubiera quien le reemplazara, hasta que llegó su relevo y se le obligó á ir al hospital (1).

El fuego se sostenía por nuestras piezas en medio de una lluvia de proyectiles de cañón y ametralladora que el enemigo acumulaba sobre las débiles baterías de la plaza, desde posiciones dominantes, siendo por nuestra parte ya escasísimo el número de municiones (2).

---

(1) Este valiente se llamaba Tomás Díaz Rodríguez.

(2) De nuestra parte resultaron heridos los sargentos del 5.° de Montaña, Tomás Rodríguez é Ignacio Jiménez y el agregado del regimiento de Cuba Antonio Patonié y muerto el movilizado Juan Benito Castro.

Número de disparos hechos esos dos días.

Cañones de 7'5 t. r.	16
Idem Plasencia	33
Idem de 8 cm. Ac. Cc.	63
Idem de 8 cm Br	29
Idem de 16 cm.	10
Idem de 12 cm. Br.	10

Más contaba Shafter con el destrozo de los grandes cañones que con el de las piezas de las tropas de investidura. Su efecto, no obstante, fué nulo; los proyectiles llegaban con escasa precisión, cosa natural por la falta de observación de los disparos, reduciéndose á unas 50 casas destruídas. Las municiones no andaban sobradas para una larga resistencia. Los trabajos de parque y municionamiento estaban á cargo del Teniente Coronel de Artillería D. Luis Melgar y Capitán D. Luis Ballenilla (1).



Al llegar á esta altura la narración, empieza á surgir un punto obscuro, acerca del cual no ha

(1) Y, en otro orden de consideraciones, precisa consignar que tampoco había en Santiago, aparte de la gran escasez y deficiencia de artillería que precedentemente señalé, la cantidad de armas portátiles que eran menester para una tenaz resistencia. En conjunto existían 1.500.000 cartuchos para fusil Mauser, modelo español; 1.471.000 para Mauser de 7'65 mm. de calibre, modelos argentino y turco; 1.780.000 para fusil Remingthon de los dos sistemas usados en España, y 1.200 para tercerolas y revólvers. Los cartuchos correspondientes á fusiles Mauser argentinos y turcos no tenían en su casi totalidad aplicación, porque las tropas de nuestró ejército de Cuba usaban el modelo español de 7 mm., y únicamente había en Santiago 872 fusiles de aquellos modelos extranjeros. Los de fusil Remingthon sólo

podido formarse juicio exacto: nos referimos á quedar comprendidas en la capitulación, además de Santiago de Cuba, Guantánamo, Baracoa, Sagua de Tánamo y demás guarniciones alejadas é independientes de la plaza capitulada.

Es lástima que, análogamente á lo que la Marina de guerra ha hecho, no se hayan publicado por el Ejército los documentos más esenciales de su participación en aquellos hechos. ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué inconveniente puede haber en ello? ¿A qué dar pábulo á malévolas suposiciones cuando la luz de la verdad puede y debe brillar?

El interesante asunto á que nos referimos, ya se vislumbra cuando el 8 de Julio autorizó el Ge-

eran utilizados por los voluntarios y fuerzas irregulares. De consiguiente, no más debían tenerse en cuenta las municiones para fusil Mauser, sistema español; es decir, 1.500.000 cartuchos con destino al empleo de 7.902 armas, ó sea 190 cartuchos por cada soldado. Conociendo cuán grande es el consumo de municiones con el armamento de repetición, que es aún mayor que en circunstancias normales, cuando hay necesidad de inundar la zona batida con miles y miles de proyectiles que detengan al adversario, ya que no se cuente con el amparo de otros elementos de acción, porque el de la artillería en la defensa de Santiago debía reputarse nulo, puede afirmarse que en dos días de combate vivo habrían desaparecido las municiones útiles que quedaban. (*Defensa del General Toral*, por el General Suárez Inclán.)

neral en Jefe que se propusiera á Shafter el canje de otros 19 prisioneros y la evacuación de Santiago, Guantánamo, Baracoa, Sagua de Tánamo y otros poblados, proposición, esta última, que no aceptó el Gobierno americano, según comunicó el General Shafter el día 10, á la par que intimaba de nuevo la rendición.

Pero volvemos á insistir en que falta base de conocimientos para juzgar decididamente acerca de esa parte de los sucesos, y ansiosos de no lanzar nuestro libro con esa laguna, recurrimos á la única fuente de que disponemos para tomar datos, á la defensa notable que el General D. Julián Suárez Inclán hizo del General Toral ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, reunido y constituído en Sala de Justicia el 31 de Julio de 1899, defensa que ha sido impresa y es del dominio público.

De los grandes apremios de la situación—dice el General Suárez Inclán—informaba con exactísima verdad Toral al General en Jefe, y como también, en sentido confidencial, expresara extensamente el General Linares las mismas opiniones que mi defendido, desistió el Capitán General de sus anteriores proyectos (1), con que claramente se demuestra que llegó á penetrarse de la imposibilidad de llevarlos á efecto.

En comprobación de ello, leo lo que el 13 de Julio manifestaba el General en Jefe al General Toral: «En vista de las razones que expone en su telegrama de anteanoche, robusteci-

(1) Los de que la guarnición de Santiago saliese á viva fuerza con dirección á Holguín.

das por la autorizada opinión del General Linares, *desisto de la idea que abrigaba en enviar sobre Santiago de Cuba* todas las fuerzas disponibles del tercer cuerpo (divisiones de Holguín y Puerto-Príncipe) para proteger la evacuación de esa plaza por las tropas de su mando, *quedando V. E. autorizado para capitular con el enemigo,* obteniendo las condiciones más ventajosas posibles, no sin prolongar la defensa cuanto le sea dable, con objeto también de dar tiempo á recibir la resolución del Gobierno, á quien expongo la situación de esa plaza, recomendándole me dé con frecuencia noticias de lo que ocurra, pues me preocupa cuanto V. E. podrá suponer la suerte de esas tropas *cuyo comportamiento es incomparable.*»

En el mismo día 13, Toral daba noticia al General en Jefe de las pretensiones que le expusieran los Jefes americanos Miles y Shafter, y por juzgarlo importante, transcribo también el telegrama á que me refiero:

«A invitación General americano, y como Comandante del cuarto cuerpo de ejército, conferencié con los Generales Miles y Shafter. Dicen que su Gobierno no acepta la evacuación, y les ofrece cuantos elementos pidan para obtener rendición, ó conseguir la toma de Santiago; que consideran liberal la proposición hecha comprometiéndose á transportar tropas á la Península en barcos con bandera neutral, conservando los oficiales sus espadas, con el compromiso de no combatir contra los americanos. Han dado un plazo, hasta el medio día de mañana.»

«Al regreso, recibí el cablegrama de V. E. de esta fecha, y entiendo que prolongar la defensa empeoraría la situación, pues las ventajas que hoy pudieran alcanzarse no se conseguirían seguramente después. Además, un nuevo ataque sería de resultado incierto, no disponiendo la plaza de otros medios de defensa que zanjas, trincheras y contadas piezas de artillería, tropas colocadas en extensa línea, con dificultad de reforzar rápidamente los puntos amenazados, y teniendo al frente un enemigo superior en número, con mucha y moderna artillería, cercando por completo la población, y que puede de antemano reunir fuerzas en determinados parajes para avanzar á la menor vacilación nuestra por efectos del bombardeo de mar y tierra. En estas condiciones la lucha sería desigual y desventajosa para nosotros, y en su consecuencia creo llegado el caso de capitular, conforme á la autorización de V. E., y entablaré negociaciones para obtener el mejor partido.»

. . . .

Y asimismo me interesa mucho hacer constar que, al tiempo que el General en Jefe, telegrafiaba Toral el 13 de Julio al Ministro de la Guerra, casi en iguales términos, variando sólo el final del cablegrama, que estaba asi concebido:

«Autorizado por el General en Jefe, capitularé mañana, entablando negociaciones para obtener mejor resultado».

Y como á partir de este punto, es de suma importancia fijar de una manera concreta y circunstanciada cuanto atañe á los actos y resoluciones del General Toral, del General en Jefe y del Ministro de la Guerra, me ha de permitir el Supremo Consejo que extienda mis investigaciones y juicios cuanto, en parecer mío, es necesario para depurar los hechos.

Empiezo por manifestar, aunque ello me cause vivo sentimiento de disgusto por el respeto y consideración que son debidos á quienes con grande y merecido prestigio ocupan los más altos puestos en la escala jerárquica militar, que advierto contradicciones notorias, indecisiones, vacilaciones, falta de claridad á veces y de resolución en otras, en los actos de aquellos que tenían á su cargo la dirección de la guerra.

Por de pronto, el día 13 no creía el General en Jefe inadmisibles, como lo estimara el 11, las proposiciones que hacían los americanos, intimando la rendición de Santiago con el compromiso de enviar á la Península las tropas rendidas. Al participar íntegro al Gobierno de S. M. el telegrama ya transcripto que el 13 de Julio le dirigiera Toral, añade el Capitán General de Cuba: «Esta opinión, robustecida por la del General Linares, que V. E. debe de conocer, porque se la transmití directamente, me obliga á autorizarle (al General Toral) *para que trate la capitulación* con las condiciones más ventajosas, ofreciendo en principio el enemigo transportar aquellas tropas á la Península en buques neutrales; pero no quisiera resolver definitivamente sobre asunto de tal interés, por lo cual le ruego encarecidamente me comunique con urgencia su resolución».

....

....

Poco después de recibir el General Toral aquella amplia y absoluta autorización, llegaba á sus manos este otro cablegrama del General en Jefe, transmitido á las seis horas treinta y cinco minutos de la tarde del mismo día 13 de Julio. «Creyendo que asunto de tal importancia como la capitulación de esa plaza, debe ser conocido y resuelto por el Gobierno de S. M., le doy cuenta en este momento del contenido de su telegrama, encare-

ciéndole urgente contestación; pudiendo V. E. manifestarlo así al General en Jefe enemigo, por si se conforma con esperar la respuesta del Gobierno, que no podrá ser tan inmediata como el plazo que ha marcado (terminaba al medio día del 14), por tener que comunicar por vía Bermudas, más lenta que la de Cayo Hueso. Interin llega la contestación podrán usted y el General americano concertar las condiciones de la capitulación, bajo la base de la repatriación».

....

....

El Comandante en Jefe del cuarto cuerpo de ejército, en constante comunicación con el Capitán General, entendía que sus actos debían acomodarse en el conjunto y en los pormenores á las decisiones de la autoridad superior de la isla, no tomando por su exclusivo albedrío resolución alguna. Por eso le consultó en la misma fecha 13 de Julio, entre otros particulares, lo que había de hacerse con algunos pequeños barcos de guerra y otros mercantes que quedaban en el puerto, y le manifestó además que, en consecuencia de la autorización general que le había dado, se proponía negociar la inclusión en la capitulación de las tropas de Guantánamo, Sagua de Tánamo, Baracoa y demás poblados.

Sobre este especial asunto se basan los principales, si no únicos, cargos que los señores Fiscales acumulan severamente contra el General Toral, y ante todo, me interesa exponer las razones imperiosas que se imponían á la conciencia y al espíritu de mi patrocinado para proceder en la forma que lo hizo, expresando al General en Jefe sus propósitos.

Estaba, como es sabido, incomunicado Santiago con Guantánamo, Sagua de Tánamo y Baracoa; cercada la ciudad, tampoco había manera de ponerse en relación con los destacamentos de Palma Soriano, San Luis, El Cristo y Songo. Únicamente se mantenía la comunicación por cable con Manzanillo, cuya guarnición también pertenecía al cuarto cuerpo de ejército.

Sabía Toral que el puerto de Guantánamo estaba bloqueado por buques norteamericanos, y que el enemigo ocupaba la bahía exterior de la Caimanera y la playa del Este; asimismo le era bien conocido que la población se hallaba cercada en la parte de tierra por las bandas rebeldes del cabecilla Periquito Pérez, que si no ofrecían cuidado alguno en lo que concierne á la acción militar, impedirían toda comunicación del General Pareja con el exterior. Las tropas de aquella brigada estaban á media

ración desde el 15 de Junio; y, como no existía medio alguno de avituallarlas, su situación en mediados de Julio tenía que ser, por forzosa necesidad, terriblemente angustiosa y crítica. Que pensaran en salvarse por su propio y único esfuerzo, una vez rendidas las tropas de Santiago, era una verdadera ilusión; ni aun les podía quedar ya el recurso de abrirse camino arrollando, mientras no llegasen tropas americanas, á las partidas rebeldes, porque los hombres, anémicos y hambrientos, escasamente conservarían vigor físico para mantenerse en pie. ¿Cómo podrá creerse que aquellas fuerzas pudieran en semejantes condiciones acogerse á Holguín, después de once ó doce días de marcha? ¿En qué forma, de qué manera, sin medio alguno de transporte y sin víveres de ninguna especie, habían de hacer las tropas de Guantánamo ese movimiento? ¿Es que aquella brigada tenía otro procedimiento, por difícil y extraordinario que fuese, para ponerse en salvo? Si es así, que se me diga; pero nadie habrá que tal sostenga. Imaginar que la guarnición de Guantánamo pudiera salvarse después de capitular Santiago, sería en quien lo creyese una demostración palmaria de ignorancia ó de demencia.

Su rendición á discreción habría sido fatalmente de todo punto inevitable, tan luego como allí se trasladasen las fuerzas terrestres y marítimas que los invasores tenían delante de Santiago, sin que entonces pudieran alcanzar condición alguna que atenuara la desventura de su capitulación.

La fuerza incontrastable de las circunstancias y de los hechos, por dolorosa que ella fuera, se imponía con durísimo apremio, y si el General Toral dejase aquellas tropas entregadas á sus exclusivos elementos, era inevitable una capitulación sin condiciones ó una tremenda catástrofe. La previsión de mi defendido se demostró bien, quedó muy patente, cuando después se apreció la situación desesperada, horrible, de las fuerzas de aquella brigada, expuesta con toda minuciosidad en las declaraciones del General Pareja, de los Jefes de cuerpo, del Jefe administrativo y del Director del Hospital de Guantánamo.

Sagua de Tánamo y Baracoa tenían sendas guarniciones, formadas por medio batallón del regimiento de Córdoba y algunas fuerzas irregulares, ó sea en total unos 500 hombres, racionados hasta fines de Agosto.

La guarnición de Sagua de Tánamo habría podido replegarse á Mayarí si este punto estuviese ocupado; pero como las tropas que lo guarnecían se recogieron á Holguín, era aventu-

radísimo dejar entregado á sus propios recursos á un pequeño y aislado núcleo de fuerzas, que no tendrían al cabo más remedio que rendirse al enemigo, capitulando á merced del vencedor, ya que no cabía suponer género alguno de salvación. Aquellas fuerzas carecían de medios de transporte para abandonar el pueblo; su impotencia era absoluta, y no podían alcanzar ningún punto en que hallaran seguro refugio. Tan luego como salieran de la población, veríanse hostilizadas por partidas rebeldes muy superiores en número, que en absoluto les impedirían llegar á su objetivo; y sin tener auxilio en largo camino, sufrirían de cierto un inmenso descalabro viniendo á ser trofeo de victoria de sañudas y crueles bandas insurrectas.

Por su parte, la guarnición de Baracoa no se hallaba, de modo alguno, en condiciones de retirarse á Guantánamo, porque para efectuarlo tenía que cruzar la divisoria principal de aguas de la isla, en el quebradísimo extremo oriental, y atravesar dos abruptas cordilleras. Bien se comprende cuán infeliz sería en tal caso la suerte de la reducida guarnición, caminando días y días con los escasos víveres y municiones que el soldado pudiese llevar consigo, porque los caminos no permitían el empleo de acémilas, siendo acometida á todas horas en asperísimas vertientes y estrechos desfiladeros por las partidas insurgentes.

Ni cabe imaginar que las guarniciones de Sagua de Tánamo y Baracoa pudieran concentrarse en cualquiera de los dos puntos para hacer de tal modo más eficaz su resistencia, porque entre las dos poblaciones corren los ríos Duava y Toar, cuyos vados inutilizan por completo las copiosísimas lluvias del estío. Y, en último término, aunque intentaran, por espontáneo impulso, reunirse, como era el propósito del Comandante militar de Baracoa y alcanzaran su objeto, tampoco, después de concentrarse, podrían evitar su irremediable pérdida.

No había, pues, esperanza alguna de que pudieran salvarse las guarniciones de Sagua de Tánamo y Baracoa, las cuales, una vez capituladas las fuerzas que directamente mandaba el General Toral, sólo podrían sostenerse el tiempo que tardaran los norteamericanos en presentar delante de aquellos puntos un respetable contingente de fuerzas.

Alrededor de Santiago, conforme antes de ahora dije en más de una ocasión, poseíamos las comandancias militares de Palma Soriano, San Luis, el Cristo y Songo. Estos poblados, igual que los de Dos Caminos, Socorro y Morón, de ellos depen-

creía llegado el extremo límite que podían soportar las tropas.

Toral sometió la proposición al General Blanco, quien respondió el 14 por la mañana que cuestión tan importante como la capitulación debía ser conocida por el Gobierno, y á él transmitía el telegrama, pidiendo respuesta inmediata.

Entendieron en los preliminares de la capitulación el General Escario, el Teniente Coronel de Estado Mayor D. Ventura Fontán y un intérprete por nuestra parte, y por los Estados-Unidos los Generales Lawton y Wheeler y Teniente Miley.

El 14 los comisionados se reunieron tres veces: á las dos de la tarde, á las seis y á las nueve y media. Los americanos tenían mucha prisa por concluir, pero los defensores no quisieron hacerlo hasta recibir respuesta de Madrid. Ésta llegó el 15 y fué comunicada á Shafter el 16. Por ella se dejaba en libertad á Toral de aceptar las proposiciones que se le hicieran. El 16, á las seis de la tarde, se firmó la capitulación, comprendiendo en ella toda la fuerza de Santiago, Cristo, Songo, Dos Caminos, Morón, Palma Soriano, Cauto Abajo, Puerto Escondido, Tánamo y Baracoa, que sumaban 13.000 hombres, la mayor parte movilizados y voluntarios, bajo la base de que el material

de guerra quedaría en poder de los americanos y las tropas depositarían sus armas y serían repatriadas á España; los voluntarios, movilizados y guerrilleros podían quedar en Cuba.

El 14 y 16 de Julio, quedó convenida la capitulación en esta forma:

« *Campamento neutral cerca de Santiago de Cuba, bajo bandera de parlamento.* — 14 de Julio 1898. — Reconociendo la caballerosidad, valor y gallardía de los Generales Linares y Toral, y de las tropas de España que tomaron parte en las acciones que recientemente se han librado en las cercanías de Santiago de Cuba, como se ha demostrado en dichas batallas, nosotros, los abajo firmados, oficiales del Ejército de los Estados-Unidos que tuvieron el honor de tomar parte en las acciones mencionadas, y que ahora constituímos una comisión debidamente autorizada, tratando con igual comisión de oficiales del Ejército español para la capitulación de Santiago de Cuba, unánimemente nos asociamos en solicitar á la autoridad competente que conceda á estos bravos y caballeros soldados, el privilegio de volver á su patria llevando las armas que tan valerosamente han defendido. — Firmados: *José Wheeler*, Mayor General de los Estados-Unidos. — *Señor U. Lawton*, Mayor General de los Estados Unidos. — *J. D. Meiley*, Primer Teniente, segundo de Artillería, Ayudante. »

« 1.° Que cesen absoluta y terminantemente las hostilidades entre las fuerzas españolas y americanas.

»2.° Que la capitulación incluye todas las fuerzas y material de guerra en dicho territorio (territorio de la división de Cuba).

»3.° Que los Estados-Unidos convienen en transportar todas las fuerzas españolas en dicho territorio al Reino de España con la menor demora posible, embarcándose las tropas, en cuanto se pueda, en los puertos más próximos que ocupan.

»4.° Que á los oficiales del Ejército español se les concederá que lleven sus armas, y tanto los oficiales como la tropa conservarán su propiedad particular.

»5.° Las autoridades españolas convienen en quitar, ó ayudar á que sean quitadas por la Marina americana, todas las minas y demás entorpecimientos á la navegación que existen ahora en la bahía de Santiago de Cuba y su entrada.

»6.° El Comandante de las fuerzas españolas entregará sin demora, al Comandante de las fuerzas americanas, un inventario completo de las armas y municiones de guerra en el distrito que se menciona arriba; también un estado numérico de sus fuerzas en el mismo.

»7.° Que el Comandante de las fuerzas españolas, al salir de dicho distrito, está autorizado para llevar consigo todos los archivos militares y documentos pertenecientes al Ejército español que hoy se halla en dicho distrito.

»8.° Que toda aquella porción de las fuerzas españolas conocidas como Voluntarios, movilizados y guerrillas que desee permanecer en la isla de Cuba, podrá hacerlo así, bajo condición de entrega de sus armas y

prestación de palabra de no hacer armas contra los Estados-Unidos durante la continuación de la actual guerra con España.

» 9.° Que las fuerzas españolas saldrán de Santiago de Cuba con honores de guerra, depositando después sus armas en un lugar mutuamente convenido, en espera de la disposición que de ellas haga el Gobierno de los Estados-Unidos, bien entendido que los comisionados de los Estados-Unidos recomendarán que se permita que el soldado español vuelva á España con las armas que ha defendido con tanto valor.

» 10.° Que las cláusulas del documento que precede, tendrán validez inmediatamente después de firmarse.

Acordado hoy día 16 de Julio de 1898, por los comisionados que abajo firman, gestionado bajo las instrucciones de sus repectivos Generales en Jefe, y con la aprobación de los Gobiernos respectivos.—*Joseph Wheeler,* Major-General U. S. V.— *W. H. Lawtôn,* Major-General U. S. V.—*J. D. Miley,* Primer Lieut., 2.° Artillery.—Brigadier General, *Federico Escario.*—Teniente Coronel de Estado Mayor, *Ventura Fontán.*—Intérprete, *Roberto Masón.*»

El 17 por la mañana Toral y las tropas salieron de la plaza, asignándoseles un campamento insaluble, donde hubo muchas bajas (1).

(1) Según *La Revue Militaire,* la capitulación dió á los americanos:

La repatriación se efectuó en los barcos y fechas que especifica el estado de la página siguiente.



También la suerte final de Guantánamo, merece consignarse.

Ateniéndonos á datos conocidos, podemos transcribir un trozo de la defensa del General Pareja, publicada por su defensor el Auditor general D. Nicolás de la Peña, y que fué leída ante el Consejo Supremo el 3 de Agosto de 1899.

«El mismo día que se declaraba la guerra—dice el Auditor Peña—se anunciaba que iría á Guantánamo una comisión para señalar el emplazamiento de las piezas, cual si se tratase de obra

---

12.000 prisioneros.

100 cañones, la mayor parte viejos.

6.800 proyectiles y 15.000 libras de pólvora.

25.114 fusiles Remington y Mauser y 5.279.000 cartuchos.

Un cañonero y cinco transportes.

Aprovisionamiento de arroz y vino 1.200.000 raciones próximamente.

Hay error en esos datos de origen americano; según comprueban los datos que dejamos publicados, las tropas no quedaron prisioneras.

Repatriación de la División de Santiago de Cuba (Agosto de 1898).

Día.	Vapores.	Puerto de destino.	Generales.	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Total (1) Ejército y Marina.	Hermanas de la Caridad.	Sacerdotes.	Telegrafistas.	Individuos de familia.	Total de pasajeros.
10	*Alicante*....	Coruña...	1	3	35	1.068	1.107	10	1	1	6	1.125
14	*Luzón*.....	Vigo.....	2	9	107	2.066	2.184	»	»	»	40	2.224
19	*Covadonga*..	Santander.	»	7	97	2.210	2.314	»	»	7	63	2.384
19	*Villaverde*..	Vigo.....	»	3	49	565	617	»	»	»	38	655
19	*Panay*.....	Coruña...	1	3	94	1.608	1.706	3	2	»	36	1.747
23	*Satrústegui*.	Santander.	1	22	103	2.359	2.485	»	»	»	79	2.564
25	*Montevideo*.	Coruña...	»	12	134	2.108	2.254	»	»	»	166	2.420
28	*Chéribon*...	Vigo.....	»	2	16	907	925	»	»	»	43	968
29	*Colón*......	Santander.	»	10	94	1.319	1 423	15	2	»	80	1.520
31	*León XIII*..	Vigo.....	1	6	15	30	52	»	»	»	30	82
			6	77	744	14.240	15.067	28	5	8	581	15 689
El 1.° de Septiembre se completó en la Caimanera el pasaje del *León XIII* con			»	7	85	2.164	»	»	»	»	114	»

(1) En estas cifras están incluídos algunos voluntarios y movilizados.

hacedera en minutos (1); después se ofrecían auxilios que no llegaron jamás. El General Pareja, joven, activo y soldado, no vaciló: suplió con férrea voluntad las deficiencias, alentó á los suyos, distribuyó las fuerzas, hizo construir trincheras carlistas en Cayo Toro y Caimanera, mantuvo hasta el último día la trocha militar de 84 km., rechazó los repetidos ataques de los americanos, que con su escuadra cañonearon la playa del E. el 7 de Junio y lograron desembarcar un batallón de Infantería de Marina, que en combinación con los barcos y reforzado por marinería y la partida de Periquito Pérez, arremetió en los días sucesivos contra nuestras fuerzas; conservó los fuertes avanzados y la comunicación heliográfica con Santiago hasta que hubo de abandolarlos (la estación de la Piedra entre ellos), cumpliendo órdenes superiores, y cuando quedó totalmente incomunicado, por haber cortado el enemigo el cable en 7 de Junio, sin recibir auxilios ni palabras de esperanza, buscó en su propio espíritu la fortaleza necesaria para defender con tesón el nombre de España, é inspirado

(1) Recordémos que la defensa de esta plaza entraba en el plan de defensas que se estudió por orden del General Martínez Campos, y que ya dijimos que no pasó de proyecto.

en el recuerdo de pasadas grandezas, se dispuso á sucumbir con gloria ó á vencer con el heróico concurso de aquellos soldados hambrientos, invadidos de la fiebre, extenuados por la fatiga, convertidos en espectros, pero siempre grandes por su corazón y sus virtudes. Ni un solo momento desmayó la moral de las tropas: las páginas de este proceso son un himno al soldado español; pero, ¿por qué no decirlo? llenan de tristeza el alma, descubriendo los vicios de nuestra vida nacional y dando al traste con gloriosas tradiciones.»



Los cubanos recibieron orden prohibiéndoles entrar en la plaza de Santiago de Cuba, y á Calixto García no se le tuvo para nada en cuenta en la capitulación.

Eso dió lugar á que García escribiese á Shafter rechazando duramente la acusación de saqueadores de que les había hecho objeto, diciéndole:

«Nosotros somos un ejército pobre, en andrajos; tan andrajoso y pobre como era el ejército de vuestros antepasados durante la noble guerra de la Independencia; pero, como los héroes de Saratoga y de Yorktown, respetamos muy profunda-

mente nuestra causa para mancillarla con actos de barbarie y de cobardía.»

Esta protesta quedó sin respuesta.

En Cuba, como en Filipinas, los aliados se convertían en enemigos después de la victoria, y estorbaban á los americanos.

¡Empezaba el calvario de los cubanos!





